

Una extraña recién llegada

De pie, junto a la entrada, un hombre vestido de túnica blanca, cual predicador carismático, daba la bienvenida a sus invitados. No podría ser el padre de la novia, mucho menos la madre —el motivo de la celebración no era un casorio— aunque estuviera erguido y sonriente recibiendo las gratitudes de sus contertulios en la antesala de la quinta Monteverde. El quebranto no se le notaba. Ben Amí Fihman se escabulló temprano sin que nadie se diera cuenta. Pero se mantuvo en pie lo suficiente como para abrir el paso a la legión de simpatizantes de la revista *Exceso*: periodistas, publicistas, anunciantes, fotógrafos, caricaturistas, diseñadores, escritores, actrices, incluso políticos y hasta asomados de oficio.

Impresas en cartulina de color crema, las letras vinotinto convocaban a celebrar el 10 de marzo de 2004 de 7:30 p.m. a 9:30 p.m., ni un minuto más ni uno menos, un *cocktail* con doble propósito: un proyecto editorial que alcanzaba quince años de existencia y *Carne y hueso*, una recopilación de veinticuatro semblanzas derivadas de aquél.

Pero esta no sería la primera reunión que organizara el editor para aglomerar a sus seguidores. Las plumas de los cronistas de sociales tienen ya la costumbre de ocuparse de los jaleos, unas veces grandes y otros modestos, de esta *troupe* periodística.

“Cinco años de Exceso-s”, tituló *El Diario de Caracas* el 30 de enero de 1994. “Para celebrar este importante acontecimiento”, reseñó Maritza Martín en las páginas de sociales del 2001, “sus directivos ofrecieron una recepción en la quinta La Esmeralda”. Tres años más tarde en la misma casa de celebración, el roce de los vasos de whisky haría de nuevo *chin* para conmemorar la edición centenaria. Frente al lente de Abigail Machado posaría “una nutrida gama de personalidades que representan la diversidad de públicos a los que se dirige la exitosa publicación”, relataría en aquel presente Marisol Mora el sábado 9 de agosto de 1997 desde las páginas de *El Nacional*. Días antes, a la sazón de las festividades, hasta las 29 candidatas al Miss Venezuela desfilaron sus esbeltos cuerpos para saludar al contento editor.

Como si de un fasto romano se tratara, haciendo revisión de la prensa se puede establecer el calendario o, al menos, la tabla cronológica donde se registran las fiestas y acontecimientos que de tanto en tanto rendían centimetrage a la publicación.

Antes del derroche, mucho antes de pensar en las invitaciones, *Exceso* era apenas una idea en la mente de Ben Amí Fihman. Una ilusión que comenzaba a forjarse, a base de palabras, en los pasillos de *Feriado*. Allí, en los tiempos en que escribía sus *Cuadernos de la gula* —columna dedicada a la crónica de la gastronomía caraqueña— el futuro editor fantaseaba junto con el periodista Ewald Scharfenberg sobre la publicación que deseaba. “Siempre nos poníamos a hablar de la revista que soñábamos”, recuerda Scharfenberg quince años después.

El primer registro que hay de Ben Amí Fihman en la prensa, concretamente en *El Nacional* —desde donde siempre escribió hasta poco antes de que se hiciera con su propio medio— son dos poemas, seguidos luego por dos cuentos. Una personalidad donde la literatura y el periodismo han andado siempre en paralelo.

Sin poder ni querer evitarlo, el oficio lo fue invadiendo. El 11 de enero de 1970 aparece en el *Papel Literario* de *El Nacional*, la primera entrevista hecha y publicada por un venezolano a Jorge Luis Borges —jamás se jactará lo suficiente de esta hazaña. “Una conversación consigo mismo que a veces comparte con los otros para desmentir la realidad”, tituló. Desde Nueva York, en el sótano de una librería, Borges hizo el bautizo formal a Ben Fihman, desde entonces periodista.

El resto es una historia insólita: consejero cultural de la embajada de Venezuela en Colombia, productor del programa *Almorzando con Orlando* —donde haría tanto ocasionales como caricaturescas apariciones—, locutor junto a Alexandra Cariani del programa *Boulevard*, director artístico y fundador de La Guacharaca —tendrá que vivir con la responsabilidad de haber descubierto al Conde del Guácharo, entre otros comediantes—, hasta que se estableciera desde 1982 con su columna en *El Nacional*. Para finales de los ochenta Fihman tenía un buen tiempo merodeando el medio.

Un *impasse* con Elizabeth Fuentes, coordinadora de *Feriado*, lo haría retirarse del suplemento —no en los mejores términos— para reubicar la columna durante un período fugaz en *El Diario de Caracas*. Sin embargo, esto no sería suficiente.

El trayecto de Caracas a Izcaragua, a buena velocidad, puede tomar cuarenta y cinco minutos. Quizás sea la mejor inversión de tiempo que haya hecho Fihman el día en que acudió al almuerzo que oficiaba el *chef* Pierre Blanchard en el club campestre.

Cautiva en cuatro ruedas, sin nada más que hacer aparte de intercambiar palabras y quizás algún gesto romántico, María Sol Pérez Schael —futura esposa de Fihman— estaría mareada. Su interlocutor no paraba de hablar. Ni siquiera el paisaje de una Guarenas tropical lograba distraerlo. Justo bajo la sombra del Pico Oriental, describía un proyecto sin nombre, el mismo que conversaba con Scharfenberg y que nueve meses más tarde estaría en imprenta. “Cuando él empieza a expresar todas las ideas de lo que quiere hacer, yo le dije: ‘bueno eso son excesos’”, relata Pérez Schael. Aquel sustantivo quedó en singular para la posteridad: *Exceso*.

Con el alquiler de las oficinas en septiembre de 1988 comenzó a operar la revista. El matrimonio vendría luego y la celebración, también sería doble: Fihman se estrenaba como editor y contraería nupcias con Pérez Schael. Ella sería el corazón gerencial de *Exceso*. Periodista por vocación —cursó dos años de carrera en la Universidad Católica Andrés Bello— y socióloga de profesión graduada en Francia.

La recluta se dio paso a paso. El primer telefonazo lo recibió el entrañable Scharfenberg: “Recuerdo que fui a hablar con Ben a su apartamento. Le pregunté cuánto aspiraba a ganar y me lancé a esa aventura porque me atraía el proyecto, además era con Ben... era un asunto fundacional”. En los primeros meses de 1988, una sesión similar tuvo lugar. Un grupo de periodistas se acercaría a El Gaván, en la avenida Negrín de La Florida, para saber qué se traía entre manos Ben Amí Fihman: “Ninguno de los asistentes volvió, excepto, quizás, Nelson Hippolyte sólo una vez más. En suma, en la barca sólo quedamos Ewald Scharfenberg, María Sol y yo”, delata en el prólogo de *Carne y hueso*.

Fihman no quería para sí la jefatura de redacción —aunque en el futuro no podrá evadir el cargo. Acudiría a Pablo Antillano, quien luego recibiría otra propuesta. Pero éste no dejará a su amigo —con quien años antes había intentado elaborar un semanario de espectáculos— a la deriva. Es así como Fanor Díaz entra en la historia. “No sabía de su existencia pero nuestra conversación durante un almuerzo en El Hato Grill me convenció de que este podía ser el timonel que necesitaba”, narra Fihman en el prólogo.

Fanor Díaz fue uno de los periodistas argentinos que tomó a Venezuela como segundo destino y que llegó al país cargado de experiencias y veteranía del periodismo sureño desde 1956. A lo largo de su vida profesional, trabajó y estuvo a cargo de innumerables publicaciones. La lista de ocupaciones no es exhaustiva pero destaca su paso como redactor y luego jefe de redacción para política en el vespertino *La Razón* y su participación en la jefatura de redacción de *La Opinión* —diario fundado por Jacobo Timerman que fue confiscado y cerrado en abril de 1976 por el gobierno militar.

En Venezuela escribió para *Resumen y Auténtico*, intervino en el suplemento cultural de *El Universal*; escribió para *El Mundo*; fue jefe de redacción de la revistas *Elite*, *Número* y *Producto*. Una larga trayectoria hasta que cayó en la gesta del nuevo proyecto.

Uno a uno, de boca en boca y de conocido en conocido, se formaba el primer equipo de la revista. Así como Antillano recomendó a Díaz, Scharfenberg no dudaría en hacer lo propio con su amigo y antiguo compañero de estudios, Hugo Prieto. “Yo llego a *Exceso* porque Ewald, que es como hermano mío, me habla del proyecto”.

El compañero de aulas de la Universidad Central de Venezuela no fue la única conexión de Prieto. Basta escucharlo hablar para conocer su relación con Fanor Díaz: “Yo trabajé con él desde que empecé hasta que murió”. Primero en *Número*, después en *Producto* y por último en *Exceso*. “Siempre tuvimos una relación laboral por distintas vías. Fanor Díaz me decía ‘mira, tienes que ir a tal sitio’, y yo iba. Pasé a ser una especie de esclavo de Fanor Díaz, del mismo modo como puede trabajar cualquier plantilla de electricistas o plomeros. Era su ayudante”.

Barajado el nombre de Prieto era momento para la reunión con el editor. “Yo recuerdo que esa entrevista con Ben iba a ser en el edificio de Avilanes a Mirador” —el primer encuentro en la primera sede, el viejo edificio Piñalva. “No llegué porque no anoté el número del edificio y en esa época no existían los celulares. No tenía cómo llamarlo. Fihman me lo reclamó muchísimo”.

Olvidado el embarque y solucionado el inconveniente, tendría lugar un nuevo encuentro, esta vez con todo el equipo. Luego de recorrer las calles de La Candelaria y de seguir la pistas sugeridas por Prieto, se llegó, tal como si se retrocediera en el tiempo a La Casbah: la marisquería, bar y restaurante —Alcabala a Puente Anauco, No. 214, local B para mayores señas— que diagonal al legendario La Cita, albergaría a Fihman, Scharfenberg, Díaz y Prieto.

¿Dónde se habrán sentado? Quizás fue en la barra, aunque es más probable que haya sido en alguna de las catorce mesas entre el comedor y el bar. Carmen de Rodríguez, dueña del local, recuerda los gustos de Fihman: “Le encantaban los pimientos enanos, los pimientos de Padrón y también las tortillas”. Confirmado, del mismo glotón hablamos.

En aquella decoración imperial, La Casbah, nombre árabe que identifica la parte antigua de la ciudad fue la cantera para que aquel alud de ideas y palabras encontraran asidero: “*Exceso* era un nombre, unas ganas de hacer unas cosas, era para mí un evento mediático, un proyecto tremendamente arrogante”, apunta nostálgico Prieto.

Cuatro personajes inquietos se reunieron, todos adictos al sonido que producen las yemas de los dedos sobre un teclado, así fueran los botones de una vieja Olivetti antes de la era de las computadoras. “Coincidimos en ese *cocktail*”, crea Scharfenberg la metáfora sin saber que copa en mano, celebraría el éxito del proyecto y de aquella primera reunión, bajo el techo de la quinta Monteverde.

Blanca Elena Pantin no pertenece a esta historia, al menos no directamente. Hace su aparición por ser la viuda de Fanor Díaz. En su apartamento de Baruta no hay nada que la ligue al mundo de *Exceso*, excepto quizás un montón de papeles apilados en su armario.

Uno de ellos es la fotocopia de lo que parece haber sido una gacetilla para promocionar a la naciente publicación. La reproducción sorprende: siete hombres y una dama posan ante el lente de una cámara. Los rostros se reconocen, pero el tiempo no pasa en vano. Hoy están quince años más viejos.

En primer plano, sentados de izquierda a derecha aparecen Hugo Prieto, Vasco Szinetar, Juan Carlos Oropeza y Ewald Scharfenberg. De pie, en un segundo plano están Fanor Díaz, Valentina Marulanda, Ben Amí Fihman y Floréal Cuadrado.

Dentro de una redacción saturada de testosterona, la colombiana Marulanda encarnaría el lado femenino, quizás en este caso —debe decirse— el más débil. Graduada en Filosofía y Letras en su país de origen, realizó estudios de postgrado en Estética y Filosofía del Arte en París. En el terreno del periodismo hasta el momento de *Exceso* había tenido algunas experiencias como colaboradora y editora de revistas literarias y culturales en Colombia. Su relación más cercana con el reporterismo fue como responsable de la página cultural de un diario de provincia colombiano.

A Fihman lo conoció a finales de los setenta cuando éste llegó a Bogotá como nuevo agregado cultural de la embajada venezolana. Ella trabajaba en el Instituto Colombiano de Cultura y acompañó al editor en la creación del Centro Venezolano de Cultura.

Quizás por aquello de la casualidad, Marulanda pisó Venezuela a finales de los ochenta, justo cuando Fihman armaba equipo para el proyecto. Un amigo en común puso al editor al corriente: “Valentina está en Caracas”. No lo dudaría y se pondría en contacto con ella: “Él buscaba una persona que se ocupara de las secciones cortas, ligeras, de abreboca, relacionadas con el consumo, el placer, el espectáculo, la cultura, el buen

vivir, etc. Estas fueron las denominadas ‘Sexto sentido’, ‘Sudor 18 kilates’ y ‘Suma codicia’”. Luego de una reunión en la que se describiría el estilo de la revista y el trabajo a desempeñar, Marulanda aceptaría la propuesta.

“Esa primera redacción estaba compuesta por tres hombres y una mujer, que era yo. Sobre ellos recaían los grandes reportajes, los platos fuertes, que constituían la sustancia de cada edición. Yo me ocupaba de la guarnición”, de ahí la debilidad, aunque sería más apropiado hablar de delicadeza. “Hay que reconocer que ellos se caracterizaban por ser periodistas recios, de profesión, vocación y oficio. Mi condición, en cambio, era otra. Me vi, pues, ante un enorme reto. Porque si bien se trataba de secciones breves y ligeras, había una gran exigencia en cuanto a la elección de los materiales, la escritura: todo debía estar salpicado por cierta chispa, por ese matiz de ironía que se imponía como una constante”.

Marulanda había ejercido en medios convencionales que, admite, tenían poco que ver con “un periodismo audaz”. Ahí estuvo el desafío que superó con éxito. “A esto se sumaba el hecho de que siempre me he sentido más a gusto en el periodismo de escritorio o de biblioteca, si es que cabe la expresión. Soy consciente de que el verdadero periodismo se hace en la calle, en el oficio del reportero que, en efecto, era el que menos me atraía”.

La jefatura de fotografía quedó en manos de Vasco Szinetar, caraqueño de sangre húngara que cursó estudios en la Escuela de Cine León Schiller en Lodz, Polonia, y en la London International Film School de Inglaterra. Fundó y coordinó la galería caraqueña El Daguerrotipo antes de entrar a *Exceso*. Se une al proyecto por su nexos con Fihman, que al igual que los de Scharfenberg, se remontan a la época de *Papel Literario* y *Feriado*.

Szinetar se ha ganado un lugar entre las primeras figuras de la fotografía actual venezolana. Es un retratista empedernido y hasta poeta, faceta no por todos conocida. Otra vieja amistad del editor: “Yo me la pasaba con él todo el tiempo. Ben y yo éramos

como hermanos, éramos panas. Andábamos las 24 horas juntos, para todas partes, bebiendo, en la noche caraqueña de los ochenta”.

En *Exceso* enfrentó el periodismo duro, lo que equivale a salir a la calle a buscar la foto del reportaje y no sólo el retrato para la entrevista. “Yo tuve que superar muchos escollos. En *El Nacional* no había un criterio visual establecido”, responde Szinetar. “En *Exceso* había un imaginario, tanto a nivel de escritura como a nivel visual de qué era lo que se quería. Por otra parte, estábamos trabajando a color, entonces las exigencias de producción eran diferentes”. En este sentido, bien apunta Pérez Schael un indicador del adelanto de *Exceso*: “Cuando arrancamos, la revista *Times* seguía saliendo en blanco y negro”.

Szinetar traería consigo a otro fotógrafo: Juan Carlos Oropeza. Con estudios de Fotografía en el museo de Bellas Artes de Boston y el aval de haber publicado ilustraciones en las revistas *Criticarte*, *Imagen*, *Espacios* y *El Nacional*, se convertiría en el segundo abordado, para más tarde asumir la jefatura del cargo. “La irreverencia”, recuerda Oropeza, “se manifestaba en la fotografía. Hacíamos tonos burlescos de las personas”. El gran angular fue su principal recurso: “Deforma a la gente. Eran tomas bien bruscas”. Montado en un silla sorprendía al entrevistado desde arriba. “Se hacían cosas que en otras revistas no existían”.

El cuadro lo completa Floréal Cuadrado, por lo que se escucha de él, todo un personaje. De “misterioso” lo cataloga Scharfenberg: “Era un vasco francés. Yo no se cómo aterrizó ahí pero lo cierto es que terminó enganchando porque dijo que trabajaba en la revista *Actuel* y ese fue su salvoconducto”. Cuadrado tocó un punto débil, habló de uno de los moldes que utilizó *Exceso* para su configuración, una de las influencias más grandes —aunque hoy haya desaparecido— como también lo fueron las estadounidenses *Vanity Fair* y *Spy*, esta última fuera de circulación.

El francés no duró mucho. El editor describió el episodio en *Carne y hueso*: “Nos pusimos en manos de un diseñador francés —quizás en la elección influyera mi

declarada francofilia— que enloquecería en el camino desapareciendo en una suerte de ataque demencial entre las copas de los árboles del parque Henri Pittier”.

Antes de la demencia dio tiempo para que algo hiciera: “El logo lo elaboró Floréal. Yo dudo que se haya vuelto loco, me parece que estaba loco de antemano”, sentencia Scharfenberg. Cuadrado le dio la forma gráfica al nombre pero sería la vocal la que resultaría premonitoria. “Supuestamente hay una ley que dice que los nombres que comienzan con E son muy exitosos en la prensa”. Pérez Schael está de acuerdo con Scharfenberg: “Había muchas revistas que se llamaban parecido, *Express*, por ejemplo. Hicimos varias asociaciones y resultaba muy apropiado”.

Pasando revista

*Un veloz paseo retrospectivo a través de las revistas venezolanas conduce a la década de los cincuenta, cuando —el país en plena dictadura— las publicaciones periódicas disfrutaban de una etapa de gloria. Eran de interés general como *Elite*, que desarrolla el periodismo literario; o con una fuerte inclinación hacia el deporte, como *Venezuela Gráfica y Deportiva*. La presencia del general Marcos Pérez Jiménez reservó los temas políticos.*

*“En los años sesenta el periodismo se transforma en una cosa más industrial”, relata Pablo Antillano. “El periodismo venezolano dio un salto con ideas nuevas aportadas por los cubanos de Miami” —el caso de la revista *Bohemia*— “y que vienen de una expansión que surge en el periodismo a nivel hemisférico”.*

*A lo largo de la década, los contenidos generales serían una constante. Antillano continúa con sus explicaciones: “Ves a Venezuela produciendo innumerables revistas como *Páginas* y *Kena*; revistas de atracción femenina. Es decir, eran de información general pero concentraban su lectoría en el público femenino”.*

*En paralelo, junto a las de información general, se produce el boom de la revista política, que tuvo peso en la configuración de un nuevo perfil de publicaciones. Los ejemplos más representativos —si bien uno de ellos no es estricto en el sentido político— son *Momento*, editada para 1960 por Simón Alberto Consalvi, y *Resumen*, bajo la batuta de Jorge Olavarría, aunque esta última aparece ya en los años setenta.*

“Momento combinaba los grandes reportajes con secciones variadas y servicios internacionales. Podía tener reportajes de denuncia e investigación pero la política no fue la característica”, advierte Consalvi.

La historia de Momento comenzó año y medio antes de la caída de Pérez Jiménez y por su redacción pasaron, como recordó Jesús Sanoja Hernández en una entrevista con Sebastián de la Nuez, “los tres indocumentados colombianos: Plinio Apuleyo, García Márquez y Luis Buitrago Segura”.

Por su parte, Resumen informaba desde su tribuna de revista política y de combate. Ambas eran modernas, actuales y compartían el gusto por la investigación y los grandes dossiers. El gancho de Resumen es, para Gonzalo Jiménez —gerente editorial de Todo en Domingo, estudioso en materia de revistas y curiosamente antiguo redactor de Exceso—, sus atractivas portadas: “Básicamente eran ilustradas y ejercieron mucho impacto en la población; igual sucedió con los informes que en varias oportunidades revelaron casos de corrupción hasta el punto que Jorge Olavarría llegó a decir que su vida corría peligro”.

Tal vez la paranoia de sus días como editor audaz no lo abandona o quizás sea el temor de remover la nostalgia lo que impulsa a Olavarría a mantener el silencio: “Hablar de esos tiempos significaría el dolor de reabrir con la memoria viejas heridas que tengo cerradas y olvidadas”.

Sanoja Hernández hace la descripción que Olavarría evadió: “Resumen inició la denuncia de un caso que viene a estallar veinte años después, el problema de Cecilia Matos. Todo lo que sería el mundo descompuesto de las relaciones extramaritales de los presidentes estalló con Resumen, lo cual no deja de ser un mérito de Olavarría”. Por su parte, el mismo Sanoja intentaría tener su propia publicación: Qué Pasa en Venezuela, fue el nombre del periódico que logró salir, a pesar de que la mayoría de sus integrantes se encontraban presos desde el 15 de enero de 1964 en el cuartel San Carlos.

Pasados los setenta, la farándula y sus cotilleos son la nueva diana para las publicaciones periódicas. La Cadena Capriles y el Bloque de Armas se convierten en los grandes productores de revistas de farándula. Los especímenes faranduleros se extinguen poco a poco y son sustituidos por productos internacionales como Cosmopolitan y Vanidades. Se produce un vacío y se inicia un género que va a tratar de recuperar ambas tradiciones: la crítica de la revista política y el carácter industrial de las revistas de farándula. Para el momento de su llegada hay una vacante en el panorama editorial que Exceso decide tomar. _

Al son de un danzón

Ni siquiera cae el tono. El 574.1050 está desconectado. El otro repica, repica y nadie contesta. 5, 7, 4, 1, 1, 5, 0. Nada. Cuando la paciencia se agota, justo antes de colgar cae el tono de fax, un fax que nadie recibirá. Un segundo intento, en día de semana, comprobaría que el teléfono pertenece a Laboratorios Clínicos Multicontrol. Los números impresos en la gacetilla que cedió Blanca Elena Pantin son del pasado. “Una revista de calidad para un lector de primera. Aparece el 15 de enero. 96 páginas full color. Distribución en todo el país. Tiraje: 10.000 ejemplares. En los kioscos, el segundo domingo de cada mes. Precio: 50 bolívares”, se lee en la fotocopia. “¡¿50?! La revista se comprará de a moneda, porque ese billete ya no existe”, diría quien no repare en la realidad: *Exceso* ha multiplicado su precio cien veces y hace rato que cambió de números telefónicos.

“Es interesante ver en qué lugares se ha ubicado su sede. Al editor, tan mundano y exquisito, le gustan los recovecos de esta ciudad sucia y tercermundista. Mientras más roñoso y céntrico sea el edificio donde funcione *Exceso*, mejor para él”, advierte Sebastián de la Nuez, eventual colaborador de la revista.

Algo de cierto debe tener su apreciación porque *Exceso*, siempre, en las tres oportunidades en que ha hecho mudanza, se ha mantenido en el centro de la ciudad. Existe una justificación que salva al editor de tal excentricidad: Al utilizar servicios de los grandes periódicos, como es el caso del archivo fotográfico de *El Nacional*, resulta necesario que la revista se encuentre cerca de ellos. Son atisbos de estrategia, pero también, como se verá, muestras de capricho.

“Era una oficina en un edificio de familia, prácticamente un rancho. El local estaba construido sobre la terraza, con techo de zinc”, describe Fihman el escenario de la fotografía. Allí se harían las primeras reuniones de pauta, se decidirían las secciones cortas, los temas de reportaje, las portadas, el diseño, y se resolverían todos los tropiezos característicos de las iniciaciones.

El ingreso de *Exceso* al mercado de revistas sería en un principio confuso: ¿Qué tipo de publicación era? ¿Acaso Ben Fihman había perdido la cabeza? Más de uno lo pensó al ver el número cero.

La primera ocurrencia, de muchas que vendrían luego, fue publicar un reportaje —escrito por el mismo editor— sobre el famoso director de películas *soft* porno Russ Meyer. En un fondo blanco, con la palabra *Exceso* coronando el tope de la página aparecían unas exuberantes mujeres, mostrando sus mayores orgullos: una rubia, una morena, una enfermera... todas hinchadas, todas con escote dejando ver incluso, como un descuido, las cerezas del busto.

“Carolina Herrera consultó su reloj, lanzó una exclamación revelando que se le había hecho tarde, se levantó de la silla y se dispuso a salir. Me pidió que le mostrara un ejemplar de *Exceso*”, escribe Matilde Daviú desde las páginas de la revista, en su segunda edición. “La portada le hizo retroceder algo turbada. ‘¡Pero... esta es una revista pornográfica!’, sentenció, sin leerla”. Con suerte el pasmo fue al final, la entrevista llegaba a su fin, el daño ya estaba hecho.

“Cometí el error de poner ese trabajo en portada, eso nos dejó marcados por un buen rato. Me he educado en el camino”, reconoció Fihman ante el periodista Kico Bautista, el 13 de noviembre de 2003 en el *set* de *Globovisión*. “Eso”, recuerda bufón Scharfenberg, “generó un lastre para la imagen de la revista y hubo que echarle mucha pierna para cambiarlo”.

El detalle fue que la mayoría de las personas reaccionaron de manera similar a Carolina Herrera y viniendo de un anunciante, el rechazo puede ser fatal, sobre todo para la génesis de un proyecto. Así lo ratifica María Sol Pérez Schael: “Ese número se utilizó para hacer promoción y comercializar. No sabían quién era Russ Meyer, también es parte de la incultura del medio”.

La ex gerente de comercialización hace memoria de los inconvenientes: “En esos años se desarrollaba el movimiento *gay*, y como era una revista que estaba abierta a todos los fenómenos urbanos y contemporáneos; así como se sacaba la foto de un rota virus porque la ingeniería genética era un tema novedoso, también se sacó la foto de una fiesta *gay*”. La fatalidad —para el momento, se entiende; a estas alturas un beso homosexual es cosa por demás vista— ocurrió en julio de 1989, en la séptima salida a la calle. En la sección “Excesos” publicaron uno que hacía honor a la enseña: “El sobrino alegre” fue el título del beso homosexual que propinó Frédéric Mitterand a su anónimo compañero. “La foto le dio la vuelta al mundo y provocó el escándalo en algunos anunciantes que incluso retiraron sus pautas, como fue el caso del Banco de Venezuela”. La sección no salía firmada y trajo más de un problema a la publicación.

Un ingrediente que le puso picante al primer número de *Exceso* y que causaría la cancelación de otro contrato publicitario fue una información que se refería a un negocio que acababa de cerrar Gustavo Cisneros en Inglaterra, tras la compra de un complejo de edificios de oficinas en Paternoster Square: “El grupo Cisneros, poderosa trasnacional venezolana, cruzó el Canal de la Mancha y conmovió con el más desmesurado de sus negocios a la realeza británica y al propio heredero de la Corona”, se leía en la nota.

Fihman recordará después al autor: Fanor Díaz. “El Grupo invirtió 200 millones de libras (300 millones de dólares) para compartir con la firma inmobiliaria Mounleigh la propiedad de siete acres del complejo”. La coladura hizo reconsiderar a una empresa de computación —parte del Grupo Cisneros— el gasto que tenían previsto para los próximos números de *Exceso*. Una retirada de publicidad antes de tiempo.

En el editorial del número 0, Fihman anunciaba la oferta: “El dinero en acción, la política fabricante de monstruos, el erotismo absuelto de culpa, el suceso como anécdota de los límites del hombre en sociedad, el consumo considerado con buen humor e ironía”, y la enumeración continuaba con los personajes de interés. Entre ellos, destacaba en la promesa José Joaquín González Gorrondona, “el banquero más poderoso y vilipendiado de Venezuela”, según describe en el texto Hugo Prieto.

Gorronдона era el dueño del Banco Nacional de Descuento. Murió el 15 de agosto de 1988 en su mansión Alto Claro, construida en las faldas del parque nacional El Ávila: “Sus éxitos y fracasos cubrieron una etapa de la historia económica de Venezuela”, en el editorial Fihman envuelve de importancia al personaje.

Su propósito era que Prieto hiciera una semblanza: “Recuerdo que le di el ejemplo de *Ciudadano Kane* para explicarle lo que quería”. El editor hacía la comparación de Xanadú, el palacio de Kane con la casa del Ávila. “Son rasgos épicos que revelan la grandeza del personaje”. Prieto tomó su palabra: “En ese trance el banquero vivió la parábola del ciudadano Kane. El mítico personaje de la película de Orson Welles agonizaba envuelto en el todopoderoso imperio que había montado”, se lee en el texto.

“En lugar de hacer esa reconstrucción”, sostiene con displicencia el editor, “esa narración novelada, con el aliento que pensé estarle transmitiendo, usó el símil de Kane y de González Gorronдона, que no tenían nada que ver, porque él no había sido un *patron de presse* importante”. Eran los intentos de llegar a una concordia, de establecer un estilo que apenas se configuraba, quizás sin una intencionalidad expresa. “Algo fallaba en mi pedagogía. También era porque aquí no encontraba muchos ejemplos”.

Lo cierto es que pese a las reservas que pudo tener Fihman el trabajo fue reproducido sin autorización por el diario *El Mundo*. “Eso no iba a salir a la luz”, recuerda Prieto. “Al final Ben tuvo una sensación dual: era un reportaje que nos habían tomado pero también un reconocimiento de que lo que estábamos haciendo y pensando tenía una intención, un concepto, una forma editorial”.

Si bien la *bustomanía* de Russ Meyer se repitió en el primer número publicado en enero de 1989 —esta vez como un trabajo interno, sin reincidir en la portada— “Yo, el guardabosques” se quedó en el 0. *Exceso* obtuvo el crédito pero *El Mundo* lo llevó a los kioscos.

Las pestañas postizas adornan el filo de los párpados azules que muestran unos ojos grandes, negros y expresivos. La dama —o acaso una *dragqueen* cubana— va vestida de celeste. Toda ella es un espectáculo que raya en lo *kitsch*: mejillas pintadas de fucsia, labios del mismo color, zarcillos que simulan falsos brillantes y un cuarteto de anillos componen una imagen grandilocuente. Al mismo tiempo que sostiene un micrófono, levanta su mano derecha en señal de rechazo al fotógrafo, no vaya a ser que quede plasmada en la portada de *Exceso*. Fracaso, Szinetar fue más rápido.

El primer número, recuerda Fihman, no impactó por el tema de portada: “Toda la revista gustó. Interesó porque era muy variada”. Un indicador fue la llamada que le hiciera Henry Lord Boulton con gran emoción para comentarle su sorpresa al encontrar el parecido entre *Exceso* y *Paris Match*.

“Yo sabía que tenía que buscar una portada, una foto importante. A veces los sucesos o las circunstancias aparecen como planos, entonces uno tiene que ver más allá de lo aparente y encontrar la imagen”. Lo primero que vieron los lectores de *Exceso* fue la cantante cubana que capturó Szinetar en su primera misión especial para la revista. “Hugo y yo fuimos a cubrir la vieja noche habanera”. El objetivo era hacer un periodismo informativo con imágenes testimoniales. Así lo entendía mientras estuvo en La Habana y así lo practicó durante los dos años que dominó el obturador en *Exceso*: “Como fotógrafo estaba allí porque tenía unas ideas sobre cómo explorar y cómo dar testimonio fotográfico de un reportaje”.

El trabajo de La Habana es el mejor ejemplo para respaldar la visión de Szinetar: “La fotografía tiene un peso muy importante en *Exceso*”. Una trascendencia muy marcada en los primeros años. “Ben tenía conciencia de la significación del elemento fotográfico”. Pero en este caso, más allá de la reproducción, el concepto fue muy relevante: Cuba. “Era un reportaje corto, la idea era hacer algo gráfico, como una especie de viñetas”, confirma Prieto.

El redactor contribuye con su testimonio: “Nosotros estábamos reconstruyendo la historia del Aeropostal que salía de Caracas un viernes a las seis de la tarde y regresaba el domingo, para ir a pasar el fin de semana a La Habana. Ese era el tema de la década de lo cincuenta: la cocaína, el alcohol, las mujeres. Era un zaperoco”.

Ese reportaje fue una de las pocas cosas que lograron compartir Hugo Prieto y Ben Fihman, personalidades con caracteres tan parecidos que nunca lograron justa empatía. “Cuando fui a Cuba, recuerdo que hablé con muchas personas. Para mí todo el tema cubano ha sido una fascinación”, comenta Prieto. Para Fihman la atracción es equivalente.

“El 1 de enero de 1959, en términos de imágenes, el pueblo cubano barajó el danzante destino que lo identificaba hasta entonces en la desatenta mirada del mundo con las cartas (trucadas para muchos) de una Revolución”, se leía en el primer editorial. “La Habana y su noche encarnaban la fiesta (compartida por más de un venezolano alegre) que llegaba a su fin”. Hasta septiembre de 1991, los editoriales fueron firmados por el propio Fihman; a partir de entonces son apócrifos.

Su oficina es una cantera de curiosidades. La pared empieza con el corcho donde los chinches sostienen recordatorios para la memoria, le sigue un afiche de Bonaparte. Un Napoleón de expresión perversa y mirada malévola ubicado de tal forma que cuando Fihman aparte su mirada de la computadora, el amanuense se intimide al notar la semejanza entre el gesto del editor y el emperador. Cada detalle revela algo de su personalidad. Entre las rarezas cuelga una fotografía suya junto a Jesse Fernández, el reconocido fotógrafo cubano quien fuera su gran amigo. “Ese es un tema de Ben. Un tema caro”, asoma Scharfenberg en relación con la Isla.

“Enviamos a dos periodistas que obviamente no fueron como periodistas sino como turistas”, dice Fihman. “A partir de ese momento y de manera intermitente, en las páginas de *Exceso* se ha reflejado la revolución cubana vista por los cubanos, vista por nosotros, dentro y fuera de Cuba”.

La portada del estreno tiene muchas connotaciones. Un tema sobre el que ha gravitado *Exceso* a lo largo de su evolución. En su cuarta edición en abril de 1989 se leía un llamado en primera: “Reinaldo Arenas prostituye a las hijas de Bernarda Alba”, en alusión a uno de los cuentos que publicara el afamado y condenado autor con exclusividad para la revista. Igual sucedió, casi con el ritmo de una cábala, en abril del año siguiente, en la décimo sexta edición. “No es un *leitmotiv* pero siempre ha habido una debilidad por el tema”, explica el editor.

Durante un tiempo a través del apoyo de Reporteros sin Fronteras (RSF), *Exceso* mantuvo una columna llamada “Nuestro hombre en La Habana”. La propuesta era participar en un intercambio, a través de la publicación de trabajos de periodistas independientes de Cuba. Pasado el período de colaboraciones, la organización francesa propuso mantener el nexo directamente. Se intentó, pero las dificultades de comunicación hicieron desaparecer la columna.

En ese período varios periodistas cubanos lograron publicar sus notas, como por ejemplo Tania Quintero, quien lo hizo con mayor frecuencia. También escribieron Héctor Maseda Gutiérrez y Manuel Vázquez Portal, del Grupo de Trabajo Decoro, hoy condenados a veinte y dieciocho años respectivamente: y el poeta Raúl Rivero Castañeda, director de la agencia Cuba Press y vicepresidente de la Sociedad Interamericana de Prensa, galardonado en 1998 con el premio de Libertad de Prensa de Reporteros sin Fronteras-Fundación de Francia, con sentencia a veinte años.

No hay medias tintas. Fihman sienta posición: “El tema ha estado aquí y por supuesto que *Exceso* ha sido crítica. No estamos con tonterías. Sin lugar a dudas nos ubicamos del lado de los que se oponen a la dictadura de Fidel Castro, a la manera de *Exceso*, que no es una cosa militante. Así como Kenya no aparece nunca, Cuba aparece bastante. Nuestro dibujante y caricaturista Sergio es cubano”. De hecho, en agosto de 2003 la revista sacó encartado un afiche de RSF que denunciaba a Cuba como “la mayor cárcel de periodistas del mundo”. Por utilizar la imagen con que Alberto Díaz Korda,

inmortalizó al *Che*, el afiche fue prohibido y la organización demandada por Diana Díaz López, hija de Korda.

Como el Napoleón del despacho, Sergio Ruiz bien puede incluirse dentro de las peculiaridades, esta vez no del editor sino de la revista. Tiene sesenta y dos años de edad y desde 1974 porta nacionalidad venezolana. Su página de humor, “Los cerebros de Sergio”, ha cerrado cada número de *Exceso* desde septiembre de 1990 hasta el número que se encuentre el próximo mes en el kiosco más cercano. Por un tiempo compartió la zona de ingenio con Carlos Sicilia, quien colaboraba desde junio del mismo año con un apartado titulado *Libre-mente*, una tira cómica.

Ruiz salió de Cuba el 18 de diciembre de 1963, un momento así no se olvida con facilidad. Como muchos cubanos estaba con la Revolución, aún cuando ésta no se materializaba en el poder: “Yo los ayudaba en la lucha contra Batista”. No es un guerrillero, de hecho, a su edad sigue siendo un imberbe. Siempre estuvo relacionado con el mundo publicitario, antes de la rebelión inclusive. Para el momento de su retiro, llevaba treinta años en Venezuela.

El trabajo como creativo coexistía con su vena artística y humorística, que desarrolló ampliamente en Cuba en compañía del legendario Carlos Franqui, “*factotum* de la prensa cubana en ese momento mágico de primera fase en 1959”, apostilla Ruiz. Su historia personal se puede leer entrelíneas en las páginas de *Exceso* cuando en marzo de 2003 publicara un reportaje titulado “El cuarto oscuro de la revolución” donde relata su experiencia cercana a Korda, polémico fotógrafo.

Madrid fue el destino tras su salida de Cuba. Una oferta de trabajo en el ramo publicitario logró sacarlo de la isla, igual que sucedió en la capital española para tomar a Caracas como próximo rumbo, donde continuó con éxito su carrera. A partir de 1990 empieza a armar una recopilación de su trabajo de humor. Quería hacer un libro, pero no tenía editorial que lo apoyara. Por consejo de Alejandro Saderman piensa en *Exceso* como posibilidad: “Caí allá a ver a Ben Amí, cuando estaban en la Plaza Candelaria, en

un apartamentico. Él me dijo: ‘el humor y los libros de arte no se venden. Yo no me voy a meter en eso. Pero sí te ofrezco trabajar en la revista. Te doy una página’”. Hecho.

Sin embargo en noviembre de ese año, bajo el sello de la editorial *Exceso* logró publicar *El urticante libro de la manzana y la serpiente*. Sergio Ruiz alcanzó la meta: “¿El libro? Ese libro lo costé yo querida mía, yo y mis prestaciones”. En esa ocasión el apoyo fue simbólico, pero Ruiz, igual, estaba contento.

“Humor puro” es la definición de sus Cerebros: “Sin ataduras políticas, sin propósitos definidos ni un objetivo que me condicione. Intento hacer una reflexión sobre el ser humano, sobre sus incongruencias, sus absurdos, sus infantilismos, las cosas hermosas que tiene pero siempre basándome en las debilidades. De ese modo, la pieza siempre tendrá vigencia, tú ves, son reflexiones sobre el hombre. Eso no cambia, mientras que todo lo demás es muy perecedero”.

Suena inofensivo, y lo es; exceptuando una llamada de atención que hiciera Marieva Ríos de Payares —suscriptora desde 1995— a través de una carta donde expuso su enfado: “Me permito realizar reclamo formal con respecto a la revista del mes de febrero de 2004. (...) ‘Los cerebros de Sergio’, que la colocan a niveles pornográficos y vulgares”. Esta vez la página estaba más subida de tono, se concentraba en los infantilismos sexuales del hombre.

Ruiz también se sorprende por la presencia de Cuba en *Exceso*: “Sí. Me llama la atención la enorme tendencia o debilidad por el tema cubano de Ben Amí”. En varias oportunidades lo ha conversado con él y su conclusión lo lleva a la fotografía que descansa en la pared de Fihman: “Creo que al final todo vino porque él se relacionó con Jesse Fernández”.

La amistad empezó hacia finales de la década de los sesenta, cuando Fihman se encontraba en Nueva York, una ciudad que lo marcó, no tanto como París, pero sí lo suficiente: “Mi brújula interior fue completamente cambiada por el delirio ambiente de

Nueva York”, confesaría a *Papel Literario* en mayo de 1976 cuando se le entrevistaba no como editor de *Exceso* sino como director de la revista de literatura fantástica *L’Oeil du Golem*, su gran precedente en el mundo editorial, dos grandes afiches de la oficina.

En esa época conoció, entre otros, a Fernández: “Él estuvo en Cuba durante el primer año de Fidel. Fue su fotógrafo de confianza y trabajó con Guillermo Cabrera Infante en el suplemento *Lunes de Revolución*. Yo lo conocí y empezó la amistad hasta el día de su muerte”, aclara el editor, quien ha visitado Cuba en dos oportunidades, en 1985 y luego, si su memoria no lo traiciona, en 1993. Turista en ambas ocasiones. No es más que una pista, un indicio para indagar de qué modo tienen peso las amistades en Ben Amí Fihman, hasta el punto de influir sus visiones y proyectos.

El editor niega la militancia, pero lo cierto es que en varias ocasiones *Exceso* ha actuado como gran activista. La difusión del afiche de RSF es acaso la demostración más reciente. En Francia, la organización sacó tarjetas postales que fueron distribuidas en el aeropuerto de Roissy, enfrente del mostrador de Cubana Airlines. En Venezuela, Fihman puso a un pasante a averiguar con exactitud los horarios de salida de los vuelos de Aerpostal para La Habana. Armó una comitiva con el personal de la revista, y afiches en mano, el grupo bajó hasta Maiquetía.

El mayor ejemplo de activismo ocurrió en noviembre de 1989 cuando *Exceso* sacó en su portada a una mujer vestida como la estatua de la libertad pero con un traje rojo: “La libertad magullada en Pekín”, era el titular. Sería una primicia. La revista publicó otro encarte: “Un tubazo para China” y en su editorial declaraba: “Operación periodística internacional, a la que se suma *Exceso*, en carácter de exclusividad para Hispanoamérica. Lluvia de faxes sobre Pekín”. La osadía estuvo en formar parte del grupo de revistas de todo el mundo que se propusieron “burlar la mordaza del régimen”. Operación: “Fax de la libertad”. En un cintillo inferior aparecían los números de fax de innumerables localidades chinas prestas a recibir páginas y páginas de protesta.

El auge del fax ocurrió en 1988, una herramienta que equivalía, para la época, al uso del correo electrónico. En aquel entonces, la publicación estaría hasta en la vanguardia tecnológica. De esta manera, fue parte del movimiento de protesta estudiantil que casi hace de China la historia del año. En agosto de 1999, la revista realizó una retrospectiva de su trayectoria, donde se recordaría la hazaña como “la causa de libertad en la que se embarcó *Exceso*”.

En esa misma edición, su décimo primera, publicaría un trabajo especial de Christophe Nick llamado: “La masacre de Tiananmen no se olvida. La libertad anda suelta en China”. Luego, en marzo del 1990, en uno de esos populares “Excesos”, difundió una nota sobre Gabriela Medina, fotógrafa venezolana que fue testigo de los sucesos de la plaza y que logró publicar sus imágenes en la revista *Life*. Más aún, a un año de los hechos, *Exceso* decidió distribuir franelas conmemorativas de la ocasión. Un número más tarde, Medina tendría oportunidad de escribir “45 días en Pekín. Crónica apasionada de Tiananmen”. Como en *Life*, *Exceso* divulgaría sus fotografías.

Turbulento despegue

El frente de Exceso estaba en desarrollo, la primera impresión. Sus periodistas hacían el trabajo de campo. Se daba inicio oficial a la empresa. Pero al nacer, con la tardanza con que transcurre un mes, estalló la capital. A la descarga del 27 de febrero de 1989 se le conoció como El Caracazo. En términos editoriales no tuvo gran impacto. Fihman recuerda la portada: “Era muy rústica. Carlos Andrés Pérez con un grupo de mendigos. Hubo unos comentarios que correspondieron a una doble página, pero no se hizo un reportaje”.

Para los negocios fue un imprevisto, mal presagio para una empresa naciente. El entusiasta Ben Amí Fihman se planteó el abandono: “Todo el mundo vaciló en Venezuela con respecto a lo que estaba haciendo”. Pero el efecto fue más lento que la velocidad del sonido: Llegó unos meses después cuando el plan económico calculado a un precio del dólar se vino a abajo por la devaluación.

La anarquía de los días de febrero tuvo dos consecuencias para Exceso: la preventa de publicidad quedó desajustada en relación con los precios de producción y la publicidad se volvió más evasiva. En palabras del editor: “Tenías que agregarle al escepticismo que —

provoca una publicación nueva —se dice que es una travesía por el desierto de unos dos años para que sea realmente tomada en cuenta por el mundo publicitario— la contracción económica”. _

Entre piernas

Milagros Maldonado fue la primera de muchas. Szinetar la propuso mientras Díaz fruncía el ceño: “Esa es una especie de cortesana”, dijo. La frase, pronunciada con algo de desprecio, estalló en el cerebro del editor. Fue como si el espíritu santo bajara a la reunión de pauta de los apóstoles en el día de Pentecostés, para dejar su lengua de fuego sobre la cabeza de Fihman —que si de religiones se trata, la judía es la suya. Se le iluminó la calva. El primer número estaba armado, pero faltaba algo en sus páginas: unas buenas piernas.

No se trataba de cuerpos sin nombres, las pieles con transparencias estaban presentes y tenían sección propia: “Todas las mujeres son tuyas” era el nombre de la zona de desnudos fotográficos que se intentó mantener al final de cada número. Francisco Beaufrand —antes de ser sólo Fran—, Jorge Parra, Raquel Cisneros, Pablo Krisch, Claudia Pulgar, Pavel Bastidas y Gipsy Rangel. Ocho ediciones donde estos fotógrafos tuvieron oportunidad de mostrar a sus mujeres anónimas. La práctica no prosperó. La fogata en la cabeza del editor insinuaba mujeres fatales, para ser fotografiadas como majas vestidas y ser escritas en su versión al desnudo.

Fihman se reclina y recuerda: “Se me ocurrió que entrevistáramos a mujeres, pero no a las tonticas. De pronto a las menos conocidas pero que tuvieran alguna importancia, un aspecto trascendente”. Oscar Wilde no lo dijo en vano: “Me gustan los hombres que tienen un porvenir y las mujeres que tienen un pasado”.

Aunque Szinetar fue el autor intelectual, la responsabilidad recayó sobre Scharfenberg. Lejos estaba el reportero de imaginar lo sintomático de aquella primera entrevista, al punto de convertirse en una constante durante los primeros tres años. “Fue un descubrimiento sobre la marcha”, trae a la memoria, “resulta que la mujer tenía grandes historias y hablaba abiertamente de sus amantes”.

¿Pero quién era Milagros Maldonado? El verbo de Scharfenberg la define: “Desde los trasfondos donde gesticulan los personajillos de la murmuración pequeña”, escribió en enero de 1989, “se coló por los recovecos del poder para adquirir una jerarquía protagónica en la historia secreta (la importante) de este país” .

A sus sesenta años —una década y media después— Maldonado todavía recuerda la conversación: “Me pareció coherente y consistente en el tiempo. Algunas de las cosas que ahí se exponen siguen siendo así”. Como hablaba de su vida privada sin ninguna reserva, entiende que haya suscitado impresiones: “A mi papá no le gustó para nada esa entrevista. Él cree que fue muy osada. Normalmente la gente no es tan sincera. Yo estoy muy contenta de haberla concedido. No me arrepiento de una sola palabra”. Maldonado está consciente del impacto que tuvo esa entrevista para la publicación: “Marcó una época, incluso después se convirtió en un libro que fue una experiencia muy buena”.

Con esta primera semblanza, que estaría seguida por las de Carolina Herrera y María Antonieta Cámpoli —otros dos nombres reconocidos en la lista de señoras de sociedad— quedaría establecido lo que Fihman bautizó como el “lado hembra”. No será casualidad que junto a su escritorio, por allá en la oficina de la avenida Urdaneta en el edificio Karam, repose un póster con la imagen de un cuerpo recostado, ataviado con lencería de encaje, mostrando las piernas y escondiendo la intimidad.

De la ocurrencia del editor surgió *Mujeres de Exceso*, una recopilación de once perfiles femeninos publicados por Alfadil Ediciones. Sería el primer libro en agrupar trabajos de *Exceso* desde 1989 hasta 1991.

El estilo y contenido del libro bien lo resume Gonzalo Jiménez: “Ahí desfilan varias mujeres que tenían una vida sentimental muy ardiente, longeva y truculenta como Milagros Maldonado, María Antonieta Cámpoli culminando con la entrevista que le hace Manon Kübler a Cecilia Matos, la amante de Pérez”.

Pocos días después del 27 de febrero, las rotativas estampaban por tercera vez el nombre de *Exceso*. El título de portada era “Las sectas de los ricos”: “Religiosos, místicos y paganos de la economía se someten al cilicio del Opus Dei se confiesan en el Club de Harvard, beben la energía planetaria de Gurdjieff y suben a la pasarela de los *yuppies* del Iesa. Todos en busca del poder”, explica Hugo Prieto en el sumario. Acaso eran éstos los hombres con porvenir a los que aludía Wilde.

En ese mismo número, al coincidir con la Semana Santa, bajo las palmeras y las sombras de las lonas, los temporadistas —al menos aquellos que formaban parte del público de *Exceso*— devoraron las palabras que Ben Fihman le arrebató a María Antonieta. “La franqueza cortesana con la que la ex reina de belleza hablaba de sus escapadillas —la pérdida de su virginidad con lugar, fecha y co-protagonista, por ejemplo— y pecados propios —como el tráfico de armas— y ajenos —la falsificación de su edad en el pasaporte por el ilustre Carlos Delgado Chapellín, sumados a no dudarle a la atención provocada por los saqueos de Caracas, le dieron a *Exceso* la oportunidad de llamar la atención de decenas de miles de lectores”, relata el editor la hazaña en *Carne y hueso*, esta vez dando cuenta de su faceta de entrevistador sin un mínimo de modestia.

La mujer sería un fetiche, como él mismo escribe: “El caballito de batalla”. Elizabeth Burgos y Virginia Sipl se vieron en manos de Scharfenberg. Faitha Nahmens escribiría sobre Gabriela Febres Cordero, para entrar casi desde el principio como reportera en los anales de *Exceso* —soldado que siempre se ha mantenido en la contienda. Carmen Montilla por Ben Fihman. Sofía Ímber e Isa Dobles, entre tantas otras, serían banquete para Kübler.

Fanor Díaz hizo su única contribución a las *Mujeres de Exceso* retratando con su pluma a Blanca Mary Vernon. “Ben quería que él escribiera”, relata Hugo Prieto, “pero yo no estaba convencido de eso. En ese momento hacía falta un guía que diera una visión de equipo al proyecto”. Ante la presión del editor, Díaz terminó por ceder.

La elegida fue una dama de sociedad, conocida por sus amoríos con el “innombrable”, que luego se descubriría con nombre y apellido: Eugenio Mendoza, fundador de empresas Polar. “Una venezolana liberada que vivió durante los años cincuenta entre el abolengo caraqueño, las fastuosas residencias de New York, los salones aristocráticos británicos y los castillos de Francia, revive sus aventuras con príncipes y millonarios y en medio del torbellino la pasión que inspiró en un aparentemente sereno capitán de industrias y connotado hombre público”, así lo escribió Díaz en el sumario de la entrevista titulada “Sombras en el paraíso”, abre boca tan complejo como el texto mismo.

Blanca Elena Pantin reviste la pieza de valor: “La considero muy importante, sobre todo por la impresión de un estilo tan particular en él. En ese perfil estaba el fondo de una época, la forma de abordar al personaje con toda la información que había a su alrededor”. La enumeración de virtudes podría seguir y pasar por la capacidad del reportero para contextualizar, el uso de figuras retóricas, las referencias literarias. Sea tomado un ejemplo: “Sobre las rodillas de Blanca Mary Vernon, desde su apartamento de Lomas del Mirador, el arcón convoca los fantasmas del pasado, de la *belle époque* de los cincuenta en París y mucho antes, del mismo que la Madeleine de Marcel Proust podría recrear el tiempo perdido”. El sesgo sentimental de Pantin la lleva a concluir: “Es maravilloso cómo construía la historia. Muy cuidadoso con la propia escritura”.

Según relata Scharfenberg, su generación estuvo muy influida por las experiencias de Fanor Díaz: “Era un prócer del periodismo argentino”. Entrenado en la vieja escuela, adaptarse a la personalidad de *Exceso* fue un desafío. Otro discípulo da cuenta de ello: “Sé que conscientemente Fanor le dijo a Fihman ‘yo voy a escribir lo que tú quieras, pero lo voy a hacer de tal manera que no me vas a volver a pedir una nota’”, evoca Hugo Prieto un episodio nunca más discutido.

A la larga, diferencias profesionales llevaron al jefe de redacción a abandonar el cargo, para ceder la plaza a Scharfenberg, figura que siempre ha contado con los elogios y agradecimientos de Fihman: “Creo que todos trabajaron pero el único que parecía verse amarrado como un lince al mástil del barco fue él”.

Las aventuras de otra Blanca también serían reseñadas en este ejemplar. La Ibáñez protagonizaría, no una entrevista sino una fotonovela, en la que se contaba con imágenes y diálogos burlescos su historia con el presidente Jaime Lusinchi. En la página 42 se leía, primero con letras negras y pequeñas y luego en cursivas color fucsia: “*Exceso* presenta al triunfador de clarines Jaime Lusinchi y a su dama joven Blanca Ibáñez en Carnet de Bal”. El título que identifica la bufonada hace referencia a los *carnets* en los que las mujeres del siglo VXIII anotaban la lista de sus parejas de baile. Menuda premonición: ¡Ibáñez había anotado a su Lusinchi con tinta indeleble!

Para Prieto ese trabajo representa una muestra del periodismo que deseaban hacer: “Eran cosas que no ibas a ver en otro lado, ¿a quién se le ocurriría hacer una fotonovela de una pareja presidencial?”. Aunque la idea no era meterse en problemas, está consciente de que algunos temas requerían arrojo del reportero. Esta fue una de esas ocasiones.

La anécdota de Prieto cuenta cómo en compañía de Juan Carlos Oropeza lograron hacerse de una foto ante la mirada descuidada de su dueño: “Fuimos a casa de Pedro J. Díaz” —que escribía sociales en *El Nacional*— “y nos mostró una imagen en la que salía Blanca Ibáñez con Oswaldo Cisneros en una fiesta. Queríamos que nos prestara esa foto para reproducirla, pero él se negaba”. Pedro J. Díaz vivía al lado del liceo Fermín Toro, en pleno centro de la ciudad. Como buen cronista de la fuente, se la pasaba en fiestas en el Country Club rodeado de gente de sociedad. La dupla fue a visitarlo a su casa. Prestó todo el material, pero al momento de salir la foto de Cisneros se frenó. “Esa no”, dijo y el argumento fue la seriedad y respetabilidad que envestía el personaje.

En vista de su negación, la alternativa fue el robo: “Le hice señas a Juan Carlos para que la agarrara y la metiera en la carpeta”. Pasado el tiempo no quedan conciencias sucias. Prieto encontró justificación en ciertos guiños conocidos entre periodistas: “Pedro J. quería que saliera publicada pero nos estaba diciendo ‘yo no les entregué esa foto’”. Oropeza se llenó de valor y tomó lo prohibido. Siete páginas de fotonovela sin nombre que se responsabilizara. Hasta ahí no llegaba Prieto: “Le dije a Fihman: ‘si el fotógrafo pone su crédito, entonces yo también lo haré’”.

Ibáñez no fue la única *querida presidencial* estampada en *Exceso*. Ante la insistencia de Manon Kübler, Cecilia Matos concedió la primera entrevista a un medio de comunicación. Si bien no era especialmente reveladora tenía la virtud de ser un inédito.

Parece que nunca ha salido de su pequeño apartamento. La cabellera canosa con corte de hombre contradice la mirada delineada de azul turquesa. Viste anchos pantalones militares y una ajustada camisa negra. Manon Kübler sigue delgada, quizás más que en el pasado. Una pulsera de cuero, como de perro bravo, completan el estereotipo punk.

Ya no mantiene contacto con la revista, hace tiempo que dejó de leerla, sin embargo atesora algunos de los setenta y cinco ejemplares —su propio cálculo— donde colaboró. Su rastro está en los archivos. Ella y Floreal Cuadrado fueron motivos para que Scharfenberg afirmara que *Exceso* tiene “un imán para la locura”: “Un día apareció diciendo que escribía. En efecto, en dos minutos producía cincuenta cuartillas. Su locura era tal que se sentaba y nadie la detenía”.

Kübler es poeta. En 1996 publicó un libro donde se apartaba de la lírica para contar sus aventuras en el periodismo: *La prensa vista desde un negligé*. La dedicatoria está compartida entre José Vicente Rangel —Kübler admite que aquellos, definitivamente eran otros tiempos— y un Panasonic, *sound level equalizer, auto-stop* con un *voice activated system*, “regalo obligado de Ben Fihman”. Grabador que reproduciría la voz de tantas de sus entrevistadas: “Mujeres de toda índole y patria; mujeres de todo color y toda pasión; regentes de *stadiums*, museos; que es lo mismo; radiales; televisivas; editoras; barraganas; abogados; jueces; peligrosas, apasionadas, benditas, de otra época; pasadas de moda; diseñadoras; políticas; comunistas, todas...”. Ese era su fuerte y lo demostró durante la temporada en *Exceso*.

Ella fue la responsable del primer tiraje agotado. Cecilia Matos, la culpable: “Cuando salió esa entrevista, en el número siguiente hubo un llamado en primera página que decía ‘La portada que no publicamos’”, recuerda Kübler aquella mala decisión.

Fue en agosto de 1990. Matos era apenas un llamado en la portada dedicada a las parejas y a sus divorcios, “síntomas y achaques del virus de moda”. En septiembre trataron de enmendarse. Esta vez la carátula se ocupaba del “Destape precoz”. Una adolescente vestida de colegiala come un helado de fresa porque como anuncia el titular: “En los 90 el deseo despierta más temprano”. En la esquina inferior izquierda el retrato de la famosa secretaria. No sería la única sorpresa, la segunda primera vez de Cecilia Matos vendría con un piadoso aumento de 60 a 70 bolívares por ejemplar.

Manon Kübler estuvo en *Exceso* por espacio de tres años. Nació en Venezuela pero cuenta con pasaporte alemán, herencia paterna. “Al principio aparezco como colaboradora, luego en la redacción. Yo estaba ahí escribiendo día y noche. Siempre en la revista”. Sin embargo, así como Kübler se enamoraba de sus entrevistadas, el encantamiento que le produjeron *Exceso* y su editor tendría fin.

“Recuerdo por ejemplo”, escribe en su confesional libro, “cómo olvidarlo, lo que hizo que dentro de mi código de ética me viera yo en la situación de entregar mi cargo como redactora de la revista. Se trataba de una mujer de azules miradas, una dama con nombre de posibilidad: «Esperanza»”.

El paso del tiempo aún no tiene facultades para aclarar su separación de *Exceso*. “Ben y yo tuvimos un *impasse* y la relación se acabó”, es lo que suelta al salir de las sombras. “Fue por la entrevista de Esperanza Martinó. Yo había ido a sacarle información cuando estaba a punto de enviudar”.

Probablemente el nombre de la ex presidenta de Fogade haya sido mencionado en alguna reunión de pauta. En su libro, publicado en 1996, habla al respecto: “Me interesaba entender qué extraña imaginación llevaba a Fihman hasta aquella gula. Entonces me decidí por ir sola, sin avisar, como para dar la sorpresa”. El tema fue que la entrevista se había quedado a medias, la entrevistada acordaría un nuevo encuentro, ínterin en el que, sin que la periodista se diera cuenta, las notas sobre la primera conversación saldrían publicadas en *Exceso*.

Según escribió después, se enteraría por boca de la misma Martínó: “Volvió a tomar la revista por el cuello, abrió sus páginas con brutalidad, mostró su llegada al novenario, sorprendida por el lente del fotógrafo bajándose de un Mercedes Benz”. Los detalles se escapan y las firmas se confunden. Kübler sostiene que si bien ella empezó la entrevista, otra persona la terminó: “No se si fue por órdenes de Ben. Pero la otra persona era Faitha. Luego yo saqué una carta muy polémica en *El Diario de Caracas* sobre Ben. Era muy chistosa pero él se molestó mucho”. Entre las setenta y cinco viejas revistas, aquélla carta no se llegó a archivar.

Por su lado Nahmens recuerda a la colega: “Era divertida, audaz, lesbiana, ruda. Juan Carlos Oropeza siempre nos buscaba para llevarnos al trabajo. Una vez había una cola y se bajó a pegarle golpes a un autobús. Tenía como una neurosis”. Más tarde el incidente: “Una vez por teléfono se puso furiosa porque le había editado un trabajo. Yo le hice la entrevista a Esperanza Martínó y ella a Mayra Vernet. Las pusimos juntas en unas páginas bisagra. Se molestó porque la edité, ella creyó que era Ben quien lo hacía”. Quizás los archivos aclaren el incidente. La entrevista a Esperanza Martínó salió publicada en la edición número 41 bajo la firma de Faitha Nahmens. A su lado Mayra Vernet aparece firmada por Manon Kübler.

El enfrentamiento sólo sirve para ejemplificar las dificultades que surgen en el entorno laboral, mucho más cuando se trata de un medio de comunicación pequeño y en un oficio tan celoso como el periodismo. Kübler se fue, eso ya se sabe, pero no deja de recordar, por encima de las incomodidades, las buenas experiencias: “Fue muy interesante trabajar en *Exceso*”.

Durante su estadía estuvo bajo la subordinación de Ewald Scharfenberg, quien a finales de 1991 —la última vez que aparece en el manchón es en el ejemplar número 34 correspondiente a octubre de ese año— abandonaría la jefatura de redacción: “Yo salí de ahí más bien desencantado por temas económicos. Necesitaba ganar más. De *Exceso* me fui a *El Globo*. Parecía que iba a ser buen periódico y estuve como por dos años dirigiendo un dominical que se llamaba *Letra G*”.

Sin jefe de redacción, Fihman medita sobre un próximo aspirante. “Quiso probarme a ver si yo podía”, cuenta Nahmens. “Lo hice como por un año. Pero creo que soy más desorganizada que Ewald, mucho más. A Ben le gustaba la forma en que yo editaba y mi preocupación por la palabra. Pero estar pendiente de si se iba a tomar la foto y de ese tipo de cosas me costaba más”. Fihman elimina el cargo de jefe de redacción para ejercerlo él y deja a Nahmens como apoyo en la coordinación.

Para el momento del infeliz desenlace con Manon Kübler, Faitha Nahmens era la coordinadora. “A ella no le gustó la intervención que yo hice, decía que el enfoque estaba diferente”, vuelve Nahmens a la polémica. Kübler cierra capítulo: “Fihman y sus benditas mujeres. Fihman y su cubertería de lujo, Fihman y sus desahuciadas razones, demasiado nos juntaba; por tanto demasiado habría de separarnos”, conclusiones decantadas en *La prensa vista desde un negligé*.

Flores marchitas

Los contenidos se erigían con agilidad. En paralelo, tal como una construcción intercalada se desarrollaba la otra lucha, la brega de una empresa económicamente débil. Lo principal era imponerse al sistema de distribución, y eso, requiere de una publicación de mucho impacto.

La venta del número uno fue vertiginosa. Una mínima campaña televisiva en el canal 4 con Nelson Bocaranda sirvió de empuje. El espacio se había comprado en la preventa de 1988. El otro incentivo estaba impreso en la misma revista: la entrevistada que contaba sin pudor alguno y con precisión, detalles de su vida privada. Un tema de ávidos lectores.

Fihman se lamenta: “El sistema del Bloque de Armas evitó que ese número se agotara”. Sin embargo, las cifras eran positivas. “Ese tema, marginal para aquella redacción de misóginos, fue el que arrastró las ventas”. Tendencia que dominaría el primer período.

Si bien las portadas no eran el gancho, la fórmula estaba funcionando aunque el segundo número no se vendiera tanto como el anterior. El editor recuerda: “La circulación bajó como un 15 por ciento y eso desanimó un poco”.

En la introducción del libro de semblanzas Fihman termina por aplastar las dudas económicas de los primeros números: “El tercero de la historia recién iniciada de Exceso batió en venta a los dos primeros, que habían tenido suficiente éxito como para dejar atónito a los gerentes y al dueño del Bloque de Armas, su distribuidor”. Las dudas se disiparon, fue otro empujón. “Nadie pensó en ese momento que había que terminar allí, y es que a nosotros nos entraba plata por la circulación”.

Desde el comienzo la revista tendría problemas con la diagramación y la impresión. Para su editor, la diagramación inicial nunca fue lo suficientemente buena: “Quizás era demasiado tosca”. La impresión recaía en editorial Primavera: “Era mala”, no guarda la duda. “Por el volumen, teníamos que imprimir en rotativa”.

En junio de 1989, apenas seis números después de su primera impresión, la revista cambiaría el formato: “A partir de esta edición”, se leía en el manchón, “Exceso adopta el formato 22 x 27.5, que reduce el alto de la revista en dos centímetros, pero con la ventaja de que así se logra una superior calidad de impresión”. De este modo se informaba al lector, aunque el editor no estuviera convencido del cambio ni de las bondades de la editorial Primavera. _

El afán por contar

Cojea, se cansa rápido. No es un tipo que destaque por saludable. A sus cincuenta y cinco años de vida ha visitado los linderos de la muerte, al menos dos veces. Conoce de padecimientos. Entre todos sus achaques hay uno que no ha logrado vencer, uno que lo ha acompañado desde pequeño. Su trastorno es un clásico: el síndrome del híbrido narrador, un virus que salpica. El periodista-escritor.

El desorden empezó desde que era pequeño, cuando estudiaba en las aulas del Moral y Luces y tuvo una primera experiencia en el periódico escolar. “Fue como redactor, quizás como jefe de redacción”, recuerda Fihman. “Y mi primer intento narrativo fue una novela abortada. Me quedé en el primer capítulo durante varios años y curiosamente era sobre un grupo de muchachos que funda un periódico”. Ni tan sucio le jugaría el destino, porque si bien no fue un diario lo que crearía, tendría en sus manos la constitución de una revista. La sintomatología demuestra la amalgama entre periodismo y literatura: “En el fondo, todo indicaba que me quería dedicar a escribir. Quería hacer de la escritura algo creativo”.

En su búsqueda personal, se decidió por Letras en la Universidad Central de Venezuela. No terminó, la academia no fue clarividente de su destino. Luego vino el cine. En Nueva York fue alumno de Oliver Stone y compartió pupitre con Martin Scorsese. “El cine me interesaba en todos los aspectos: la dirección, la actuación, pero sobre todo el guión”. Y hasta ahí lo dejó, hasta el guión, pero no sin antes experimentar con la actuación en la American Academy of Dramatic Art. Se fue a París donde finalmente obtuvo un diploma: Letras Modernas en La Sorbona.

Adolescente fue deslumbrado por Jimmy Breslin y el ya no tan Nuevo Periodismo que hacía mella en aquel momento y que leía en las páginas de la *New York Magazine*. Las rupturas las planteó Wolfe en su libro: *El Nuevo Periodismo* donde sostenía la desaparición del periodista aspirante-a-escritor. Ya podía dejar de reprimirse. Nada de elipsis, lo que sucede en el intermedio es igual de importante.

Fihman asalta: “Tom Wolfe es otro ejemplo perfecto de periodismo literario, sin duda. Es también un injerto que tiene la absoluta ambivalencia del escritor-periodista o del periodista-escritor. Luego está todo lo que ocurre con Truman Capote. Él es un caso curioso porque parte de la literatura para desembocar en el periodismo y hace un género híbrido en sus obras a partir de *A sangre fría*. En Francia eso se llamaba ‘*Grand Reporteur*’, que no es lo mismo que se entiende aquí. Allá es una categoría de periodismo narrativo literario. Joseph Kessel fue uno de sus mejores exponentes”.

El trastorno se complica, se trata del periodista-escritor que también sufre de las contrariedades de ser editor. Su encuentro con Jorge Luis Borges sería providencial: “Fue mi debut en el periodismo serio, que era periodismo literario, pero en el sentido más estricto de la palabra y no en el sentido amplio que le dan por ejemplo en Estados Unidos”.

Empieza a distinguir sin teorizar: “Yo tampoco soy un estudioso del tema”. Hace un deslinde entre dos formas de entender el periodismo literario. Fihman señala y suscribe el concepto que expone el estadounidense Ron Rosenbaum quien escribe, entre otras publicaciones para *The New York Times Magazine*, *The New York Observer* y la revista *Esquire*; además de dictar el curso de Periodismo Literario en la Universidad de Columbia. Su propuesta combina una fuerte investigación periodística con un estilo literario personal, donde la calidad de la narración cobra fuerza.

Fihman encuadrado, impreso y ordenado para la lectura en formato de libro, se resume en cuatro ejemplares que componen su obra. Bajo el sello Monte Ávila Editores publicó *Mi nombre, Rufo Galo*, un conjunto de cuentos escritos en Nueva York titulado como el primero del conjunto, nombre que a su vez sacó de *Metempsicosis*, poema escrito por Rubén Darío.

La radiografía del periodismo literario en Venezuela no queda del todo clara en boca de este editor, quien prácticamente puede hablar del periodismo local como un extranjero: un *outsider*, apreciación que por cierto no le causa el menor agobio.

“Para entender bien las razones que, de cierta manera, aíslan a Ben Amí Fihman de los circuitos del relativo éxito literario venezolano, en el actual campo de la narrativa, conviene señalar, en primer lugar, su cosmopolitismo real, es decir, su circunstancia existencial cosmopolita, traducida naturalmente a una escritura peculiar, lejana pese a su vigor y riqueza de imágenes, fundada en lo imaginario, ficción de un realismo tan crudo a veces como virtual. No resulta cosmopolita el que quiere sino el que lo es”, escribió Juan Liscano en enero de 1985 a propósito de *Los recursos del Limbo*, su segundo libro de cuentos.

A estos dos sucedieron *Las voces del Orfeo*, un conjunto de crónicas en tono periodístico y finalmente, *Los cuadernos de la gula* publicado bajo el sello Línea Editores. Fueron estas crónicas gastronómicas las responsables de convertirlo en glotón paradigmático. Roberto J. Lovera apuntó con admiración: “A través de estas prosas su autor hace literatura —otra forma de placer no siempre sonriente— y la realiza de tal manera que el lector olvida que está leyendo una crítica gastronómica e ingresa, por momentos, en el mundo autosuficiente de la ficción”.

Tom Wolfe hablaba de la voz, del uso de la primera persona. Sin embargo, a excepciones de los primeros trabajos publicados en *Exceso*, el uso quedó proscrito. ¿Demasiado trasgresor? Si bien nunca desapareció para el editor, sí lo hizo para la revista: “Eso se ha convertido en un rasgo, en una regla del libro de estilo y ahí tendría que ser muy subjetivo”.

Una de las principales dificultades, poniendo aparte las comerciales, se desarrollaba en la redacción. La figura del editor con la convicción, la práctica y el ejercicio de una primera persona como pivote de sus relatos periodísticos se enfrentaba a un equipo de reporteros que no se acostumbraban a ella. “Los periodistas que se integraron”, admite Fihman, “tenían la escuela opuesta y se sentían mejor en la tercera persona”.

El abandono del “yo” también tuvo que ver con el lector: “Pensé que podía ser fatigoso leer una revista que estuviera escrita toda ella, en un coro de primeras personas. Fue

algo que se practicó desde el comienzo y luego lo convertí en regla”. Tampoco era un hallazgo. En realidad, no iban mucho más allá de las convenciones. “De cierto modo, estábamos huyendo de los vicios del Nuevo Periodismo, de esos vicios que se habían convertido en *tics*. Ya el Nuevo Periodismo tenía un montón de años”.

En sus tiempos de autor, Fihman llegaba al exhibicionismo confesional: “Una vez Juan Nuño escribió un artículo denunciando a los gastrónomos autobiográficos y aludía a mí como el mejor. Lo que se le olvidó decir es que esa corriente autobiográfica la había fundado yo y que los demás estaban copiando el éxito de la fórmula”, declaraba orgulloso a Manuel Abrizo de *El Diario de Caracas* en 1988.

Cuando Isaac Bashevis Singer recibió el premio Nóbel de literatura, las páginas de *Papel Literario* de *El Nacional* invitaron a Fihman —adlátere del autor— a escribir unas líneas para la ocasión. La antesala de su texto parecía venir acompañada con un redoble de tambores: “Su heredero espiritual, el escritor de lo fantástico Ben Fihman, entablando con él [Singer] un diálogo imaginario” y, luego de un texto, tan bueno como descarado, Fihman se despedía: “Recordado amigo, recibe un abrazo y mis sinceras felicitaciones”. Con similar ánimo escribió sobre Edgar Allan Poe, Max Jacob y Nerval entre tantos otros.

Desde sus inicios *Exceso* fue una revista compleja. “Es un trabajo colectivo, no fui yo el único. Cada cual aportaba lo que traía como bagaje, que en ocasiones eran periodistas con muchos años de experiencia como Fanor Díaz. Habíamos construido una revista polifónica, con muchos géneros”.

Exceso buscó explotar la semblanza anglosajona que toca la vida íntima, que mira a la noticia desde otro ángulo, muy diferente al periodismo de denuncia que estaba en auge hacia finales de la década de los noventa y que ha sido el sino del periodismo venezolano.

Cuando el periodista colombiano Gerardo Reyes escribe sobre el “mal periodismo de investigación”, encuentra en Venezuela un patrón: “Es el caso de muchos reporteros que viven exclusivamente de las denuncias ajenas y posan como periodistas investigadores; su trabajo se limita a poner la grabadora en boca de quien más grita y más acusa, no importa lo que grite y a quien acuse. Lo importante es hacer el eco. Pero esto no puede llamarse periodismo investigativo. En Venezuela se le conoce como *denunciología*, que es el hábito de publicar denuncias que casi siempre tienen su origen en acusaciones apresuradas de sectores de la sociedad en pugna”.

Armando Coll, actual jefe de redacción de *Exceso*, no lo concibe sino como una desfiguración: “El periodismo de denuncia desquició al periodismo venezolano hasta hoy. Hay quienes piensan que este oficio es una manera de hacer justicia o de hacer el trabajo que la policía deja a medio camino. Eso es una perversión”.

“Un editor de un periódico de ese país”, continúa Reyes, “decía que la *denunciología* es un mal necesario que los periódicos se ven obligados a mantener para que el público se informe de temas que quedarían sin debate sino fueran amplificadas por la prensa”. Tal como Reyes afirma, aquellos que han hecho de la *denunciología* un método, no se han detenido a pensar “hasta qué punto los lectores resistirán semejantes dosis de confusión y ambigüedad”. Esto es, justamente, la frontera opuesta a las intenciones de *Exceso*.

Sin embargo, esas denuncias —infundadas en gran medida— son insumos para los contenidos de la revista. “De ese periodismo”, explica Coll, “salen los temas de *Exceso*. Para nosotros tiene interés. Se puede decir que es la materia bruta que luego la revista convierte en una investigación más densa, en un tema de mayor profundidad”. Un caso para ejemplificar la genealogía de un tema en *Exceso* puede ser la semblanza de Betzabeth Zárraga. “¿De dónde sale ese personaje?”, interroga Coll, “un personaje tan marginal”. Él mismo responde: “De las columnas de denuncia. A ella la hacen célebre Ibéyise Pacheco y Marianella Salazar”. Una mujer que terminó de llegar al estrellato luego de ser portada en *Exceso*. Ya contará Evan Romero cómo fue el desarrollo de su exitoso trabajo.

La búsqueda por el detalle era una verdadera obsesión para Fihman. Lo sigue siendo hoy. Cuando explica a alguno de sus reporteros la forma de proceder ante un tema, les dice: “Concéntrate en el detalle”. La inclinación del editor, proviene de su gusto por el séptimo arte, al menos eso asegura Hugo Prieto. Afirmación que no suena descabellada cuando se considera que estudió cine con dos eruditos en la disciplina.

Marcos Salas, antiguo redactor de *Exceso*, explica que la visión opulenta que tenía Fihman de la realidad, venía aderezada con los datos pequeños o más íntimos: “Eso es lo que le criticaban a *Exceso* ‘que se mete en la vida de los demás y anda publicando chismes’. Tal vez fue así, pero Fihman recurrió a la premisa de que los detalles” —no necesariamente los chismes— “eran información importante y valiosa al momento de escribir y contar una historia”.

Llegar hasta lo más mínimo y oscuro de una persona, de una situación; no es asunto que guste a todos. Que lo diga Teodoro Petkoff, director del diario *Tal Cual*, quien en una oportunidad, molesto por una información publicada sobre él y su ex esposa Dalita Navarro llamó al editor, en plena iracundia, a la mitad de la noche: “Yo le dije a Ben Amí ‘tú eres un hijo de puta y un coño de madre’ ese tipo de cosas un caballero no las hace, la vida privada de la gente no puede ser objeto de discusión periodística”.

En la sección “Run Rún” apareció en septiembre de 1996 la nota de la discordia. Veintiséis líneas bastaron para desatar los demonios del antiguo ministro de Cordiplán. “No era que él publicaba datos, sino que hacía alusiones. Yo vivía con mi mujer, entonces recuerdo que sugerían algo como que ‘Teodoro tenía una solución habitacional’”.

La información sostenía que la ceramista Dalita Navarro, quien para el momento era su esposa, había sido designada como agregada cultural en la embajada de Venezuela en Bogotá: “Quizás el antecedente de la designación de Mariuska Rivas, ex esposa del jefe guerrillero en la misión de Brasil”, se lee en la página 32 del ejemplar, “haya despertado la sospecha de que la tardía vocación de ambas señoras, después del triunfo del MAS en

1993 tuviera un sentimental origen común”. La frase que derramó el vaso aparece más abajo: “El líder masista había disfrutado de una solución habitacional nada ordinaria en el suntuoso apartamento de la artista maracucha”.

Petkoff confiesa que aún antes del incidente, ya poseía cierta aversión hacia la publicación: “El tipo de periodismo norteamericano o inglés, que consiste en contar chismes que destruyen carreras políticas y acaban con matrimonios, me parece repugnante”. Sin embargo, reconoce que en buena medida, eso que él desprecia le ha garantizado el éxito a *Exceso*: “Tiene una enorme acogida, porque a la gente le encantan los chismes hasta que lo tocan a él. Gozas un imperio leyendo que fulano de tal es marico y resulta que un día escriben que el marico eres tú y descubres las limitaciones de ese tipo de prácticas”.

Hay malas experiencias que se bloquean, se borran de la memoria como quien pulsara en un teclado el *delete*. Así le pasó a Teodoro Petkoff. Ni siquiera recuerda que siete meses más tarde, Faitha Nahmens publicó una semblanza de ocho páginas sobre él. Cuenta la reportera que Armando Coll la calificó de apología, es decir, que ni tan mala pudo haber sido la experiencia. “Ben no me dijo nada. Se quedó asombrado. Me imagino que le debe haber dolido la barriga porque yo saqué una nota y ellos estaban peleados”. En el sumario de la semblanza “Parto a la Naranja” el personaje quedó dibujado: “Intenso y con una extensa carga de epítetos en su haber —desde coquetón hasta guerrillero pasando por visionario e insomne— el hombre a quien se le endilga la política vigente es todo un exceso aunque declinara abrir la boca esta vez”. Petkoff no había dado la entrevista.

Al momento de elaborar el reportaje le acababan de practicar una laparoscopia. “Resulta que tenía los meniscos rotos por pasar tanto tiempo en cuclillas, debió ser mientras abría el túnel para escaparse del cuartel San Carlos”, relata Nahmens. A la periodista aquello de que a un hombre le doliesen las rodillas por haber estado preso, le sonaba a cuento de García Márquez: “Me encontré a un Teodoro guabinoso, pero con una vida intensa: siete

mujeres, siete partidos, los meniscos rotos... El propio aventurero. Es una historia de coñazos con la vida”.

Por más que se insista y se le den detalles sobre la nota, Petkoff no logra evocarla: “No la recuerdo. Mándamela. ¿Cuándo salió eso? Debe ser que Ben Amí dijo: ‘Vamos a compensarlo’ ¡Qué sorpresa que yo no lo supiera! Es que tengo alzheimer”, justifica con tono de burla, “a lo mejor sí lo sabía y no lo recordaba”.

Es evidente que la memoria le ha tendido una mala jugada, de otro modo no se explica la llamada que le hiciera a la autora de la nota para interpellarla sobre aquella intrepidez: “¿Y tú pudiste publicar eso?”, le preguntó. Pasados los años, Nahmens guardó hasta el más mínimo detalle.

Scharfenberg agrupa los intereses de *Exceso*: “Se buscaba lo insólito, lo nunca esperado. Siempre con un elemento que yo convertí en signo y seña con Ben Amí, que era el de *lentejuelas*. No era lo insólito, no eran solamente los mendigos del Guaire, sino cosas que pasaran en la alta sociedad, que la prensa no había recogido y que nunca lo haría”.

Armando Coll hace una segunda lectura: “La decadencia, ese es su tema pero no en un sentido negativo”. Quizás ese toque de *lentejuelas* es lo que hace que algunos la perciban como elitesca. Para Coll no sería un pecado: “Lo es porque su *target* es alto. Los anunciantes, los que hacen *Veuve Clicquot* en Caracas” —*champagne* francesa— “no creo que piensen que *Exceso* circula en Petare”.

La cuestión estaría en determinar si la revista comenzó revistiendo de lentejuelas cada tema que pasara por sus páginas o si se ha conformado en retratar la decadencia de cada época. Para ser justos, se tendría que afirmar que ambos elementos han jugado en sincronía desde el comienzo. Paisajes sombríos que deben tener un halo de *glamour*. De eso se trata *Exceso*.

La periodista Milagros Socorro no podría estar de acuerdo: “Yo no lo veo así. *Exceso* es el fresco que muestra a la sociedad venezolana bregando para salir del endémico provincialismo de la nación”. Para ella, la revista constituye un síntoma, no una enfermedad: “La lentejuela, en mi diccionario particular es todo aquello que sobra, que si lo quitas no pasa nada. Es el efecto vaporoso, que no tiene volumen ni peso. Eso no es *Exceso*”.

Desde su formación, en la revista encajaron individuos aficionados hacia lo tenebroso. Así lo hace saber Scharfenberg: “Por ejemplo Hugo es un personaje siempre interesado por las catacumbas. Los escombros de lo que fue alguna vez glorioso y ahorita está decadente”.

Sobre personajes siniestros, Antillano tiene una lista con nombre, apellidos y manías: “Armando Coll es un malvado, él tiene esa cara de dulce, de muchacho que toca el violín, pero su corazón está habitado por pensamientos totalmente pérfidos. Es desconfiado, escéptico, insidioso. Por ahí pasó Milagros Socorro, ¡por dios! Ahí está Eurídice Ledezma” —actual colaboradora— “que es una formidable malvada, una malandra. Adora los gatos, unos animales que tienen esa cosa como incógnita y están llenos de misterio”. Termina el inventario y remata: “No todos han sido tan brillantes, ni tan malos, pero todos los que están son sospechosos”.

Prieto, Coll, Socorro y Ledezma no son los únicos. Por mucho tiempo el director de la banda tuvo como costumbre llevar en su mano un anillo de calavera. Para Scharfenberg se trata de un personaje construido: “Él siempre ha tenido una imagen de maldito, de tipo huraño, pero siento que eso es algo que él creó y cultivó”. Simón Alberto Consalvi, que también lo conoce —“¡Quién no conoce a Fihman!”, protestó— lo toma por escritor bien dotado y secunda la idea del ogro en simulacro: “Para nada macabro y perverso, esa es la imagen que construye”. Pura impostura, pues.

El cráneo de plata en uno de sus dedos no es la única excentricidad. Este incansable sibarita, que goza de los placeres del paladar: un buen vino, una comida preparada por

un *chef* reconocido y, que recorre las calles parisinas como si fueran suyas, deliraba por tener un tugurio. Y lo tuvo: La Guacharaca era una especie de piano-bar decorado con una tapicería verde, con *puffs* y sillas bajitas junto a una gran barra que estaba alrededor de la pista de baile, y que permitía disfrutar de una panorámica del escenario. “Soñaba con tener un lupanar o un lugar de mala muerte. Ese mundo le resulta atractivo”, confiesa Scharfenberg. Fihman también regentaría El Sarao, famosa ronería caraqueña.

La razón de la extravagancia: “Las catacumbas son llamativas porque las grandes historias siempre salen de ahí”, argumenta el ex redactor. Catacumbas con nada de tumba, al contrario, túneles oscuros para la juerga. “Ben Fihman”, expresa Pablo Antillano, “vive perplejo ante los defectos de los seres humanos. Eso es lo que a él le interesa, no las bondades. En lugar de promover héroes, eligió tener víctimas”.

Hasta junio de 2004, Andrés Cardinale se desempeñó como asistente de edición de *Exceso* —luego de seis años y tres meses de permanencia. Después de participar ampliamente en la selección y corrección de los textos que componen *Carne y hueso*, puede hablar con profundidad de la revista: “La intención siempre fue despertar al lector la curiosidad, la risa o las conexiones entre una cosa y otra. Es el supuesto que hay detrás de *Carne y hueso*. La idea no es hacer retratos idealistas sino retratos reales. Así logras una mayor dimensión de los personajes”.

Milagros Socorro se queda pensativa. Articula una metáfora para explicar su visión sobre la revista. El protagonista es un niño insomne y desobediente. En sus ojos guarda la mirada profunda de *Exceso*: “Se asoma en pijama al salón donde sus padres dan una fiesta. Se ha bajado de la cama, ha salido de su cuarto cuando le han advertido que no lo hiciera, y se ha metido entre los cortinajes a mirar aquél que se rascó, aquélla que coqueteó con el que no es su marido después de tomarse tres tragos, a éste que no sabe como tomar el pasapalo con los dedos ni cómo se come, a la otra que no se supo vestir, y al que finge apreciar el Corot que guinda en la pared, hablando boberías para pretender”.

El festejo de imprudencias al que se asoma el pequeño es difícil de aceptar por parte de los invitados. Tal vez el mismo veto de la sociedad lo cohibe. Así piensa Antillano. Para él, son pocos los que reconocen comprar abiertamente la revista y sentir fascinación hacia ella: “Todos dicen: ‘sí, es una buena revista’. Pero lo que pasa es que comprar *Exceso* es como un defecto. Como ser cómplice de una cosa terrible. Pecaminosa. Porque *Exceso* tiene estas coincidencias con una parte oscura y perversa que la sociedad venezolana no logra aceptar de sí misma”.

Cardinale sale al ruedo con su propia alegoría: “En Venezuela o está el secreto más absoluto o está la exposición con *flash*. Creo que *Exceso* usa luz natural. El destello no es el ideal pero tampoco se trata de una incandescencia exorbitante”. En cuanto al pecado de comprar la revista podría convalidar a Pablo Antillano: “Todavía hay gente que le dice murmurando a Armando: ‘Usted sabe que yo soy suscriptor de *Exceso*’. Como si se tratara de *Playboy*”.

Fihman reconoce la osadía de la revista: “Algunas cosas eran audaces pero nada fue demasiado tremendo porque aquí se respeta ‘la vida privada’. Es consciente de que algunos de los temas publicados causaron un fuerte impacto en el público. “Ramón J. Velásquez dice por ejemplo, que nosotros marcamos a cierta sociedad con la publicación de una foto de Eugenio Mendoza con su amante Blanca Mary Vernon”. Según cuenta el editor, sería otra de las fotos tomadas sin permiso: “Fanor Díaz se la robó en la entrevista”.

La sección “Cómo ganar enemigos y conservarlos” también hizo ruido. Si bien la idea fue del editor, Scharfenberg se encargó de darle forma. Se trataba de un segmento en el que se colocaba la foto de una persona y debajo se hacía el listado de sus enemigos. La información se obtenía mediante un rastreo hemerográfico y en algunos casos, por la intervención directa del personaje. Por allí desfilaron los adversarios de Orlando Urdaneta, Eduardo Fernández, Sofía Ímber, José Antonio Abreu y Juan Nuño, entre otros. Este último no tuvo problemas en señalarle al reportero sus oponentes.

El objetivo era decir aquello que no estaba dicho, pero quizás con mayor elocuencia que el resto de las publicaciones. “Creo que la fortaleza de *Exceso*”, concede Hugo Prieto, “fueron las revelaciones. En eso Fihman era muy incisivo y obviamente como él conoce todo ese mundo rutilante de Caracas, encontraba grandes historias”.

Aquel ímpetu no provenía de la nada. Ben Amí Fihman no se despertó un día y dijo: “Quiero hacer una revista irreverente”. No. De allí se desprenden los rasgos de su formación: “Viví muchos años fuera, era más joven y audaz. Creo que quienes trabajaban en *Exceso* sintieron que se les estaba dando patente de corso”.

Las letras se convirtieron desde un principio en las grandes protagonistas del estilo de la revista. ¿Cómo se debía escribir? ¿Cuál era la mejor manera para transmitir el desparpajo? A estas preguntas responden varias voces. Algunas acuden a la oportunidad que brinda *Exceso* para expandirse y jugar con la palabra, mientras otras sostienen que es un estilo demasiado barroco.

“Ese es el estilo que tenía Ben en su columna, en *Los cuadernos de la gula*”, argumenta Prieto. “Para entenderlo hay que ser muy culto. Y como Ben sólo hay uno, no se encuentran miles. En la medida en que empezó a ajustarse a él, se convirtió en una imitación. Eso no le hizo bien a la revista. Me parece que tuvo oportunidad de ser más variada”.

La discusión hubiera sido oportuna con la publicación de “Medellín paraíso sangriento”, quinta portada del primer año. La fotografía era de Juan Carlos Oropeza. Aparecía Dora Mazzone en bikini —antes de ser famosa actriz— portando una banda que decía en letras escarchadas “*Miss* cocaína 1989”. En lugar del cetro sostenía una bandeja con una pirámide de polvo blanco, inequívoca alusión. En la página 32 de ese ejemplar se leía en letras amarillas el título del reportaje: “Del tango a la cocaína. Medellín pase a pase”. Más abajo en letras azules, el sumario describía el contenido. Una ciudad en la que confluyen “impresionantes instalaciones deportivas, varios centenares de esculturas públicas” y “el sicariato, Pablo Escobar y el cartel de Medellín”.

Con el uso de oraciones largas y abundancia en incisos, Fihman hacía un recuento del cambio que sufría la ciudad: “El narcotráfico, en efecto, desde los días de la pasada década cuando, según Mario Arango Jaramillo —su más asiduo y conspicuo estudioso—, la baja burguesía deprimida, en plena crisis de la industria textil, el nervio económico de Medellín, en tangencial contacto con el lumpen de los bajos fondos del barrio Guayaquil, emporio del tango, el duelo y la prostitución, se asoció con el delincuente en el negocio de la droga, ha pasado del folklórico y risueño espectáculo (el de los primeros indiciados, quienes después de concluir que no hay peor delito que el que no se comete, divertían con ingenuos despropósitos: zoológicos, estrambóticos *menchas* —Mercedes Benz— y entierros al ritmo de mariachis), a desempeñar un rol protagónico en la cultura de Medellín”.

Años más tarde, Prieto revela: “Cuando salió esa nota hubo sentimientos encontrados. A mí, obviamente me parecía ilegible. Era muy abigarrada”. Fue uno de los pocos reportajes escritos por el editor, en misión especial a Colombia. Según el periodista, los ánimos del equipo reclamaban un debate. Y así hubiese sido, de no ser por José Vicente Rangel: “Él escribió en su columna: ‘Deliciosa la nota de Ben Amí Fihman sobre Medellín’ y ese día llegó a la oficina diciendo que por fin alguien lo había entendido. Ahí se esfumó nuestro chance”.

Diversidad. Palabra a la que Prieto hace referencia: Que cuando el lector tome la revista y pase sus páginas no sienta que la redacción viene de una sola pluma. Armando Coll no cree que todos los periodistas de *Exceso* compartan un mismo estilo: “No se puede decir que Milagros Socorro tenga un estilo barroco ni tampoco que Sebastián de la Nuez escriba igual que Faitha Nahmens. Lo que hay es una unidad de tono”.

Nicolás Toledo, suscriptor de la revista desde sus inicios, opina al respecto: “La revista de hoy la siento más variada en cuanto a temas y periodistas. Antes era mucho más homogénea, hasta el punto de que mantenía la suscripción por una cuestión de costumbre; porque todos tenían como el mismo formato de escritura. Era medio críptico, como si el lector tuviese que conocer de lo que se trataba aunque no te lo explicaran. Era

una especie de lenguaje secreto. Me parece que eso se ha diluido en variedad de estilos con Armando Coll y otros redactores. En ese sentido es mucho más dinámica y agradable”.

¿Cuáles son los requerimientos *sine qua non* para acoplarse al conjunto? “Escribir siempre desde la ironía y desde el retruécano”, orienta el jefe de redacción. En *Exceso* el periodista tiene el derecho y la obligación de narrar. Esa es su principal característica diferencial con el resto de las publicaciones. “No se trata de *quién* dijo *qué*, sino de *cómo* ese *quién* dijo ese *qué*”, completa Socorro.

El reportero no es un simple espectador, un mecanógrafo desinteresado de datos. Como dice la periodista, el redactor es un escritor periodístico: “Tiene que tomar muchas decisiones dentro del texto. ¿Qué pongo primero?, ¿cómo lo valoro?, ¿con qué tipo de puntuación?, ¿con qué tono voy a escribir?, ¿qué manejo del lenguaje voy a hacer?”. Casi debe llegar al umbral del delirio.

No todos se ocupan igual de la palabra. Marcos Salas hace la salvedad: “Nunca he escrito como *Exceso*. No es mi estilo. Tampoco nadie me dijo: ‘Tienes que escribir así’, pero uno se sentía presionado por el medio. La verdad es que yo paría mucho esa forma rebuscada y llena de incisos de la cual Faitha Nahmens era campeona mundial”.

Nahmens venía con la práctica del periodismo interpretativo de *El Diario de Caracas*. “Ese periodismo donde buscas el ángulo, le das la vuelta a la cosas y sueltas más la muñeca. Me gusta mucho conversar con juegos de palabras”. No es gratuito que la llamen *la reina del retruécano*. “Como la revista se presta para eso, nos llevamos bien. A *Exceso* le interesa tanto la investigación como la narración”.

Una tarde llegó alucinando a la oficina con un libro que recomendaba como lectura obligada: *La loca de la casa* de Rosa Montero. No se trata de un clásico de la literatura, eso queda claro. Es un libro, suerte de ensayo y a la vez novela, sobre el proceso de la creación artística, sobre la imaginación —loca de la casa según Santa Teresa de Jesús.

La fantasía no es buena compañera del periodismo, pero la creatividad sí. Eso fue lo que entusiasmó a Nahmens: “Es un libro fundamental porque habla de la pasión de escribir”.

“Las palabras son como peces abisales que sólo te enseñan un destello de escamas entre las aguas negras”, escribe Montero. “Si se desenganchan del anzuelo, lo más probable es que no puedas volverlas a pescar. Son mañosas las palabras, y rebeldes, y huidizas. No les gusta ser domesticadas. Domar una palabra (convertirla en un tópico) es acabar con ella”. Allí el artefacto del periodismo, el artilugio que *Exceso* utiliza con gracia.

Más nombres se suman a la discusión: el de Francesca Cordido, redactora y coordinadora de *Exceso*, y el de Oscar Medina, uno de los jóvenes periodistas para quien la revista, más que un empleo fue una escuela. “Me gustaba muchísimo el amplio uso del lenguaje, la posibilidad de no ser un observador de los hechos sino participar como un cronista”, asegura Cordido a la par que Medina concuerda: “Me enloquecía el tratamiento de los textos, ese uso de la palabra, ese regodeo tan sabroso en la manera de escribir; que además es un reto bien exigente”. “Ah, la vanidad del escritor... Podemos llegar a ser una auténtica peste”, escribe sin equivocación la Montero.

Termina el debate y Socorro tiene la última palabra: “*Exceso* es el lenguaje. Es descarada y abiertamente el lenguaje. *Exceso* hace de la palabra un laboratorio”. De modo que algunos apuntan hacia el dato específico y al proceso de investigación detrás de un tema, otros se detienen para hacer uso desmesurado de los adjetivos; quedando aquellos —acaso los mejores— que logran el concurso de ambas visiones.

Rosa Montero pone el candado definitivo: “Habría que intentar alcanzar la impasibilidad, cierta beatífica ausencia de deseos y emociones; pero, por otro, hay que arder hasta hacerse cenizas en la pasión por la literatura y en el afán de crear algo sublime”.

Vientos del sur

En Venezuela hubo una experiencia que mucho antes de que Exceso estallara en manos de los lectores, haría su parte sobresaltando al periodismo venezolano: El Diario de Caracas. Tomás Eloy Martínez escribió en la edición aniversaria del vespertino Tal Cual, en abril de 2003 los inicios de la empresa: “El Diario fue concebido en julio de 1977 como un proyecto de periodismo independiente por el ex ministro de Economía de Perón, José Ber Gelbar —a quien la dictadura argentina había condenado a muerte— y por el entonces ministro de Información de Carlos Andrés Pérez, Diego Arria”.

Raúl Lotitto, editor de la revista Producto, fue otro de los argentinos que formó parte del equipo fundador, y de acuerdo con su opinión, el aporte de El Diario estuvo en su capacidad para romper paradigmas: “Lo que existía antes en el periodismo venezolano era muy estático, poco proactivo. Un periodismo bastante diferente, incluso al que se hace hoy en Venezuela. El Diario rompió ese molde. Un periódico con unas hechuras y una visión muy crítica de la realidad, muy europeo, contrariamente al periodismo clásico venezolano que imitaba a los modelos norteamericanos. El Diario fue casi una copia de El País de Madrid, con algo de Le Monde, y tuvo la virtud de inaugurar tendencias importantes”.

¿Qué tendrá que ver esta historia con la de Exceso? La revista Exceso es posible, en parte, porque se nutrió de periodistas que habían vivido los aires de renovación que se produjeron en Venezuela hacia finales de la década de los setenta.

Para el periodismo venezolano se puede establecer como un hito clave la aparición de El Diario de Caracas el 2 de mayo de 1979, porque a partir de esa experiencia, periódicos como El Nacional buscarían formas de regenerar sus páginas y contenidos. Ejemplos fueron la introducción de cuerpos adicionales como el de La Mujer —que antecedería a Feriado— y el Cuerpo E.

De hecho, algunos periodistas que se incorporaron a estas nuevas propuestas fueron reclutados de las filas del Diario. La influencia de gerentes que venían del periodismo argentino como el ya mencionado Tomás Eloy Martínez, Rodolfo Terragno y Miguel Ángel Díez, quienes formaban parte de la diáspora que produjo la dictadura en el cono sur, fue fundamental; quienes a su vez, venían con la experiencia del diario La Opinión —donde Fanor Díaz también fuera reportero.

Para El Diario, y lo decía en su primer editorial, la propuesta era hacer un periodismo que tuviera memoria. En su libro de estilo decía que el periodista debe siempre tener en cuenta que parte de sus obligaciones es retener la atención del lector. También se valoraba particularmente el uso del lenguaje como herramienta del oficio, así como la consulta de fuentes hasta entonces no explotadas por el periodismo nacional. Es decir, fue primordial la idea de estar narrando algo y de hacerlo creativamente, pero con un dato en cada línea. Un aporte que sin duda sentaría precedente para el periodismo narrativo de Exceso, o al menos, para sus reporteros. _

Lector querido lector

En un extremo están los que manufacturan, en el otro los que degustan la obra creada: los lectores. Las conclusiones de un perfil de suscriptores realizado por Exceso en septiembre de 1999 —para ser distribuido entre los anunciantes— describe a los lectores de la siguiente manera: “Profesionales, con elevado estatus de vida, preocupados por obtener información actual y underground, movidos tanto por la onda fashion capitalina como por los vericuetos, dimes, diretes y curiosidades de la vida política local e internacional”.

Noventa por ciento son profesionales y comerciantes activos. Sesenta y siete por ciento adquirieron un auto nuevo en los últimos cinco años. Cerca del noventa por ciento posee tarjetas de crédito. Con suscripción a otras revistas o publicaciones periódicas aparece un 49.18 por ciento, mientras que 64.48 es usuario de mail y 67.21 de Internet. Como usuarios de televisión por cable se cuenta un 83.61 por ciento de los cuales 32.47 son mujeres y 67.76 hombres.

“En cuanto a las preferencias de entretenimiento”, se lee en el informe, “encontramos que el 87.98 por ciento frecuenta restaurantes, 63.93 va al cine con frecuencia; 59.02 suele ir a conciertos o espectáculos y 45.90 frecuenta los museos”. “En fin”, relata el estudio a modo de tips para los anunciantes, “son culturosos”.

Las consideraciones del perfil apuntan a que los suscriptores aprecian la actualidad y variedad de los temas, reportajes, entrevistas, secciones, así como la forma en que los mismos son abordados. Cuando se les pidió a los encuestados describir el estilo de la revista, los adjetivos más sonados fueron: “Agudeza, profundidad, seriedad, picante y veneno”.

Las recomendaciones tampoco faltaron y las peticiones en el año 1999 se inclinaron por incluir, profundizar y hacer hincapié en informaciones relacionadas con el _

turismo nacional e internacional, con la cultura, el horóscopo y temas sobre el interior del país, no únicamente sobre Caracas. La data recolectada corresponde a una muestra que representa al 33.57 por ciento del universo total de suscriptores. La cifra total de los abonados para el momento del informe no se pudo cotejar.

El de 1999 fue el último perfil de lectoría realizado por la revista —y vaya si las cosas han cambiado desde entonces. La ausencia de datos recientes obliga a buscar métodos alternos y menos exactos, para conocer quién lee Exceso hoy. Armando Coll cree que se trata de intelectuales: “Un hombre que trabaja en la bolsa o que es banquero, cuando empieza a leer un reportaje de Exceso no lo entiende. El público está constituido por universitarios, gente de la facultad de humanidades, gente que no puede comprar la champagne Veuve Clicquot, pero que sabe lo que es”.

El 17 de marzo de 2004 en la librería Read Books de Las Mercedes tuvo lugar una tertulia a raíz del décimo quinto aniversario de Exceso (fiestas patronales). Fue una noche para que los lectores pudieran acercarse a parte del equipo de la revista, editor incluido. Al finalizar, un caballero del público se acercó a Ben Amí Fihman. Pasada la velada y hecho el contacto, se le hizo encuesta privada a Jesús Márquez Briceño.

Conoció a Fihman en Bogotá, cuando Márquez se desempeñaba como agregado cultural de la Embajada de Venezuela. Es licenciado de Estudios Políticos, jubilado del Banco Central. De la charla se enteró por la prensa. Es lector de Exceso desde el primer número. “Todos los meses la compro en el kiosco”, comenta Márquez al preguntarle por la suscripción. ¿Qué es lo que le llama la atención de la publicación? “Su variedad. En el momento en que surgió era una revista muy original en la forma como presentaban los temas y, me parece que lo sigue siendo. A veces tiene cosas relacionadas con la farándula, pero también con el intelecto, con personas de importancia literaria, cultural, artística y política. En ocasiones frívola y superficial pero lo maneja de una forma atractiva”.

Por su cercanía con Fihman —lazos que no son tan estrechos— ha tenido oportunidad de sugerir temas con cabida en las páginas de la revista. De las publicaciones extranjeras lee con regularidad Newsweek y con menos frecuencia la revista Time. Incluso Discovery y National Geographic porque le parecen muy interesantes. Otras publicaciones nacionales: “A veces leía Primicia”. La elección de Jesús Márquez fue coincidental así como el hecho de conocer a Fihman. De cualquier modo, he aquí la silueta no premeditada de un lector de Exceso. _

Un segundo aire

Andaban juntos para arriba y para abajo: almorzaban, bonchaban, bailaban y por si fuera poco, los fines de semana hacían parrillas y luego echaban un pie. Tanto era al apego que, tiempo después, hasta boda habría. El equipo en el que coincidieron, bajo la coordinación de Faitha Nahmens, Francesca Cordido, Roger Santodomingo, Carla Tofano, Marcos Salas y Jaime Cruz como jefe del área de diseño parecía un *ghetto*.

“Esa redacción que fue tan estable y que Jaime la definió hace poco, diciendo que todos vivimos una etapa profesional-adolescente”, confiesa Cordido, “era muy cerrada”. La periodista, hoy en día jefe de corresponsalías de *El Nacional*, explica que el universo de *Exceso* era sólo para ellos: “Todos tenían su vida personal pero de alguna manera, las parejas quedaban excluidas de ese mundo que nosotros habíamos creado”.

Carla Tofano, convertida hoy en *chic* animadora frente a las cámaras de televisión nacionales e internacionales, recuerda aquella época: “Puedo decir con absoluto conocimiento de causa que fui parte de un equipo de redacción y de diseño muy cohesionado, altamente motivado y repleto de entidades diferenciadas. Todos éramos distintos, pero teníamos en común una fuerte vena periodística orientada hacia diversos segmentos informativos y motivacionales”.

La endogamia fue, sin embargo, relativa: “Nos abrimos un poco más. La primera redacción fue encapillada y guerrillera. Quienes la integraban eran unos tipos muy cerrados”, atiza Fihman sin advertir que el cambio no era sólo de número sino también de género. El equipo estaba integrado por tres mujeres, a diferencia de aquel primero en el que Valentina Marulanda era la única dama —que continuaría en esta segunda fase a cargo de las ediciones especiales. “Tengo la impresión”, intuye Tofano, “que desde mediados de los noventa hasta finales de la década, *Exceso* vivió una de sus épocas doradas. Durante el tiempo en que pertencí a la redacción, sentí que era un medio informativo que generaba una fuerte influencia en la opinión colectiva”.

Jaime Cruz llegó por recomendaciones de Nahmens: “Trabajamos juntos en la revista *Viernes*. Ella le habló a Fihman de mí”, cuenta hoy el gerente de arte de *El Nacional*. Egresado del Instituto de diseño Fundación Neumann, Cruz no quería involucrarse de lleno sin saber si el asunto podía resultar o no. Entonces, le propuso al editor hacer un proyecto de diseño y establecer un manual gráfico antes de incorporarse.

“Yo siento que en toda esa primera etapa, en la que se define un perfil y cierta personalidad, la revista no logró asentarse como proyecto gráfico. Fue irregular”, instruye Cruz haciendo referencia a los dos primeros años de *Exceso*. Aunque buscaba ser contundente con las fotos y fuerte con la diagramación, esos dos aspectos no quedaban claros al pasar las páginas. “Sin ser una cosa mal hecha, ni amarillista, querían hacer el tipo de periodismo fotográfico que golpea, un poco siguiendo la línea de *Actuel*. Ese era el intento original, sin embargo no lo lograron establecer”.

Para Cruz una publicación es la mezcla de dos fuerzas: identidad y novedad. “Lo que hice con el Manual Gráfico fue determinar qué elementos trabajaban para decir ‘soy siempre la misma’ y qué ingredientes decían ‘traigo información nueva todos los días’. El diseñador revela su contribución: “Toda revista necesita sistematizar y creo que ese fue mi aporte, lograr una fórmula que mantuviera el equilibrio de los dos principios”. Patrones que, con ciertas modificaciones, se mantienen hasta hoy.

El éxito del diseño depende en gran medida del ritmo de la redacción. Para eso había que establecer unos procedimientos de trabajo: “En esa época inicial, todo era muy caótico. Se trabajaba los fines de semana y hasta muy tarde”, señala Cruz. Cordido era testigo de aquella situación: “Hacíamos todo en el último minuto. Eso afectó muchísimo las horas de cierre y los tiempos de fotolito, entre otras cosas”. Como remedio, el jefe de diseño ideó un calendario de entregas por pliego basado en los tiempos de impresión: “Logramos establecer una metodología de trabajo que propició el orden”.

Quizás la mala experiencia con Floréal Cuadrado marcó a Fihman. Antes de la llegada de Jaime Cruz, los diseñadores no participaban en la reunión de pauta: “Ese fue un cambio importante. Ellos no podían montar unos textos sin saber de qué trataban, debían tener claro qué era lo más importante para saber cómo debían jerarquizar”. A partir de aquél momento los diagramadores participarían en todo el proceso de producción de los textos, del mismo modo como lo harían los portadistas.

Margarita Scannone, sobrina de Armando Scannone —leyenda de la culinaria venezolana—, se encargó durante una época de la confección de las portadas. A Fihman lo conocía desde la década de los ochenta. Dedicó su carrera a la fotografía. Es egresada de Comunicación Social, mención audiovisual de la Universidad Católica Andrés Bello.

En 1992 hizo una memorable exposición titulada *Iconos* donde representó personajes de la historia y la fantasía a través de reconocidos caraqueños. Fihman hizo de Enrique VIII en una caracterización casi perfecta que lo dejó con barbas rojas por más tiempo del deseado. Allí se daría cuenta de su talento para luego reclutarla; de tal modo que a parte del fotógrafo de planta estaba ella para producir e idear cada portada. Su llegada sería antecedida por importantes cambios para la revista.

Si la entrevista con María Antonieta Cámpoli se convirtió en referencia del primer equipo de redactores, la edición de diciembre de 1991 sería símbolo de buena fortuna. Así lo ve Fihman: “En ese número la revista dio un brinco cualitativo”.

“Jaime Cruz”, recuerda Tofano, “fue el artífice del rediseño gráfico que vivió *Exceso* en los noventa y que capitalizó su prestigio en el mercado local”. Fihman se refiere más bien a los contenidos: “Debe haber intervenido un poco la diagramación, pero desde el comienzo yo tenía una idea y no sabía cómo desarrollarla. Me frenaba el hecho de que ni los lectores ni los periodistas estaban acostumbrados al género de la semblanza al estilo de *The New Yorker*, *New York Magazine* o *Vanity Fair*”, sus eternas obsesiones.

La portada de ese número traía un fondo amarillo incandescente, cien bolívares de precio y en letras rojas, el titular: “Apúntele a su candidato”. La imagen la constituían unas figuras de plastilina que daban la impresión de tambalearse cual pines de *bowling* al golpe de una pelota. “Túmbelos que son políticos”, se leía en el índice de la edición número 36. En la misma página, más abajo decía: “Los partidos son, básicamente criaderos de mandamases: ser candidato es el sueño de todo aquel que porte un *carinet* de color. Es el juego de la silla. He aquí una guía de revelaciones para que el votante los deje de pie”.

El título de la nota satírica era: “Cómo acabar con ellos”. La firmaba el periodista y colaborador de *Exceso* para ese entonces, Fausto Masó. El cronista contaba las flaquezas, debilidades y errores de los primeros candidatos de la época: Rafael Caldera, Eduardo Fernández, Claudio Fermín, Luis María Piñerúa y Carlos Canache Mata.

Claro que luego de la destitución de Carlos Andrés Pérez la historia tomaría otro curso y algunos de los nombres cambiarían. El candidato de Copei sería Eduardo Fernández, y Rafael Caldera se lanzaría en solitario con el respaldo de Convergencia —el partido que fundó— y extractos de otras organizaciones políticas que fueron bautizados como El Chiripero. El texto mostraba una peculiaridad: la primera persona, proscrita en el Manual de Estilo de la publicación, era la encargada de narrar la historia. Las reglas están, en definitiva, para ser quebrantadas.

Para Fihman, el tema que valió el éxito no era ése, sino otros dos, anunciados en letras pequeñas sobre la carátula: “Fin de fiesta, la noche de Bertil Kalen” y “Víctor Hugo, el venezolano que Halston amó”. Las semblanzas contaban la vida del venezolano Víctor Hugo Rojas, amante del diseñador estadounidense Roy Halston, y de Bertil Kalen, *business man* de la noche caraqueña.

Las historias de ambos se contrapusieron: el millonario que murió repentinamente y el homosexual que saboreó la fama de otro como si fuera propia para terminar enfermo de Sida, prostituyéndose por algunos dólares.

“Con la mojigatería característica de esa época fue un escándalo hacer una semblanza de una persona muerta recientemente en plena juventud, que no fuera del todo complaciente y además, de un homosexual”, recuerda Fihman con satisfacción. “Con los dos personajes hicimos un *dossier* que se llamaba ‘El príncipe y el mendigo’”, asalta de nuevo el editor. “El empresario del jolgorio caraqueño” y “el *outsider* del *jet set*”, como los tildan en el sumario, “son dos historias de desmesuras adornadas con lentejuelas”.

Manuel Malaver fue el elegido para contar la historia de Kalen. “Él acababa de salir de *El Nacional* y vino a hablar conmigo porque quería la jefatura de redacción. Yo le dije, y no me arrepiento: ‘mira, durante un tiempo yo quiero llevar la jefatura, pero te propongo un acuerdo de colaboración con una suma’. La verdad es que fue un enorme acierto”, reconoce el editor.

Trabajó en las secciones de economía y cultura en *El Diario de Caracas*, fue subdirector en 1983 de la revista *Resumen*, en 1985 realizó una breve pasantía en *Venezolana de Televisión* y un año después hizo, junto con un grupo de periodistas latinoamericanos, una serie sobre periodistas llamada “Por los caminos de nuestra América”. En 1989 ingresó al equipo de la revista *Dinero*, luego volvió a *El Diario de Caracas* y desde ese año hasta 1991 se desempeñó como jefe de redacción de la revista *Feriado* en *El Nacional*. Con semejante *resumé* está de anteojitos que Malaver no era ningún principiante. Quizás por eso, se entendiera siempre directamente con Fihman.

Exceso lo sedujo: “El concepto de la revista me pareció único y novedoso. Para aquel momento no había tenido precedentes, ni iguales en América Latina. Es el tipo de publicación que se hace en Estados Unidos, estilo *Times* o de *New Yorker*, donde hacen perfiles integrales de vida, reportajes e investigaciones”.

El por qué de la negativa del editor a aceptarlo como jefe de redacción, la despeja el mismo Malaver: “Hay dos tipos de periodistas, los que escriben y los que gerencian. Fihman sabe que yo pertenezco a la segunda clasificación”.

Pero con todo y las habilidades que poseía, Fihman no estaba seguro de que Bertil Kalen fuese un personaje para el veterano reportero: “Yo dudaba de que pudiera hacer una semblanza de un *socialite*”. Sus temores no tuvieron asidero. La personalidad del susodicho quedó definida en la introducción del trabajo: “Habitué de la noche, el empresario de la alegría caraqueña —fundó Le Drugstore, Le Club y Member’s— bebió hasta la última gota de *champagne* que su sedienta garganta pudo”. El título de cabecera fue: “Ciudadano Kalen”.

Los entretelones de la semblanza, los relata Malaver trece años después: “El tipo se mató en Miami en un accidente de tránsito y Ben lo tenía bien ubicado. Entre la información que teníamos los dos, hicimos un esbozo de lo que podría llamarse la investigación. Luego hubo que conseguir todas las historias de su vida. Así, llegué hasta una señora italiana que sabía todo”.

La pluma de uno y la visión del otro “destrozaron el mito de los intocables”, como lo describe Nahmens: “Se piensa que hay personas que porque son ricas no se pueden entrevistar; como si los políticos fueran siempre los que están contra la pared y resulta que a lo mejor un millonario, un empresario exitoso con una vida perfecta, puede tener un lado flaco interesante para mostrar”.

Nahmens viajó hasta Nueva York en búsqueda del mendigo. Eran otros tiempos y Fihman lo sabe: “En esos primeros años, nosotros no escatimábamos en gastos. Podíamos enviar a alguien a cubrir una situación al extranjero. Hoy en día eso se ha reducido al mínimo, básicamente por razones económicas”.

El editor recuerda: “Yo descubrí en una biografía de Halston, que uno de sus amantes había sido un venezolano. Me pareció que debíamos entrevistarlo porque cuadraba con el perfil mundano de la revista”. La periodista describió en el texto las pericias del personaje: “No podía imaginar este ex lugareño de Lloco —un pueblo perdido del deprimido estado de Sucre— que alternaría con Jacqueline Kennedy, Elizabeth Taylor o Lisa Minelli, y menos aún, que flecharía por partida doble los famosos corazones de dos

de los iconos en que se sostenía la vanguardia de la sociedad neoyorquina de los setenta: Andy Warhol y Roy Halston”.

Para el momento de la entrevista, Víctor Hugo no era el mismo del relato. Atrás habían quedado los días de gloria: “Él estaba viviendo”, recuerda Faitha Nahmens, “no su final, pero sí su agonía. Cuando conversamos ya estaba contagiado. No tenía dinero y se rebuscaba con alguna cosa. Una situación bien terrible después de haber compartido la mesa con grandes celebridades”.

Ambos trabajos, el de Víctor Hugo y el de Bertil Kalen, pasarían literalmente a la posteridad. Basta con tomar *Carne y hueso* para encontrarlos. Sin embargo, el éxito de ese ejemplar con el que *Exceso* celebraba sus tres años de vida, no se debía únicamente al par de semblanzas. “Ese fue el segundo número después de la salida de Ewald”, apunta Fihman. “Durante ese año y el siguiente hubo un ascenso cuantitativo de un cincuenta por ciento en la circulación. La mejoría la ocasionaban los cambios en la diagramación, la definición de la propia revista y el aprecio del público que crecía y se estabilizaba”.

Tenía 22 años, y el escritorio era la única separación entre ella y aquel intimidante sujeto. Era imposible mirarle los ojos. Llevaba anteojos de cristales totalmente oscuros. El único reflejo que recibía era el suyo. Así recuerda Francesca Cordido su primera entrevista con Ben Fihman en el edificio de la esquina de Gradillas.

“Yo llego a *Exceso* a través de Roger Santodomingo. Él estudiaba conmigo en la Universidad Central. Estaba en quinto semestre. Un día, Fihman fue a dar una charla para una de las materias de periodismo. Entonces lo conocí y me le acerqué para decirle que tenía interés en escribir en la revista porque me gustaba mucho. Me dijo que fuera a verlo con un trabajo”. Así lo hizo.

“Unos meses antes, estuve en Barbados como parte del proyecto de internacionalización de *Venpres*. Había hecho una investigación sobre la prostitución masculina en la isla.

Conversé con los *beach bumps* en la playa pero no tenía muy claro qué haría con esa investigación. Después de hablar con Ben, me senté y escribí el trabajo. Se llamaba ‘Ese negro objeto del deseo’”. Tan mal no le fue. Esa primera colaboración mereció portada en julio de 1992.

En vista de que el proyecto de *Venpres* no se concretó, pasó a formar parte oficial de la redacción: “Yo había empezado a trabajar desde el año 1989 en *Venpres Internacional* como editora y traductora del área del Caribe. Como vi que no habían posibilidades de que saliera una segunda camada de corresponsales al exterior —y eso era lo que yo quería—, me fui”. Una llamada de Fihman en agosto de 1992 la invitaba a integrarse al equipo. “Resulta que Rosanna di Turi se acababa de ir para *Domingo Hoy* y la vacante quedó disponible”, hace memoria Cordido.

Fihman la recuerda: “Ella fue una sorpresa como reportera. La valentía con la que asumía temas de un calibre suicida, fue impresionante”. Al editor le asombraban los guáramos de la mujer que apenas supera el metro cincuenta de estatura. “Ella tan chiquitica con esos temas tan complicados...”, evoca con admiración.

Con la expresión “temas de calibre suicida”, el editor resucita las semblanzas de Gustavo Gómez López y de Rafael Caldera. Ambos trabajos, escritos por Cordido, trajeron consecuencias —negativas y positivas— para la revista. El perfil del presidente del banco Latino publicado en marzo de 1994, a propósito de la crisis bancaria, le ganó a *Exceso* un nuevo enemigo, uno que hasta el sol de hoy manda cartas de reclamo.

Al contrario, Caldera significaría la prosperidad para la publicación. La periodista recuerda cómo el tema se convirtió en pauta: “Eso estaba cantado. Y se puso en el tapete por varias razones, entre ellas, porque Caldera había capitalizado el descontento de la gente a raíz del golpe del 92, de las dos intentonas. Al ser uno de los representantes de los partidos políticos que se pronunció ante el Congreso a raíz de la insurrección militar, logró acumular políticamente ese descontento y aprovecharse de él. Armó a su alrededor todo el chiripero y demostró, evidentemente, que era un gran político”.

Pero el móvil para iniciar la investigación fue otro. Aunque el editor admitió después que a partir de 1992 la política tuvo más presencia en *Exceso*, el motivo se debió una vez más, a su afición por lo sórdido y escabroso.

La versión de la periodista indica que Fihman se enteró en sus círculos amistosos, “que obviamente, por razones de extracción social y edad no son los mismos a los que tenemos acceso los reporteros”, que una señora reclamaba ser hija natural del futuro presidente.

Desde que lo escuchó en la reunión de pauta, fue música para sus oídos. La reportera sentía una especial atracción por los reportajes de tinte político y económico y ésta no sería la excepción. “Los temas se lanzaban sobre la mesa y cada quien elegía el que más le interesaba. Yo pedí encargarme de eso porque ya había trabajado el asunto de la ruptura de Copei y la decadencia de Acción Democrática”.

En este sentido, Carla Tofano recuerda que una característica de aquella redacción fue la segmentación temática de sus integrantes: “Francesca Cordido realizó grandes reportajes de alto voltaje en materia polémica y económica; Marcos Salas siempre fue reconocido por su tremendismo interpretativo de la realidad en general, se movía como pez en el agua no sólo con asuntos de materia artística sino también con temas de contenido político; Valentina Marulanda aportaba al discurso general de la revista un impecable matiz de ilustración y alta cultura. Por mi parte, las tendencias y los temas de color eran los asuntos que más despertaban mi curiosidad periodística”. Si bien no existían fuentes estables, cada periodista estaba claro en sus preferencias.

“Caldera un futuro pasado” fue el título elegido para acompañar el rostro del candidato, intervenido de tal modo que parecía estar cincelado, cual convidado de piedra. “Ese fue un número de mucha venta. A partir de ahí la circulación comienza a subir hasta marzo de 1994 con Gómez López y la quiebra del Latino”, explica Fihman.

La importancia de esa edición sobrepasó el aspecto económico. Se iniciaba una nueva etapa en las portadas de la revista. A partir de ese momento, el tema de carátula pasó a ser el que arrastraba y motivaba la circulación. “Al comienzo no fue así”, alecciona el editor. Cordido coincide con él: “Desde Caldera se marca un hito en el uso de ciertos recursos gráficos que no habíamos utilizado nunca antes y en la definición del personaje como tema central”.

El nombre de un hada fue escogido para encabezar el próximo proyecto de la editorial *Exceso: Melusina*, aquella mujer de apariencia humana que los sábados se convertía, de las piernas para abajo, en sirena. De acuerdo con Pablo Antillano, para Fihman, el apelativo tenía un significado menos mítico: “Él inventó ese personaje maravilloso y lo usaba en su columna. Aunque pertenecía a la fantasía, siempre coqueteaba con ella. Le creaba muchos problemas con sus novias y posteriores esposas”.

María Sol Pérez Schael explica las razones que empujarían el surgimiento de la nueva revista. Como siempre, ella se encargaba de la parte comercial: “Una vez que montas la planta, todo se volvía muy pesado para que lo soportara una sola publicación. Eso me puso a pensar en qué otras cosas se podían desarrollar en paralelo”.

Si bien el nombre era de Fihman —aunque Jean d’Arras es uno de los autores que la inmortalizó en una novela del siglo XIV—, la idea de hacer una publicación dirigida exclusivamente a un público femenino fue de su esposa. Según ella, el editor nunca creyó en la coherencia del proyecto aunque las reuniones preparativas fueron eternas.

Con una visión orientada a los negocios, Pérez Schael vio en *Melusina* una oportunidad: “Las mujeres se llevaban una enorme tajada del mercado en productos, y nosotros no la teníamos porque *Exceso* era vista como una revista más masculina que femenina”. Aquello, sin embargo, era muy arriesgado porque ese rubro estaba monopolizado por el Bloque de Armas y como ella ejemplifica “pelear con De Armas es como David contra Goliat”.

Aún así, decidieron aventurarse. Comenzó en octubre de 1992, y en el mes de diciembre la pareja Fihman-Schael se entera a través de una conversación con el presidente del Banco de Venezuela —un rumor adelantado— que la corrida de los bancos estaba en camino. “Cuando supe que venía la crisis bancaria simplemente cerré el número. Para Ben fue un *shock* enorme haber arrancado un proyecto y tener que retirarlo del mercado”. Pero más pudo su cabeza fría: “Como yo soy menos sentimental, lo que hice fue sacarla de inmediato. Sólo se publicaron tres números”.

La herencia sería Margarita Scannone, Marcos Salas y Carla Tofano. Estos dos últimos fueron contratados como redactores para la publicación femenina, y en vista de su cierre, pasaron a engrosar las filas de *Exceso*.

Tofano se acercó para conversar con Fihman a las oficinas que quedaban al lado del Museo Sacro, en la esquina de San Jacinto. Quería incorporarse al equipo de redacción: “En esa primera cita conversamos acerca de mi experiencia en la revista *Kena*, de mis aptitudes, mis deseos, mis gustos y la línea editorial del nuevo proyecto”.

Convertida en gurú de las nuevas tendencias —posteriormente sería consultada con regularidad por *Exceso*, de hecho hoy se cuenta entre sus nuevos columnistas— Tofano puede explicar el perfil de *Melusina*: “Intentó ocuparse de un segmento desatendido de la información local; pretendía ser una revista de consumo femenino con contenido y temas vinculados a la moda, la salud y la belleza, circunscrita al panorama venezolano. Su enfoque editorial tuvo ciertas pretensiones intelectuales que no se encontraban en otras revistas del género. Sin embargo, por la falta de una infraestructura adecuada y de un mercado real, la revista se vio obligada a desaparecer de la escena editorial local”.

Marcos Salas recuerda con claridad: “Me llamaron para el proyecto. Lo estaba llevando Valentina Marulanda” —Pérez Schael era la directora y Marulanda la coordinadora de redacción. Un reportaje sobre la salsa brava y los sitios de moda como El Maní es Así le valieron la permanencia a Salas: “Como a Fihman le gustó, lo reprodujo en la revista. A partir de ahí me quedé fijo”.

En su breve paso por *Melusina*, Salas pudo hacer una semblanza de Farman Farmaian, un príncipe iraní que con la llegada de la revolución islámica huyó de su país. “Tenía como 15 años viviendo en Venezuela y era dueño de una fábrica de alimentos. Yo conté la historia de un tipo que perdió todas las riquezas y palacios que atesoraba”, explica. El sumario de su participación en el fracasado proyecto lo componen —que él recuerde— una semblanza del actor Tim Robins y una de Coco Chanel, que se quedó con las ganas de tocar el glasé.

Cuando se le pregunta cuáles fueron sus mejores textos en *Exceso*, nombra justamente los dos que fueron incluidos en las páginas de *Carne y hueso*. Su criterio concuerda con el de Andrés Cardinale y Ben Fihman. Ramiro Helmeyer y Andrés Galdo fueron los protagonistas de las semblanzas. Uno, ex disip, acusado en 1993 de colocar artefactos explosivos en el Centro Comercial Ciudad Tamanaco, de homicidio y de tráfico de droga, y el otro, un cubano que publicaba en los diarios información viciada acerca de determinadas personas: “Mercenario de la información”, según palabras de Salas.

El carácter revelador es lo que admira en ambos perfiles. A los dos los califica de “tubazos”. Para contar la historia de Helmeyer, se fue hasta la cárcel de El Junquito y entrevistó al acusado. En el segundo caso, respondió a la pregunta que muchos lectores se hacían al leer la columna Laberinto, que aparecía en algunos periódicos. El autor se descubrió ante su grabador: “Contratado por algunas personas, compraba los espacios para destruir a la gente. La tuvo contra Carlos Andrés Pérez por mucho tiempo”. Un palangrista profesional descubierto por Marcos Salas.

Dicen que el que se va de *Exceso* debe hacerlo sin mirar un retrato de Ben Amí Fihman que estuvo colgado en la entrada de la oficina de Gradillas, y que ahora se encuentra en el departamento de publicidad de la actual sede. Según la leyenda, aquel que contemple la imagen regresará a la revista como si estuviera bajo el influjo de una maldición.

Seguramente Faitha Nahmens no debe haber escuchado el relato, pues cada vez que abandona la publicación regresa un par de meses, uno o dos años después. En 1994 sucedió así con la intervención de motivos amorosos. Hacía poco que se había casado con el también periodista y reportero de *Exceso* Roger Santodomingo. Él recibió una oferta de trabajo en Barquisimeto y ella resolvió acompañarlo.

En la capital larense, Nahmens se desempeñó como redactora en el área de espectáculos y farándula del diario *El Impulso*. Allí se topó con Marisabel Rodríguez de Chávez que para aquel entonces era asistente en el departamento de Relaciones Públicas. Los giros del destino hicieron que en marzo de 2001 ambas se encontraran, una como entrevistada y otra como entrevistadora. El resultado sería la reimpresión del número 139 de *Exceso*.

Estando ausente, alguien tenía que encargarse de la redacción. Fihman continuaba con su empeño en ser jefe mientras que otra persona coordinaba. La elegida fue Francesca Cordido, quien ya venía trabajando en la dirección de *Montecarlo* y *Cocina y Vino*, de esta última en un principio se encargó Valentina Marulanda.

La publicación que salió por primera vez en 1994 y que diez años después continúa en el mercado —de periodicidad trimestral— trata, como su nombre lo indica, de temas relacionados con la gastronomía. El primer número anunciaba en la portada una semblanza del *chef* francés Joël Robuchon a propósito de la apertura de su restaurante en París; un *dossier* sobre la fabricación de *champagne* y los mejores ejemplares del caldo y una crónica firmada por Marulanda sobre el mercado de Quinta Crespo.

Con el fracaso de *Melusina*, Pérez Schael deseaba crear un producto estable: “*Cocina y Vino* tuvo la ventaja de ocupar un nicho en el mercado totalmente desatendido y además tenía el respaldo de Ben, siempre asociado con esos temas. La otra cualidad es que estaba dirigida a un público más segmentado con un tiraje controlado, y por eso podíamos hacer algo de mayor calidad”.

La pareja no imaginó el acierto que significaba la creación de *Cocina y Vino*. Diez años después, Pérez Schael es consciente de que, dentro de las publicaciones de la empresa, ésta es la más estable en términos económicos: “*Cocina* ha sido en los peores momentos de *Exceso* una especie de colchón. Por tener un nicho publicitario más estable, necesita menos inversión, y al ser de menor tiraje se equilibra mejor”.

“Cuando Valentina se va”, explica Cordido, “Ben me pide que me encargue de las ediciones especiales. Solamente había salido el primer número de *Cocina y Vino* y se estaba preparando el segundo. En ese momento decidimos que yo me encargaría de esa publicación y de *Montecarlo*, que sería semestral”. Esta última surgió poco después, y a pesar de que se trataba de un proyecto rentable, la crisis económica no permitió que prosperara.

Pérez Schael explica: “Era una revista que íbamos a armar por destino. La oficina de turismo para América Latina de Montecarlo estaba en Venezuela y eso era una ventaja, porque la publicación se exportaba a Argentina, México y a otros países. Un porcentaje menor circulaba en el mercado nacional”. La idea era reproducir el modelo con Puerto Rico y otros países; y así, la revista cambiaría de nombre según el destino. “*Montecarlo* se acaba porque la agencia se muda de Venezuela para Miami y nosotros no pudimos seguir porque el país entró en el derrumbe económico que desde entonces no nos ha permitido producir proyectos de esa naturaleza”, justifica Pérez Schael.

Para el momento en que Nahmens se marcha, Francesca Cordido estaba encargada de las dos publicaciones, la de gastronomía y la de destinos turísticos. “Cuando ella se va”, apunta Cordido, “*Exceso* queda sin coordinador. Como yo venía trabajando en esa área, conocía el manejo de los tiempos, dominaba toda la parte operativa y tenía experiencia en la edición, fui asumiendo responsabilidades. Llegó un día en que era evidente que yo me estaba encargando de las tres publicaciones”.

Si Cordido tuviese que elegir una consigna para calificar el sello que intentó imprimir al equipo que coordinó, seguramente sería: “¡Orden en la redacción!”. El

tino es indiscutible si se toma en cuenta que la anterior coordinadora no se caracterizaba por su disciplina. “Faitha tenía un estilo de trabajo muy raro”, Cordido critica concienzudamente a su colega. “Le gustaba trabajar de noche, se encerraba desde las seis de la tarde y caía rendida a las cuatro de la mañana”.

Aquella situación, relata la colega, afectaba al resto de los pasos operativos: “Diseño y fotolito tenían que trabajar con mucha presión. Jaime construyó un flujograma de trabajo que aunque en un principio fue muy duro de seguir, después logró bajar las horas de cierre, disminuyendo costos de fotolito y horas extras”.

El proceso de producción de *Exceso* no era nada sencillo puesto que utilizaban un fotolito externo e imprimían en la editorial Primavera. En aquél momento no existía la transferencia electrónica de datos, y había que grabar en un *Zip* toda la información que posteriormente se quemaría en una plancha. Algunas veces debían hacerse pruebas de color. “Todo aquello”, apunta Cordido, “era muy costoso y llevaba mucho tiempo”.

La periodista concentró sus energías en simplificar la labor y mal no lo debe haber hecho, porque en más de una oportunidad el Grupo Editorial Producto intentó incorporarla al equipo. “Una de las razones de la insistencia era que *Exceso* nunca había dejado de salir el primer lunes de cada mes. Ellos querían que yo lograra algo similar con *Producto*”.

Fihman reconoce sus dotes disciplinarios: “Era una buena ejecutiva, muy soldado”. Sin embargo, la distingue de Nahmens o Scharfenberg, quienes para él, dejaron una mayor impronta en el estilo de escritura de la publicación.

Poco a poco surgiría la confianza entre la coordinadora y su jefe. “Al principio él se sentía muy inseguro porque yo era una muchachita de 25 años pero después, como él estaba tan preocupado por conseguir avisos publicitarios, me daba muchísima autonomía”.

A lo que Cordido se refiere es que además de tener que enfrentarse con la crisis financiera; la revista, gracias a su estilo atrevido, tenía por enemigos a algunos de sus anunciantes: “Por un trabajo que había escrito Rafael Rivero hubo conflicto con los Boulton y lo mismo pasó con Seguros La Seguridad. Nos echamos encima a un poco de empresas”.

Tanto trajín hizo que la periodista se cansara: “Yo tenía dos años y medio como coordinadora, me estaba encargando de tres revistas y —hay que decirlo todo—, el sueldo en *Exceso* no era el más competitivo. Ahí hubo un punto de quiebre en el que yo necesitaba aprender otras cosas y otras dinámicas”.

Después de la insistencia de Raúl Lotitto, director de *Producto*, Francesca Cordido se marchó para desempeñarse como jefe de redacción de esa publicación, cargo que en *Exceso* nunca fue oficializado. Para Fihman, aquello no era una despedida, se trataba de una traición. “Me estaba yendo con su peor competidor. Con Lotitto, el tipo que le quitaba los anuncios”. Cordido se equivoca y al mismo tiempo está en lo cierto. Si bien *Producto* y *Exceso* no son revistas que compiten entre sí por un público lector, de cara a los anunciantes todas las publicaciones se miden.

La épica del negocio

Cuando se trata de mantenerse en la batalla intervienen varios factores: la existencia de un público lector, una torta del mercado publicitario, la capacidad para resistir las crisis económicas del país, un sistema de distribución que no atente contra la comercialización de la propia revista y el empeño del editor y de los demás que integren el equipo por seguir adelante.

En Venezuela los vientos no soplan a favor. Al contrario. Los editores son conscientes de las dificultades por las que han tenido que pasar para que sus publicaciones alcancen diez, quince, veinte y treinta años de vida.

Simón Alberto Consalvi, ex director de Momento; Ben Amí Fihman, director de Exceso; Raúl Lotitto, director de Producto y Jurate Rosales, directora de Zeta, todos ellos dejan constancia de los obstáculos que han debido superar.

La relación con los anunciantes ha sido para Exceso un tema de cuidado. En algunas oportunidades, el perfil de la revista ha resultado incómodo y en otras, las exigencias de las agencias de publicidad eran difíciles de cumplir. “Recuerdo”, apunta Fihman, “una agencia que hacía unas portadas divididas para KLM, con avisos por dentro; unas cosas muy difíciles y costosas para producir en rotativa”. Para aquél momento Exceso imprimía en la editorial Primavera, que no hacía ese tipo de trabajo. El argumento de Fihman para los publicistas era siempre el mismo: “Pero ustedes están conscientes de que hay revistas que hacen esas cosas porque imprimen en prensa plana y que si uno sabe el costo de ese tipo de impresión se da cuenta de que tiene que reducir el tiraje”.

María Sol Pérez Schael opina igual que el editor: “Cuando observas las revistas, compruebas que los productos hacen avisos adaptados a las publicaciones donde van a aparecer. El hecho de que haya sectores que no quieran publicar contigo, no significa necesariamente que exista una falla o que sea algo que puedas evitar. En los mercados estratificados eso ocurre”.

La palabra “estratificación” resulta clave para comprender el mercado de revistas venezolano. Pérez Schael observa los modelos extranjeros y concluye que en el país, el comportamiento de los lectores, las publicaciones y los anunciantes son totalmente diferentes: “El consumidor deportivo es el mismo que el cultural. Aquí la sociedad se divide entre el que tiene medianamente dinero para pagar unas cosas y el que no; a diferencia de los países desarrollados donde hay deportistas que compran revistas porque son específicamente de información deportiva y quizás, es probable que no lean nada más”.

Lotitto coincide. El mercado venezolano no es igual de segmentado que los extranjeros y, por lo tanto, todas las publicaciones, sin importar qué temas traten y a quiénes estén dirigidas, son competencia: “Luchamos por un segmento de lectores que desgraciadamente es cada vez más pequeño y que, en lugar de agrandarse, se ha achicado”. Aunque Producto y Exceso son diferentes en cuanto al contenido que tratan, Lotitto explica que el tamaño del mercado ha provocado que publicaciones de distintos estilos compitan por los mismos anunciantes: “Como es el caso de los licores, los automóviles, cosméticos y equipos de lujo. En el lado de los lectores no. Nadie compraría Producto en lugar de Exceso. Somos complementarios”. El problema surge cuando un anunciante necesita reducir su presupuesto y se encuentra obligado a elegir.

Para Jeannette Vargas, profesora de Planificación de Medios de la Universidad Católica Andrés Bello, en Venezuela sí existen revistas especializadas:

“Sin embargo, el escaso hábito de lectura del venezolano ha hecho que difieran de otros países en cantidad”. La poca oferta de soportes no es, según Vargas, una razón para que el mercado venezolano se vea afectado, pues a pesar del reducido número de publicaciones, los planificadores publicitarios tienen acceso a otros medios de difusión.

En una frase, Fihman resume sus dificultades con los anunciantes: “Las revistas son las mal queridas, las mal amadas de la publicidad”. Para Vargas el criterio del editor no es más que “un simple juicio de valor, no necesariamente compartido por todos los anunciantes ni planificadores”. La catedrática señala que el único inconveniente que pueden tener las revistas desde el punto de vista de planificación de medios está relacionado con los escasos estudios para medir su efectividad y conocer realmente su audiencia útil.

Según un esquema internacional al cual Pérez Schael hace referencia, los ingresos de toda publicación se dividen en 30 por ciento de circulación y 70 por ciento de publicidad: “En el mundo no hay ninguna revista o empresa editorial que viva únicamente de sus lectores”. Sin embargo, el modelo que menciona no es aplicable para todas las situaciones. “Así es como debería funcionar un negocio sano desde el punto de vista editorial, pero en un país como el nuestro no es aplicable porque al no poder aumentar el costo del ejemplar —de hacerlo perderíamos lectores— tienes que hacer mayor énfasis en la publicidad. La proporción de Exceso debe estar en el orden de 5 a 1 en la relación publicidad-lector”. Un cálculo aproximado, realizado por Carolina de Martínez, encargada de las ventas publicitarias de la revista, estima que 80 por ciento de los ingresos son por publicidad.

Los avisos no son la única piedra de tranca. En el caso de Exceso, su editor califica el sistema de distribución de “funesto e implacable” y lo acusa de haber atentado contra el crecimiento de la publicación. Desde sus inicios, la revista trabajó con la distribuidora Continental, del grupo De Armas, pues de acuerdo con Pérez Schael era la que tenía la mayor penetración en el ámbito nacional. Sin embargo, para ella, la manera de llevar a cabo el negocio ha perjudicado a Exceso en el tiempo: “Cuando comienza el mes, el quiosquero le compra al distribuidor 500 mil bolívares en mercancía; eso significa que le dan, por ejemplo, cinco ediciones de Vanidades, cuatro de Exceso y siete de Hola!. Digamos que al cabo de cinco días viene el primer reciclaje donde le traen las hípicas. Si el señor del kiosco no ha vendido muchas revistas, y quiere quedarse con las hípicas, tendrá que devolver a la distribuidora algunos ejemplares. Obviamente, si yo soy dueño de Vanidades, prefiero que regresen los números de Exceso”.

Miguel Velásquez, gerente de comercialización de Continental, deja claro que la devolución de ejemplares es una decisión del quiosquero, y que en ningún momento estaría _

alentada por la distribuidora: “La revista permanece en el kiosco cuatro semanas. Cuando un cliente, por alguna razón, la devuelve antes de tiempo, inmediatamente las colocamos en otra zona. Nosotros somos propietarios de las librerías Las Novedades y ahí las ediciones están siempre, se vendan o no”.

Otra desventaja del mercado de revistas en Venezuela con respecto al extranjero, es el uso de la suscripción. De esto deja constancia Fihman: “En todo el mundo, las publicaciones se sostienen con la base de su circulación por suscripción, y el kiosco es un complemento, en algunos casos importantísimo; pero sujeto a mucha variación. Por ejemplo, puedes pasar de un número en el que multiplicas por diez tu circulación normal y al mes siguiente, reducirla cuatro veces. Cuando eso ocurre afuera, tienes la suscripción pagada que te respalda y el cambio no es tan dramático”.

En medio de todas las dificultades se encuentra una mucho mayor: la situación económica que desde 1989 hasta la actualidad se apoderó del país. “Si nosotros hubiésemos tenido un país próspero, a Exceso la hubiésemos podido convertir rapidísimo en una revista quincenal”, explica Pérez Schael. Aun cuando 80 por ciento de la edición se vendía prácticamente en diez días, aquella idea era imposible de llevar a cabo. “En Venezuela no hay mercado de publicidad para sostener eso”. En cuanto al número de lectores, Pérez-Schael tampoco es optimista: “Es muy reducido”. En Estados Unidos el mercado de Vanity Fair está compuesto por 250 mil lectores en una población de 250 millones de personas. Aquí el lector al que se puede dirigir Exceso está conformado por 700 mil personas, de las cuales sólo un porcentaje lee periódicos, revistas o libros”.

Jurate Rosales coincide en que el mercado no es muy amplio, pero no lo considera volátil. Lotitto, por su parte, no está de acuerdo con quienes dicen que en Venezuela no hay una cultura de lectura de revistas, sin embargo admite que el público lector es cada vez menor: “La gente ve más televisión y escucha más radio. Se informa cada vez más por los medios audiovisuales y menos por la prensa”.

Simón Alberto Consalvi compara el caso venezolano con el colombiano y saca sus conclusiones: “En Colombia tienes Semana, Cambio, Cromos e infinidad de otras revistas. En Venezuela tienes Exceso, y aunque es excelente, debe luchar contra la corriente para mantenerse. La circulación de Semana es de 300 mil ejemplares, la de Exceso no debe estar ni cerca de esa cifra”. El problema para Consalvi no son las publicaciones sino el lugar donde se desarrollan: “¿Por qué todas las revistas en el país han fracasado? No hay derecho para que una publicación que tiene cincuenta años de vida cierre. El venezolano es un mal lector, y para tener un mercado de revistas se necesita un mercado de lectores”.

En una entrevista realizada por la periodista Patricia Poleo para su tesis de grado “Las revistas, éxito o fracaso de la empresa periodística”, Rafael Poleo aseguraba que desde el punto de vista físico, las revistas exigen un proceso industrial mucho más avanzado que el diario. Aunque aquella conversación data de 1987, algunas de las afirmaciones no han perdido vigencia: “Desde el momento en que tú pones portada y grapas, asumes precios de producción mucho más altos”.

Jurate Rosales explica que Zeta siempre ha funcionado reduciendo los costos al mínimo: “El papel es muy económico y además se imprime en una rotativa que tiene muchísimos años de comprada, que está en el mismo edificio que la redacción”. Exceso, al contrario, actúa bajo una estructura de costos en la cual 30 por ciento del presupuesto se disipa en papel y tinta. “Otro porcentaje importante se va en el personal”, señala Pérez Schael, “y el gasto operativo-administrativo que incluye alquiler, electricidad, teléfono y agua, es de 15 por ciento”.

En los momentos en que la circunstancia económica aprieta, los esfuerzos de Exceso se orientan a ahorrar en papel y tinta, mucho más cuando la impresión de cinco mil ejemplares puede significar una inversión que está alrededor de los quince millones de bolívares. Tomando en cuenta que el tiraje oficial de la publicación es de 30 mil ejemplares, esta cifra se triplicaría. Claro está, el tiraje real es el secreto mejor guardado de toda publicación, por lo general la cifra que se conoce no es la verdadera. Los números off the record van desde 3 mil hasta 10 mil ejemplares.

Producto, por su parte, realiza el proceso de edición internamente: “Nosotros”, indica Lotitto, “hacemos fotolito, fotocomposición y planchas. Una vez lista la película se va para la impresión. Ninguna revista independiente tiene todo el proceso adentro. Exceso hace todo afuera, y esto es una debilidad muy grande. Nuestros costos son mucho más bajos, al mismo tiempo que fueron más altos cuando nos establecimos”. _

Traspiés en la pista

Las buenas historias nunca son lineales. Tienen saltos temporales, personajes intermitentes y riqueza en amenazas. Será a eso a lo que se refieren los dramaturgos cuando hablan de “tensión dramática”. *Exceso* cuenta con todos esos elementos. De hecho, tensiones es lo que le sobra. Tanto desenfreno pudo terminar desembocando en un acantilado con dirección al vacío.

Corrían los primeros meses de 1992. María Sol Pérez Schael se encontraba en la revista y atendió el timbre de la puerta que no paraba de sonar. Dos caballeros se presentaron con caras de pocos amigos. La intención era demandar. Sólo querían saber una cosa: ¿Quién era el autor de ese texto difamatorio que relacionaba al insigne Orlando Castro —antes de caer en desgracia— con el narcotráfico?

No era la primera vez —tampoco sería la última— en que Castro circulara por las páginas de *Exceso*. En abril de 1991 —una de las tantas mentadas— se aludía a un “ágape del Press Club en la sede del Country, cuando a la hora de pagar el *champagne* que había insistido en brindar a sus anfitriones, le fuera rechazada su tarjeta de crédito por no ser miembro”. Este tipo de datos o informaciones se publicaban en la desaparecida sección “Run Rún”, quizás de ahí Bocaranda decidiera tomar el nombre para mantener la tradición. Eran un popurrí de murmuraciones con el calibre del *sottovoce*.

En la edición de fin de año se publicó la nota que desbordaría su aguante: “Orlando Castro reaccionó con vehemencia a una pequeña nota aparecida en *Economía Hoy* a principios de noviembre. Protestó por teléfono a la redacción y, acto seguido, ordenó retirar la pauta de sus empresas en el importante diario. La anónima información publicada hacía referencia a un incómodo hecho, el supuesto auto de detención al *tycoon* de Latinoamericana en Miami, como en la mejor novela negra, por enredos de estupefacientes”. El magnate se enfureció y envió a sus representantes. “Orlando Castro:

un tropezón”, fue la leyenda que identificaba la fotografía del calvo banquero. Traspie que casi se transforma en ironía para la osada publicación. Un tiro por la culata, pues.

Faltaba un detalle sin el que la reclamación jurídica no tendría fundamento: el autor. “No demandas a una revista en abstracto”, explicó luego Pérez Schael, “demandas a una persona. Y cuando no la tienes identificada, el responsable es el editor”. Las barbas de Fihman empezaban a coger candela, y esta vez no sería por el tinte que usó Margarita Scannone.

La casualidad calmó las brasas. Pérez Schael les pide un momento para darles respuesta. El juez que acompañaba al delegado de Castro la apartó para hacerle la confidencia inesperada: “Mire señora, ¿usted no se acuerda de mí? Yo soy el juez que la casó con Ben Amí”. Palabras más, palabras menos, lo recuerda como una magnífica anécdota. El juez civil que los declaró marido y mujer no sería capaz de lanzarse en contra de la publicación.

Ahora puede sonar a cuento, pero en aquel momento fue más que feroz amenaza. “Castro iba con todo”, recuerda Fihman, a quien hoy se le puede señalar como autor de la nota. “Decían tener cuarenta millones de bolívares en una cuenta destinados a cerrar *Exceso*”. Hasta tribunales hubo en un caso que tendría todas las de perder. Al fin y al cabo era una nota anónima en la que se hacía eco de otra nota anónima, y que en el proceso de transmisión habría sufrido más de una distorsión en su contenido.

Fihman buscó consejo. Armando de Armas le dio las recomendaciones pertinentes. Luego de dos conversas, a la tercera fue la vencida, De Armas le preguntó: “¿Usted quiere que yo llame a Castro?”. Fihman no habría solicitado tal petición. Sin embargo, cuenta que De Armas hizo la diligencia. *Exceso* era un cliente suyo. “Retiraron la demanda”. El incidente no pasó a mayores. “En una época, los lunes no paraban de llamar para insultarme a mí o a cualquiera de los reporteros”, evoca con un dejo de orgullo.

Los banqueros son problemáticos, al menos para *Exceso*. Que lo diga Francesca Cordido al recordar aquella semblanza de Gustavo Gómez López: “Conmigo fue personal. Han pasado diez años y el tipo todavía sigue respirando por la herida”.

“Mal sabor Latino” fue un cruzado entre semblanza y reportaje: la historia del banquero y de la desaparecida entidad. Sobre la marcha se encontró con todos los obstáculos posibles: “La investigación fue muy difícil. Además, éste no es un país donde la información sea pública”.

En aquella época se contaba con un equipo de investigación que asistía a los periodistas en la realización de sus trabajos. Estaba Merary Lander —trabajaba como si concentrara a varias personas en una sola— durante un tiempo acompañada por David Rodríguez y luego sustituida por Jacobo Serruya. “Ella fue un gran apoyo”, recuerda Cordido. “Sólo se encargaba de buscar material y fotos. Se metía en los archivos de *El Nacional*, *El Universal* y de la Cadena. Haciendo dos o tres entrevistas diarias no te da tiempo de estar montado en cada detalle”.

Era un “tema suicida” porque cada día surgía nueva información y fuentes menos dispuestas: “Como estaba tan reciente, nadie quería hablar”. Tesalio Cadenas, quien fue el Superintendente Nacional de Bancos para el momento, nunca quiso conceder la entrevista. Lo propio sucedió con muchos otros, sin embargo el trabajo se logró con buen respaldo *on record*.

Cordido sólo señala una equivocación sobre el colegio donde estudió Gómez López. Luego del reportaje, a la redacción llegó una carta de desagravio de 36 páginas firmada por el prófugo banquero, rectificación escolar incluida. Lo demás fue opinión. La periodista menciona *highlights* de aquella memorable correspondencia: “‘Porque usted, señora, con su afilado estilo me hiere de muerte’, decía. Ese no es mi problema”.

Fue un reportaje de diez páginas que contó, además, con un añadido: “El día que Gustavo Gómez López se declaró prófugo precoz de la justicia venezolana por no

enfrentar los cargos por el delito de ‘no haber cometido fraude sino errores estratégicos’, la imagen del cielo límpido y brillante, del mar transparente y la brisa fresca de Saint Marteen hizo nido en su cerebro”; se leía en la entrada del recuadro que escribió cuando el reportaje ya estaba terminado.

Eran las tres y media de la tarde de un domingo y la reportera trabajaba en la oficina. Suena el teléfono. El editor le pregunta: “¿Tienes el pasaporte en regla?”. La afirmación vino seguida de una salida en carrera hacia el restaurante Marco Polo. Fihman almorzaba con el presidente de Aeropostal. Cordido recibió pasajes y viáticos. “Llámate al fotógrafo y se van para Barbados”.

Con la suerte de que el control de cambio aún no estaba declarado, Francesca Cordido y el fotógrafo Roberto Csibi salieron para Saint Marteen a investigar si el destino del banquero era cierto. “Ese tipo de cosas las hacíamos en *Exceso*”, recuerda la redactora. Gómez López no apareció, aunque regresaron con evidencias que probaban que en Monte Vista, elegante desarrollo turístico de la zona, se encontraba su domicilio.

Bajo el sello de Alfadil Ediciones, Petruska Simme hizo una recopilación de veintiséis cuentos de redacción: *Periodistas en su tinta*. En ella, Faitha Nahmens pudo por primera vez, escribir su historia. Una que casi convierte a *Exceso* en leyenda. La diferencia entre Castro y Casto es igual a quien sólo apunta junto a quien descarga con violencia de metralla. Esta vez fue cierta la demanda.

El 21 de diciembre de 1996 cayó sin vida Casto Martínez Garrido, muerto por disparo en la espalda de una bala calibre .38 y rematado a quemarropa por otra igual. Fue tema de las crónicas rojas. Un crimen despiadado. La jueza de la causa, Migdalia Beltrán, declaró culpable a la viuda de Casto: Gilda Kolster, quien para el momento fue puesta tras las rejas. El caso estaba cerrado.

Seis meses más tarde, cuando cualquier olfato periodístico hubiera cantado el fiambre, el tema llegó a la mesa de redacción. En manos de Carolina Gutiérrez, un imponderable

del destino lo reubicaría con Nahmens a su regreso de Barquisimeto. La periodista explica: “Primero deciden que ella es culpable porque la acusa la muchacha que trabaja en su casa, el servicio; que además se puso a la orden al momento de buscarle los matones. Empezaron a salir los adobitos”.

Para la autora de la nota los paralelos entre esa historia y *Las criadas* de Jean Genet eran evidentes: “Es una pieza muy dramática. Son dos mujeres que quieren reemplazar a la patrona. Es desgarradora y hermética. La obra va más allá de una discusión sobre la separación de clases, creo que es sobre la humillación humana, sobre el poder”. Una perspectiva que de seguro no había advertido la prensa diaria.

Entusiasmada y sirviéndose de Merary Lander como puntal, dio curso a la investigación: “Hice veinte entrevistas. Me fui a la cárcel a buscar a la viuda, conversé con gente del banco. Hablé con personas de todos los sectores, uno o dos policías, conocidos del yerno en su época juvenil, amigos de la infancia... Yo me decía ‘dios mío, jamás he hecho tantas entrevistas para un reportaje’”.

El trabajo se entregó y salió publicado en junio de 1997: “Tras la abrupta y despiadada muerte de Casto Martínez queda fresca una colorada estela de interrogantes, imputaciones y truculencia. Convertido en blanco de la revancha de un vengador todavía anónimo —o por certificar—, el sexagenario quedaría al descubierto, pasiones y pecados, con el pellejo a trasluz. Su cuarta esposa, Gilda Kolster, aparecería en escena como rica viuda estafada y presuntamente indiciada. El yerno, Folco Falchi, prófugo de la justicia local, sería salpicado a distancia. Una nómina de empleados domésticos haría el trabajo sucio. Tal es el entramado que sostiene un crimen a medio resolver en el que se mezclan sangre y lentejuelas”, resumió la periodista la antesala de lo que estaba por leerse en su reportaje.

“Como Pedro por su casa se pasea la mordaza” fue el título de su colaboración para *Alfadil*. Allí contaría —entre otras cosas— la reacción de Fihman: “Sentí un gozo muy íntimo cuando farfulló algo parecido a ‘quedó bien’. Con el tiempo, ese recuerdo me

servió de consuelo”. Parabienes del jefe suenan a anomalía cerebral. Sencillamente no se acostumbran. En conversación, Nahmens recuerda algo más que un balbuceo: “Cuando lo entregué dijo a la redacción: ‘Léanse este artículo. Es una buena escuela, un taller, una cátedra’”.

Fue un espaldarazo que quizás hubiera querido transformarse en bofetada. “Mala sangre”, título del reportaje, recibió una demanda civil y penal por la supuesta comisión de los delitos de difamación e injuria agravada. El proceso —citar a Kafka lejos de ser temido lugar común constituiría una definición— duró cuatro años, a pesar de que el Código Penal establece en su artículo 452 que la acción para los delitos señalados prescriben en el lapso de un año.

La demandante era Ginebra Martínez de Falchi, hija de Casto; representada por el bufete de la abogada Esther Bigott y su socia, Carmen Vargas. Ginebra pedía limpiar la memoria de su padre y de paso, la de su esposo Folco Falchi, presidente del Banco Latino NV de Curazao —al igual que Gómez López, en la clandestinidad.

“Acusar dentro del derecho”, sostiene Bigott, “es más difícil que defender, porque el proceso penal está elaborado de tal manera que tiende a ser cómplice del delincuente, del imputado, del acusado”. En tal sentido —estando de acuerdo hasta cierto punto pero sin duda, disintiendo— Berrizbeitia le hizo una confesión a Armando Coll, cuando éste lo entrevistó en mayo de 2003 a propósito de una semblanza para *Exceso*: “Tiene más garantías dentro del proceso conforme al Código Orgánico Procesal Penal quien comete un homicidio, quien trafica con drogas, quien viola, que aquel que es procesado por difamación”. Tal era la gravedad del caso.

No sólo se demandaba a Faitha Nahmens como autora de la difamación sino también a Ben Amí Fihman como responsable del agravio, al ser su publicación en la que se hiciera eco del reportaje. Fue un trance judicial por el que pasaron cuatro abogados defensores: Carlos Parada, Randolph Rosales, Pedro Berrizbeitia y Juan Martín Echeverría.

El proceso vería todas las dilaciones posibles: la derogación del Código de Enjuiciamiento Criminal por el actual Código Orgánico Procesal Penal, una huelga judicial que se atravesó en los tribunales a lo que habría que añadir las habilidades de cada una de las partes por obtener un veredicto a su favor.

Si bien 1997 fue el año del comienzo, hay quien afirma que este proceso proyecta las intenciones del gobierno de Hugo Chávez hacia los medios de comunicación. Ben Fihman es por supuesto, el mayor entusiasta de esta tesis —al punto de encontrar un antecedente en el reportaje de Cordido sobre el Banco Latino.

Nunca se pudo comprobar si existieron motivos diferentes a la defensa de la memoria de Casto Martínez. Las reticencias se multiplicaban quedando la sensación de que sólo se revelaron fragmentos de la historia, toda vez que siempre se mantuvo algo oculto.

De los cuatro abogados defensores, Pedro Berrizbeitia fue el que se mantuvo por mayor tiempo al frente del caso: “Me encargué aproximadamente durante tres años. A mí me correspondió actuar en la segunda fase del proceso, cuando ya había una orden de enjuiciamiento”.

Las dimensiones fueron tales que en determinado momento Nahmens y Fihman se mantuvieron por unos meses en la clandestinidad hasta el punto de tener que salir del país. Es entonces cuando Pérez Schael, en compañía del jurista Héctor Faúndez Ledesma, acude a la Comisión de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos.

Quien piense que se trataba de una causa privada estaría equivocado. “El escándalo periodístico se armó ahí mismo”, recuerda Pérez Schael. “Asegura Fernando Castelló, presidente de Reporteros Sin Fronteras, que el caso de *Exceso* puede ejemplificar cómo reprimir la libertad de prensa”, tituló Doménico Chiappe —uno de los tantos periodistas que escribiría sobre el caso— el 7 de noviembre de 1999 en *El Nacional*.

Exceso, una publicación pequeña, fue la primera en acudir a la Comisión de Derechos Humanos justo después que se emitiera la orden de captura. Santiago Cantón recibió a Pérez Schael y en 48 horas le otorgó las medidas cautelares. El magistrado Iván Rincón declaró el amparo con lugar.

Para Carmen Vargas la Sala Constitucional del Tribunal Supremo debió mandar a los periodistas al banquillo de los acusados —casi al patíbulo: “Ellos pretendían con el amparo, que la Sala Constitucional le ordenara al juez de juicio que declarara la prescripción sin ir al debate oral y público. La Sala les dijo que tenían derecho a poner su excepción, pero en el juicio. Además ellos estaban haciendo valer unas medidas cautelares que habían obtenido de la Organización de Estados Americanos y los magistrados les dijeron: ‘Mire, en este país mandamos nosotros. Agarre su medida cautelar y llévesela para la China, porque aquí opera el derecho interno’”. Tanto ella como Bigott afirman que Fihman y Nahmens perdieron en el Tribunal. Pero si de ganadores se trata, *Exceso* se llevó la victoria cuando finalmente operó la prescripción y la batalla judicial terminó.

Primera vez para ambos. Si bien *Exceso* no tenía experiencia similares —juicio por todo el cañón—, Esther Bigott tampoco: “Fue mi primer caso por difamación y te digo que lo medité muchísimo. También pienso que el derecho a la información y a la libertad de expresión no son sólo fundamentales, sino que son los derechos que han conquistado las grandes revoluciones. Además, yo entiendo lo que es la libertad de expresión. Prefiero enterarme de una mentira que nunca saber la verdad”.

La frase sorprende viniendo de una abogada que lleva en su portafolio dos casos por difamación contra periodistas: Ibéyise Pacheco y Miguel Salazar, aparte de haber asumido la defensa personal de José Vicente Rangel entre otros representantes del gobierno, sin contar que en una oportunidad protegió legalmente al presidente Chávez y fue representante legal del extinto Comando Ayacucho durante los procesos de recolección de firmas para la solicitud del revocatorio presidencial.

Si bien existe la solidaridad gremial, no todos los colegas suscribirían “Mala Sangre”. Lejos de querer perjudicar a su autora, dos antiguos redactores de *Exceso* comentaron en estricto anonimato sus reservas hacia el reportaje: “Creo que está construido bajo un sólo punto de vista. Eso es inconcebible y absolutamente negativo”.

La otra voz sería más contundente: “Pienso que la parte acusadora tenía razón, ese reportaje estaba visiblemente sesgado”. Ambos coinciden en que el texto carece del principio periodístico de parte y contraparte.

Pasado el tiempo la misma Nahmens parece reconocer algunos desaciertos, o en todo caso, admite que no se trataba de ninguna primicia: “La nota que buscó retratar a un hombre y sus circunstancias resultaba a la enésima lectura un arsenal de datos recogidos, dispuestos en correspondencia y dejando entremedio algunos espacios vacíos. No daban con verdades absolutas, porque ni siquiera los policías, cuyo trabajo no es contar sino despejar incógnitas, lo consiguen siempre. ¿Que se le hacía el servicio al asombro? Sí ¿Que era un texto intenso? También ¿Que resolvía el caso? No ¿Quién mató a Casto Martínez? ¿Se sabe hoy por hoy el nombre del autor intelectual o está preso el autor material?”. En contraposición a la premisa del periodismo de investigación, en este reportaje las verdades ocultas brillaron por su ausencia.

Pedro Berrizbeitia tiene su punto de vista: “En realidad, el escrito tenía muchísimos defectos”. Sin embargo, más allá de eso, en términos judiciales, encontró inconcebible que la parte acusadora nunca especificara las especies difamantes.

Nahmens coincide con él y reclama —no sin indignación— que nunca se precisaron las partes difamatorias o injuriosas de su texto: “En qué parte, en qué línea, qué fuente. Yo escribí ocho páginas y utilicé veinte entrevistados y para ellos ¿todo fue falso?”.

En el libro hizo su recuento: “Hacer el reportaje fue como armar un *puzzle* con piezas borrosas, era un tema espinoso, triste y laberíntico, cuyas locaciones iban de una sala de baño a las escenografías más glamorosas, que abarcaban desde San Román hasta el otro

lado del océano; un tema que teñía de rojo las lentejuelas, que mezclaba muerte con viveza”. Calzaba en la horma de *Exceso* aunque el resultado no fue el deseado.

Como una onda expansiva, el juicio alargaba su perímetro: “El problema afectaría y de hecho ya afectaba otros departamentos. A los considerables gastos de la defensa, se sumaba el que la pauta publicitaria se volvía huidiza; los clientes, repentinamente, se hicieron los sordos. Si alguna vez hubo quien puso reparos para avisar en una publicación elegante y bien escrita, pero curiosa en extremo —la verdad o su sospecha duele y pica—, vender espacios publicitarios entonces hizo a los ejecutivos de cuentas redoblar esfuerzos, y no les ayudamos demasiado los tercios periodistas”, cuenta la reportera en *Periodistas en su tinta*. En esta oportunidad *Exceso* se enfrentaría a sí misma. Sería a la vez centro y periferia.

Muro de contención

Lo más importante del juicio es lo que significó para la carrera que galopaba Exceso. A la zaga del proceso judicial, la redacción seguía funcionando y, a la larga, el juicio se convertiría en la bisagra que partiría su historia en dos.

¿Cambió la revista? El “No” de Fihman es categórico: “Hubo más bien una revisión legal, tal como lo hacen en Europa. El juicio lo que hizo fue endurecer un poco. La revista se volvió más rígida”.

Para el editor el golpe duro estuvo al otro lado de la redacción: “Nos perjudicó mucho, primero porque somos un equipo muy pequeño y todo el mundo sentía la presión ejercida sobre Faitha y sobre mí. Y en segundo lugar, porque se concentraron demasiadas fuerzas que hubieran sido más útiles en la venta de avisos, en programas publicitarios y en la comercialización de la revista”. Las publicaciones con líos no son las preferidas para anunciar.

Uno de los cambios introducidos fue la creación del editor responsable. Luis García es abogado y, cosa curiosa, compañero de parrandas de Fihman en la época juvenil. Empezó a trabajar en Exceso en 1998. Anteriormente se contaba con un asesor jurídico que asistía en los problemas legales pero que no asumía ninguna responsabilidad formal. Con el editor responsable el compromiso sería obligado.

“Esa figura”, explica García, “se crea a partir del pacto de San José que estipula que siempre habrá una persona que se haga responsable de lo que se publique, aparte del periodista”. Su trabajo consiste en leer todos los contenidos antes de que la revista se vaya a la imprenta. Se insiste: ¿no hay un antes y un después? De regreso el “No”. “Eso será falta de inspiración”, asoma Fihman con gracia.

Para Armando Coll la historia sería otra: “Fueron unos meses muy angustiosos y tristes. Yo no tenía la experiencia que tengo ahora y hay que añadir el clima emocional que imperaba en la empresa. Creo que particularmente me afectó porque me sentía responsable de lo que pudiera pasar”. Las reuniones de pauta se celebraban con la normalidad posible, pero sin duda la ausencia de Fihman se sintió.

Durante el juicio, así como Luis García, otros abogados se encargaban de la supervisión: “En esa época”, recuerda Coll, “venían a leer cada línea que se iba a publicar; y en cada una encontraban inconvenientes. Un periodista es susceptible de ser acusado por difamación o por injuria todos los días, y si se detiene en eso, tal como pretendían los abogados defensores de aquel entonces —no niego que estaban haciendo su trabajo—, no habría periodismo”. En alguna oportunidad le soltó la prenda a José Tadeo Saín, abogado del bufete de Juan Martín Echeverría: “Entonces no hacemos la revista”. Por suerte, no hubo necesidad de parar. Así el zurcido fuera invisible, una débil costura terminó por ceder. Quizás la moraleja de la fábula fue muy dura porque enfrentó a la publicación con las debilidades del periodismo que convirtió en divisa.

Sin referir la experiencia judicial, el periodista Oscar Medina —otra de las antiguas plumas— sacó cuentas de los “contra” de Exceso: “La tendencia a husmear en la vida privada de los demás, puede pasarse de un límite donde terminas agrediendo al otro en cosas íntimas y personales. Ese puede ser un punto en contra”.

“Exceso se toma licencias, es parte de su estilo”, continua Medina. “Lo cual no quiere decir que inventa cosas, al menos esa fue mi experiencia. Hay mucho off the record en Exceso, y eso pudiese generarle alguna baja en la credibilidad”. Sin embargo, no deja de ser un recurso válido.

“Yo que fui tormenta, yo que fui tornado, yo que fui volcán, soy un volcán apagado”, dice el estribillo de la famosa canción de José José. Si bien no fue por una decepción amorosa, tal como el “Volcán” del cantautor mexicano, los fuegos de Exceso se calmaron, aunque el editor diga lo contrario. _

Un país de quinta

La coordinación había quedado desierta. El editor sorteaba posibilidades. La exigencia de Armando Coll fue clara y precisa: “Me pidió que para venirse a trabajar a *Exceso* tenía que restablecer la jefatura de redacción”. Su nombre resultaba familiar para la empresa: “Fihman me mandó a llamar con Ewald Scharfenberg. Yo me acerqué un día y empezó a encargarme cosas. Luego me fui a la televisión pero seguí participando en la revista con la columna High Ocho y con reportajes ocasionales. Cuando dejé de ser guionista de televisión, Ben me llamó para ofrecerme la plaza”. En marzo de 1997 Francesca Cordido abandonaba el manchón y el aspirante se estrenaba con cargo formal: Armando Coll, jefe de redacción.

Hubo otra condición que fue un compromiso consigo mismo: no abandonar el oficio de redactor. Desde el momento en que ingresó, hace siete años, además de ejercer su rol como jefe se ha desempeñado como reportero: “Me gusta salir a la calle y escribir. La tarea estrictamente gerencial no es lo mío. He aprendido muchísimo y me he adaptado, pero no nací para ser gerente”.

Eso, por supuesto, no significa que deje a un lado su obligación principal: “Tengo que participar activamente en la conformación de la pauta temática de la revista, debo coordinar la producción de los contenidos y hacerme responsable de ellos”. Con sus pausados modales y su carácter calmado, Coll ha tenido la obligación de frenar corceles, cuando éstos se han ido de bruces. “Hay una dialéctica entre Fihman y yo. Yo soy el cauteloso y él es el arrojado”. Fihman está al corriente y señala: “Armando ha aportado el equilibrio, el tono y el sentido común”.

Así como la redacción cambió de mando, el área de diseño también tuvo un nuevo director de orquesta; o más bien una directora. Con la llegada de Armando Coll, Francys León se sumaría al equipo de planta de *Exceso*. Hasta ese momento la parte gráfica había estado en manos de Myrian Luque, que a su vez había sucedido a Jaime Cruz.

Para quienes la conocen o han trabajado con ella, León es simplemente “durísima”. Es decir, bastante exigente. Egresada de la Escuela de Comunicación Visual ProDiseño —actualmente es coordinadora académica de la institución—, se incorporó a la revista por recomendaciones de Margarita Scanonne: “Cuando entré, el departamento de diseño estaba bastante abandonado. Habían dos computadoras de las cuales una sola servía, y ni rastro de un escáner. Se trabajaba con *Page Maker*, lo que fue para mí realmente patético porque, en aquél momento, era lo más atrasado del mundo”.

Los logros se dieron progresivamente. El programa de diseño cambiaría por *QuarkXpress*, nuevas máquinas y un escáner harían lo suyo en la renovación tecnológica y además se añadirían integrantes al equipo, como Giomar Quevedo y Niriusky Espinoza. Ambas se encargarían de la jefatura de diseño respectivamente. La otra adquisición que León considera significativa de su época es Roberto Weil, caricaturista de *Exceso* y *Cocina y Vino* desde hace siete años.

Weil había decidido trabajar por su cuenta. Se paró frente a un kiosco, buscó el nombre del jefe de arte de *Exceso* y se puso en contacto con ella: “Por suerte estaban buscando a un ilustrador”. Desde entonces dibuja para ellos. “Recuerdo que la ilustración que hice de Rafael Tudela, que fue mi primer trabajo, la cobré en cien mil bolívares y me pagaron treinta”, deja escapar la anécdota. “Con el paso de tiempo han mejorado en ese sentido y para mí ha significado un aprendizaje enorme en cuanto a la realización de retratos”.

Al cabo de doce meses el departamento había dado un vuelco: “Lo que se hizo en mi época”, indica León, “fue básicamente potenciar y reorganizar el área de diseño. Para ese momento no había una pauta claramente establecida en relación con los tiempos”, los esfuerzos del pasado se habían diluido. “En cuestión de un año todo se acomodó porque hicimos un cronograma de cómo había que montar las revistas”. Al igual que Cordido, León estuvo a cargo —de la parte gráfica, se entiende— de *Exceso*, *Cocina y Vino* y *Montecarlo*.

La impresión en la editorial Primavera significaba un riesgo. Para la diseñadora aquello era un problema: “El comportamiento tan cerrado del mercado hace que las revistas sean víctimas de las imprentas. Estábamos a merced de lo que nos quisieran imponer. Casi sentías que las cosas se hacían cuando ellos pudieran y como ellos quisieran”.

No escatima en criticar los métodos de Primavera: “El trabajo era muy artesanal. Los anuncios publicitarios entraban en película, muchas veces sin prueba de color y se armaban en fotolito de manera manual. Era una pesadilla porque había que estar chequeando ciento y pico de páginas, pliego por pliego y color por color. Algunas veces me agarraban las madrugadas en la sede en Guatire”.

Estos contratiempos afectaban sobre todo a los anunciantes: “Recuerdo una experiencia con *Moët & Chandon*. En un aviso debía aparecer la botella de *champagne* en dorado. En la prueba de color esto se había logrado, pero en la impresión salía diferente por problemas en el calibrado de la rotativa”.

Los inconvenientes tuvieron fin cuando se tomó la decisión de imprimir en Colombia. María Sol Pérez Schael alaba la medida: “Ellos imprimían con muy buena calidad y nosotros no teníamos que hacer supervisión de costo ni nada. La revista nos llegaba lista. La mandábamos por *Internet* a la sucursal y ellos se encargaban de enviarla a Colombia. Una calidad y un servicio excelente por la mitad de los costos de aquí”.

Antes de comenzar a producir la revista en el vecino país, se hizo, por supuesto, un viaje de inspección. Fue ese momento en el que León quedó completamente seducida por la idea: “Yo llevaba una lista de quince puntos o más, con los problemas que nosotros teníamos en la producción. Empecé a hacer las preguntas: ‘¿Esto se puede hacer?’ ‘Sí’; ‘¿Esto se puede hacer?’, ‘Sí’... cuando iba por la quinta, me dicen: ‘Mire, ustedes ponen lo que quieran y nosotros lo hacemos’”. Santo remedio. “Eso marcó una diferencia total. Sobre todo por el tema de las publicidades. Así, le podíamos ofrecer a los clientes un producto que antes no podíamos garantizar”.

Las transformaciones introducidas por la diseñadora fueron sobre la tecnología y el orden de trabajo. El diseño como tal fue un asunto más delicado. No era falta de iniciativa. La rigurosidad del editor se imponía: “Lo que hice fue dirigir lo que ya existía con unas modificaciones muy leves. Fihman es muy celoso de su revista y muy conservador en relación con los cambios que se puedan hacer. Cualquier innovación tiene que estar dentro del espíritu de identidad de la publicación”.

Es una constante. Al editor no le gusta mucho la experimentación, las mudanzas en el diseño deben ser tan delicadas que no causen ninguna alteración para el lector. Tal parece ser su premisa, aunque León concede que la severidad vino siempre en compañía de una gran dosis de respeto: “Él reconoce sus debilidades y sencillamente decía: ‘Tú eres la que sabe de eso’. Yo sentí que me apoyó desde un principio”.

En 2001 abandonó la revista. Ésas no eran sus intenciones, pero su embarazo y la negativa de la empresa a aumentarle el sueldo, la obligaron a tomar la decisión: “A mí me pareció que era injusto y que estaba mal hecho. Mi trabajo era impecable, no había nada que criticarme y yo consideraba que eso era como darme una evaluación negativa o castigarme”.

Pero León se pone en los zapatos de la publicación y comprende su punto de vista: “Quizás consideraron injusto tener que pagarme un reposo, contratar a una persona para que cubriera mi falta —cosa que no hicieron— y además darme un aumento”. Aquello quedó en el pasado, según afirma, hoy no existen posibles rencores.

En 1998 Fihman creyó tener la brújula perdida. “Estaba desesperado porque mi instinto, que aquí todo el mundo alababa, me estaba fallando, no alcanzaba a sintonizar qué era lo que realmente podía interesarle más a los lectores”. El editor estaba desalentado. Los contenidos publicados no estaban funcionando. Había una baja en la circulación y no lograba detectar la falla. Sencillo: un nuevo gobierno tocaba las puertas de *Exceso* deseoso de aparecer en sus brillantes páginas para causar estupor en cada portada.

La primera vez que Hugo Rafael Chávez Frías llegó a *Exceso* fue cuando estaban frescas sus aventuras golpistas de febrero y noviembre de 1992. Se le hizo una semblanza mientras se encontraba preso. El editor no le había dado mucha importancia. En pocas palabras, le parecía que el personaje desentonaba con la revista: “Tampoco estaba convencido de que hubiera algo de fondo”. En fin, no le tuvo mayores consideraciones.

En agosto de 1998 salió la portada que lo sacaría de dudas: “Te voy a decir que ese título fue mío”, se atribuye de antemano el buen tino. “Creo que eso fue lo que llamó la atención”. El reportaje lo firmaba Milagros Socorro, quien no tardaría en convertirse en colaboradora estrella. Luego de mucho tintineo, Chávez no concedió la entrevista. “El tema era la gente que lo estaba apoyando; pero no el pueblo, sino los que estaban poniendo plata”, explica Fihman. “Hiram Gaviria sí dio la entrevista y el título fue ‘Millonarios con Chávez’”.

La portada mostraba el rostro del candidato en un fondo amarillo: “Se usó la foto que había hecho Frasso” —se refiere a Francisco “Frasso” Solórzano, quien luego sería diputado a la Asamblea Nacional por la facción oficialista— “para suavizar ese rostro duro de Chávez y además se trabajó con *Photoshop*. Ahí salimos un poco del marasmo”.

Milagros Socorro mira de soslayo. No podría estar de acuerdo con Fihman cuando anota la portada como éxito para *Exceso*: “Ese tema no es que sea un hito dentro de la revista; es que es un hito dentro de la sociedad venezolana, de cómo estos inversionistas, esta gente que apuesta su dinero en un producto político se va en tropel hacia esta ave rara que era Chávez, un militar. ¿Por qué? Porque lo vieron con buen ojo de comerciantes, lo vieron ganador. Pero de eso no tengo ningún mérito yo. Eso es mi sociedad. Eso es un periodista que está atendiendo”.

Fihman admitió su error y la aguja magnética dejó de fallar: “Detectamos que Chávez era *el* tema, la obsesión de los venezolanos y no había manera de no rendirse ante esa audiencia que yo me negaba a aceptar”. En dos platos, fue una falta de atención.

Su voto podría contarse entre el porcentaje de abstencionistas. Como de costumbre, ese diciembre de elecciones, Fihman se fue a París: “El domingo ya se sabían los resultados. Estaba en una cena y me hicieron hablar al respecto. Yo habré hecho alguna alusión al coronel este”. Cuando su esposa María Sol Pérez Schael llegó —luego de ejercer su derecho al sufragio— su rostro traía angustias: “Unos días después me dice que estaba preocupada por *Exceso*, porque el país donde había sido concebida y donde funcionaba la revista iba a cambiar y que ella no pensaba que las cosas nos iban a favorecer. Yo, muy irresponsablemente le dije que no, que pensaba todo lo contrario”.

Antes de cruzar el Atlántico se hizo una reunión de pauta donde se le ocurrió que un buen tema serían los nexos entre Boulton y Chávez. Las relaciones con la familia Boulton estaban poco más que agrietadas. Pero a la redacción le gustó y empujaron a que se hiciera. El encargo cayó en manos de Faitha Nahmens: “¡Oh! ¡Sorpresa!”, cuenta Fihman, “Henry Lord Boulton que había roto con *Exceso*, que la detestaba; decidió en enero, es decir, con el agua al cuello, dar la entrevista y reconocer entusiasmado su apuesta a Chávez. No tenía ya por qué esconderlo”. Fue un éxito, acompañado con una mejoría de la impresión —la época de Primavera terminaba definitivamente— y con una portada, que mostraba a Boulton, sentado en una mesa de vidrio en la que en lugar de su rostro, se reflejaba el del Presidente. Margarita Scannone y su equipo habían sido los creadores de la ingeniosa carátula.

Para *Exceso*, el panorama parecía haber mejorado. La única dificultad que se imponía era el juicio por difamación que durante todo este tiempo fue complicándose de manera paralela. En el inicio de 1999 la consecución de éxitos editoriales fue en línea: en febrero, “Boulton y Chávez”; en marzo, “La garra de Marisabel”; en abril, “Alfredo Peña de tranca” y en mayo, “Virginia Contreras La Libertadora del Comandante”. El año arrancaba con el chavismo en portada y Faitha Nahmens se llevaba el crédito de retratista principal.

Milagros Maldonado fue emblema de la Venezuela Saudita así como Marisabel de Chávez se dejó entronizar a través de las páginas de *Exceso*, como “modesta

beldad de la patria nueva”. “Ha empezado el espectáculo”, fue la frase del primer editorial donde la esposa del mandatario hizo fastuoso debut.

La edición 117 daría la bienvenida presidencial: “El soberbio y escasamente instruido teniente coronel —derrotado en la batalla— se ha convertido en flamante presidente de esta zarzulesca república caribeña”. Líneas más abajo se presentaba el plato principal: “A su lado, Marisabel Rodríguez, la cenicienta de provincia promovida a Primera Dama, menos dispuesta a la renuncia, se consuela pensando que en cinco años, si se lo propone, llegará a cultivarse lo suficiente como para no aburrirse entre tanta obra maestra colgada en las paredes de La Casona”.

Dos años más tarde, el mismo personaje batiría *records* de venta en la revista. Curiosamente era de nuevo portada en el tercer mes del año. En marzo de distinto calendario, Faitha Nahmens contraatacaría. Los lectores se desquiciaron por un resaltante: “Sí, pudiera ser que... tal vez... en algún momento... cuando he esperado un poquito más de atención, mi corazón se haya sentido... maltratado. Te hablo en honor a la verdad: a las personas no sólo se las maltrata con golpes”. Listo, se entendió como afirmación de maltrato físico, cuando aquello ni a metáfora llegaba. El número se agotó y los vendedores ambulantes se apresuraron a sacar fotocopias de la entrevista.

La edición de diciembre-enero de 2003 pondría a Marisabel de Chávez de nuevo en la mirilla. Esta vez la portada la acaparaba el rostro de Enrique Tejera París mientras que su editorial anunciaba: “... y, porque no podía faltar, la hoy retirada *first lady* expuesta en presente y en pasado en los extractos de un libro de inminente aparición”. En el texto interno se leía: “En julio de este año, poco después de anunciar su divorcio del Presidente de la República, su exclusiva para esta publicación —concedida a Sebastián de la Nuez— dejó claro aún otra cosa: que, unida o no a Hugo Chávez Frías, ella seguía siendo un imán para los cenitales”.

El periodista profundizó su investigación y la atrapó entre las páginas de un libro: *Marisabel la historia te absolverá*. Fue una publicación que superó las dificultades

obvias de un paro laboral —librerías cerradas— y que aún así demandó un segundo tiraje hasta que se convirtió, de nuevo, en sustento para los piratas de la economía informal. De ahí que se le considere un éxito editorial, pero en manos de la buhonería, un fracaso comercial.

Pero antes de advertir que la primera dama era blanco certero, mucho antes de sus reincidencias en la revista, Fihman creía haberse salido con la suya: “Las portadas impactaron y la circulación aumentó. Digamos que el vaticinio de María Sol no se cumplía. Empezábamos en el primer mes de gobierno de Chávez de forma optimista. Y ese norte perdido en un momento dado en cuanto a los temas, lo habíamos re encontrado. Estábamos de nuevo en sintonía con el país”.

El editor no se cansa de enumerar buenos presagios: “En enero, a unos días de la toma de posesión de Chávez, hicimos un banquete para cien personas; básicamente anunciantes y quienes hubieran contribuido de manera muy especial con la revista”. En esa oportunidad trajeron al celeberrimo *chef* Joël Robuchon. “Por cierto, ahí estuvo José Vicente Rangel. Y estaban sentados miles de millones de bolívares de anunciantes que habían publicado con *Exceso*”. El convite fue para celebrar el décimo aniversario. “Todo eso era muy auspicioso e inclusive yo vi que conocía algunas personas del gobierno, gente que había apoyado a Chávez. Pensé que podía defenderme mejor, al mismo tiempo tenía conciencia de que llegaríamos a la fecha de prescripción y el juicio se acabaría. Era natural que así fuera y que yo esperara eso”. Esto último fue lo único que no sucedió.

A contramano de las dificultades judiciales ocurriría algo aún más contradictorio: “Rematamos esos primeros seis meses con el Premio Nacional de Periodismo”. Fihman se quejaría de la mezquindad de la cobertura. En el editorial de agosto lo haría saber: “No faltó el medio que minimizara, hasta la desaparición de la noticia, el notable hecho de que el premio —*el Premio Nacional de Periodismo a un medio de comunicación*— hubiera sido otorgado a esta publicación, independiente y de reducido capital, que ha sido cantera de parte importante del nuevo periodismo venezolano”.

El 26 de junio de 1999, *El Universal* hizo la nota de ocasión: “Algunas chispas debieron saltar al aire, cuando estrecharon sus manos el presidente Chávez y el director de la revista *Exceso*, Ben Amí Fihman. Corrientes en distinta frecuencia. ‘El hecho de que fuera el presidente Chávez quien me entregara el Premio Nacional de Periodismo no deja de ser una paradoja sublime. Que sea en este gobierno militar y autoritario me parece casi un disparate’, sentenció”.

En esa breve entrevista Fihman recuerda haber dicho: “Caramba, estoy preocupado porque cuando el Presidente dijo que la realidad era en blanco y negro, yo empecé a dudar de mí mismo porque creía que había hecho una gran hazaña en publicar la primera revista a todo color en Venezuela, y resulta que no; que de acuerdo al presidente hubiera sido mejor en blanco y negro”.

Frente a las peroratas discursivas de Hugo Chávez, el premiado editor dijo sentirse como Marcello Mastroiani y Sofía Loren en el film *Una giornata particolare*: “Todo el mundo se va a la manifestación para escuchar el discurso de Benito Mussolini, y ellos dos quedan solos en un edificio. Ella es una esposa poco amada y él un homosexual. Yo me sentí así porque la aclamación de Chávez en el Ministerio de Educación fue impresionante”. De este modo Fihman apuntaba la necesidad de reivindicar el derecho a la indiferencia. “Eso es algo que él nos está negando. Todo su discurso intenta conminarnos a tomar partido por su causa”, confesaría a *El Universal*.

Milagros Socorro también fue galardonada. Cuando se le pregunta sobre el premio, arruga la cara con una expresión terrible: “¿Pero qué puedo decir?”. Las preguntas relacionadas con su éxito las rechaza, quizás, en un gesto de modestia. Sin embargo el ritmo de trabajo de la colega de Ewald Scharfenberg en *El Globo* es hoy otro.

El encuentro se dio a bordo de un Nissan Sentra, en el trayecto desde su residencia en Los Palos Grandes hasta la emisora 100.7 ubicada en el Ateneo de Caracas. Desde allí realizaría a las dos de la tarde su programa radial.

Socorro está colmada de trabajo. “Hoy tengo que llegar a mi casa a escribir un texto para una revista de arte con la que colaboro, y terminar lo de *El Nacional* para esta semana, mañana tengo que hacer una entrevista y el sábado tengo que reunirme con alguien que me está ayudando con un reportaje que estoy montando”.

El Globo fue su última experiencia como periodista de planta. Su llegada a la revista ocurrió más tarde de lo que hubiera querido: “Yo era lectora de *Exceso* desde el primer día”. En una oportunidad hizo un trabajo para el periódico que no pudo publicar. Acto seguido, se lo mandó a Manuel Malaver y éste logró sacarlo en la revista. Desde entonces empezó a colaborar con mayor regularidad.

¿Que si *Exceso* ayudó a la reportera proveniente del Zulia —hoy en día una de las firmas más destacadas de *El Nacional*— a labrarse un espacio en el periodismo capitalino? Ni hablar. “No quiero contestar esa pregunta porque no veo qué pueda agregar. Yo soy una periodista, trabajo. No lo veo como alguien que se abre un espacio”.

“El Premio Nacional” —finalmente accede a responder sobre este otro particular— “tuvo una cosa excepcional y es que generalmente se lo dan a un periodista de un medio. Yo era destajista. Al igual que Marta Colomina y que Ben, recibo el premio de manos del Presidente. Ese fue el último premio que dio un jurado profesional” —para Socorro, en lo venidero, el Premio pasó a ser “botín ideológico de la revolución”. Los recaudos que envió eran muestras de trabajos publicados en *Exceso*, en la revista *Bigott* y en alguna otra publicación que no recuerda: “Era mi trabajo, no el trabajo de algún medio”.

El destajismo es otra característica de *Exceso*. Armando Coll da fe de ello: “Siempre ha habido una redacción pequeñita con colaboradores”. Tampoco son muchos y con el tiempo se han establecido casi como plumas permanentes. Hay gente que se acerca espontáneamente pero la mayoría viene por recomendación de algún otro.

“El círculo de colaboradores es muy cerrado”, explica Coll, “necesitas fidelidad para que no filtre información a la calle y por supuesto, para que entregue a tiempo y no se ponga a trabajar para otros”, es decir, que no se valga de *Exceso* para realizar otros trabajos, lo cual no significa que se exija exclusividad alguna.

Del grupo más reciente, Eurídice Ledezma se cuenta entre las habituales. Licenciada en Comunicación Social, mención Audiovisual de la Ucab, cuenta con un Máster en Ciencias Políticas de la Universidad Simón Bolívar —sin tesis— y quizás es una de las pocas periodistas con el título de Doctor, luego de terminar en la Universidad Complutense de Madrid un doctorado en Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales. Siempre ha escrito para *Exceso* bajo la figura del *free-lance* y es otra que llegaría por sugerencia de Ewald Scharfenberg.

¿Qué fue lo que la atrajo? “Sin duda, la libertad editorial y desde luego la posibilidad de tratar amplia y profundamente temas de mi interés en la actualidad nacional”. Ledezma encontró en *Exceso* el espacio para hacer periodismo de investigación: “Es uno de los pocos medios —quizás el único— donde se puede hacer ese tipo de periodismo”.

También distingue un elemento clave: “Creo que Ben tiene infinitamente menos compromisos políticos, económicos o sociales que cualquier editor local y eso le da, a él y a su equipo, la posibilidad de trascender el límite de algunos temas tabú o de supuestos intocables, dotando a la revista de una cierta irreverencia irresistible. Eso sin entrar en las consideraciones económicas que ubican a la remuneración local en niveles lamentables con respecto al mercado internacional”.

El uso de un sistema de colaboradores implica beneficios monetarios para la empresa. Carolina de Martínez, encargada de las ventas publicitarias y de la administración interna, admite que este método ha logrado mantener una nómina de empleados comparativamente menor a otros medios: “Ahorita somos trece y el máximo habrá sido de veinte personas. Los colaboradores han resultado económicamente porque hay temas que no los pueden hacer los periodistas de planta y se les asigna a ellos”. De este modo

habrá mayor rotación en la redacción sin la acumulación de activos que sean destinados únicamente a los trabajadores en nómina.

Pero no todo es rentabilidad en cuanto a los periodistas *free-lance*. Coll reconoce las debilidades: “Un redactor de planta rinde mucho más. El colaborador tiene otros trabajos; mientras que a un reportero interno lo supervisas día a día. Si ves una deficiencia o una omisión, la detectas de inmediato y la corriges”.

En muchas ocasiones, por falta de comunicación, el jefe de redacción no ha podido hacer seguimiento de la investigación de un trabajo asignado. Por otra parte, para una redacción fija con muy poco personal se hace más cuesta arriba la confección de la revista: “El colaborador no se involucra en todo el proceso de producción. Tiende a ignorar, a obviar los padecimiento que generan sus retrasos. No tiene una noción clara de cuánto nos afecta que entregue un día después”.

Coll recuerda a Evan Romero —antiguo redactor de planta— como el reportero ideal: “Además de hacer su investigación se dedicaba a la pesquisa de imágenes. No sólo se ocupaba de la narrativa textual sino también de la narrativa visual o iconográfica. Estaba tan pendiente de su texto como de sus imágenes. Pero eso no lo tienen todos”. En 1993 Romero egresó de ProDiseño. En 2002 completó su formación con el grado de Comunicador Social de la UCV —quizás de ahí la buena sinergia entre texto e imagen. Se desempeñó como asistente en el departamento de medios de la Galería de Arte Nacional y tuvo experiencia en las áreas de periodismo institucional y corporativo como redactor de una desaparecida agencia de relaciones públicas. En mayo de 1998 se estrenó en las páginas de *Exceso*.

En la selección de semblanzas de *Carne y hueso* hay una que destaca, en especial, por su carácter revelador. El título de portada de la edición de febrero de 2002 fue: “La cruzada de Betzabeth”, firmado por Evan Romero. Desde Alemania, donde reside actualmente, hizo la radiografía de esta semblanza que se vio envuelta en una extraña polémica al momento de llegar a los kioscos.

Hacia finales de 2001 el comandante del ejército Víctor Cruz Weffer sobresalía como uno de los militares con mayores acusaciones de corrupción administrativa —reunidas a través de su tránsito por diferentes instituciones del Estado y programas de corte castrense como Fondur, el Fondo Unico Social, el Plan Bolívar 2000 y la misma Comandancia General del Ejército.

Exceso, siguiendo su tradición, buscó al personaje secundario para que protagonizara la historia. “El hecho de que Betzabeth Zárraga”, explica Romero, “una joven ex reina de belleza, fuera señalada como amante de Cruz Weffer y beneficiaria del desvío ilegítimo de recursos que le imputaban al general, la convirtió en un personaje ideal”.

El periodista resume la mezcla de ingredientes que hicieron célebre su trabajo: “Zárraga encarnó en ese momento el lado frívolo, fotogénico, pintoresco, sensual, sexual, de un tópico más bien árido como lo era la malversación de fondos en el seno de la Fuerza Armada Nacional”. Se trataba de poco menos que decadencia con lentejuelas: “Ella ofrecía la oportunidad de sondear un asunto oscuro y de barnizarlo con aspectos de su propia historia de vida que también interesan a los venezolanos, desde su participación en el *Miss Venezuela* hasta su abierto flirteo con el poder”.

El dato decisivo de la investigación provino de manos del editor: el número de registro de un documento legal en el que Zárraga aparecía como propietaria de un inmueble valorado en 500 mil dólares. La adquisición se haría en el 2000, despertando sospechas justificadas en torno a la legalidad de su origen: “Se trataba de una suma que estaba fuera del alcance de una veinteañera con su perfil”, relata Romero.

La revelación fue que *Exceso* reprodujo fotográficamente —con la cita del título de propiedad— la constancia de que Betzabeth Zárraga había adquirido el inmueble que, hasta entonces, negaba: “De hecho, durante la entrevista personal”, explica el reportero, “ante una pregunta tan clara y precisa como ‘¿Estás segura de que nunca has tenido un apartamento a tu nombre en Caracas?’, Zárraga mintió intentando disipar esa y otras

acusaciones que la asociaban con Cruz Weffer, así como los señalamientos de corrupción administrativa que pesan sobre el militar”.

Después de una ardua investigación, la edición regresaba de la imprenta como pan caliente. Pero hubo una irregularidad. Cuando los camiones se empezaron a cargar para la distribución nacional, una persona manifestó deseos de comprar casi la totalidad de la primera edición y procedió a pagar el monto correspondiente. Por lo tanto, los kioscos verían una merma. El hecho fue reseñado por la prensa diaria y más de uno debió lamentar no estar suscrito a *Exceso*.

El resultado evidente fue que, en contraposición a las intenciones del desconocido comprador, la publicidad fue inmediata y la empresa se vio en la necesidad de reimprimir dos veces para satisfacer la demanda. Para Romero la intención era, a todas luces, evitar que el público accediera al contenido del reportaje de portada: “Lo extraordinario de esta inusual forma de coartar la libertad de información, es que tuvo lugar justo cuando la discusión en torno a la libertad de expresión en Venezuela estaba en un punto álgido”. Las agresiones contra los medios de comunicación empezaban a ser recurrentes y las visitas de organismos internacionales eran, a su vez, acostumbradas.

El antiguo redactor puede señalar la trascendencia que tuvo todo el suceso: “Santiago Cantón, entonces secretario ejecutivo de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA, y quien por esos días se encontraba reunido en Caracas con los miembros del Bloque de Prensa Venezolano para analizar esa coyuntura, sostuvo que no recordaba ningún caso similar en el resto del continente”.

Para un joven reportero como Romero, una experiencia con el calibre hasta ahora descrito deja impronta. “No encuentro cómo decirlo sin que suene pretencioso y exagerado, pero a veces pienso que yo aprendí a hablar y escribir en español cuando empecé a trabajar en la revista”.

Una buena temporada en *Exceso* puede significar una plataforma para llegar a otro medio de comunicación. Parece una evolución natural que muchos de sus reporteros sean luego reclutados por *El Nacional* o *El Universal*. Es decir, que algo tiene la revista de escuela.

“Por dónde comenzar un reportaje, cómo investigar, qué preguntas hacer, cómo repreguntar, qué imágenes buscar para ilustrar el texto, qué fotografiar, cómo decir lo que se quiere decir, cómo organizar el tiempo para que investigación, entrevistas, sesión de fotos y redacción final del texto calcen con el plan de diseño y producción de la revista sin comprometer la calidad del reportaje; todo eso lo aprendí, lo descubrí o lo desarrollé en mayor o menor medida estando en *Exceso*”. Que no quepa la menor duda de por qué Armando Coll veía en Romero al reportero perfecto.

Oscar Medina es otro buen ejemplo que luego se llevaría *El Universal*: “En términos de formación, *Exceso* fue determinante para lo que hago hoy en día. Trabajé con un equipo y en particular con un editor que conoce profundamente su revista, que no tiene dudas acerca de lo que quiere y que además te enriquece tu tema, y eso es algo poco común a lo largo de la profesión”.

Para Medina es inevitable eludir las influencias de la revista sobre sus reporteros: “Al menos en lo que a mí se refiere, esa experiencia quedó como un hito en mi trayectoria”. Una vez más, los locos son atractivos: “De Ben Fihman para abajo, siempre hay unos personajes interesantes y enriquecedores ahí. Lo que me parece que debería cambiar es la carencia de recursos y de dotación, tanto de infraestructura como de equipo; y por supuesto el bajo nivel de salario”.

Esta última será una constante. “Si *Exceso* pudiera combinar la revista que es con una empresa que ofrezca buenos salarios creo que muchos de los que estamos fuera aún estaríamos ahí”, aconseja Medina.

La cruzada por las cifras

Si le preguntan a editores o personas relacionadas con los medios impresos —específicamente con aquellos de publicación no diaria— sobre los hábitos de lectura en el país, lo más probable es que respondan que “el venezolano lee muy poco” y que “el mercado de lectores de revistas es muy reducido”. Ahora bien, si se les pide que prueben con números lo que están diciendo, seguramente una mueca se dibujará en sus rostros.

Así le sucedió a Raúl Lotitto, director de Producto, ante tal interrogante. Su respuesta además de ser una rotunda negativa, fue desalentadora: acceder a esa información sería imposible, porque sencillamente no existe. “No hay. Yo creo que no les interesa que haya. Si a los anunciantes y a los medios les interesara, entonces habría. ¿Por qué hay estudios de televisión? Porque 80 por ciento del dinero va para allá. Ninguna empresa seria ha hecho una encuesta de radios ni de revistas. Cuando nosotros vamos a buscar los datos no existen. Entonces tienes que basarte en lo que te dicen”.

Pero los estudios privados que responden a los intereses de una empresa en específico, carecen para Lotitto de validez general: “Nosotros tenemos entrevistas hechas muchas veces, y un estudio de hace unos años que nos señalaba como una de las revistas de más venta del país. Pero eso es para consumo propio. No tenemos un estudio general”.

Beatriz Herrero, gerente de la unidad de negocios de El Nacional, coloca sobre su escritorio los estudios que posee la empresa: “Todo lo que nosotros hemos hecho lo tengo aquí”. La mayoría no son pertinentes por los temas que tratan o por la época en que fueron realizados. Herrero admite que algunos son muy viejos y que otros son demasiado específicos. Después de una búsqueda infructuosa y de un par de llamadas a agencias de publicidad exclama: Tengo lo que necesitas, los TGI de 2003 y 2004”.

La herramienta de investigación a la cual la gerente hace referencia fue desarrollada por el grupo inglés Kantar y llegó a Venezuela de las manos de la empresa Sigma Dos. Este estudio, cuyas siglas responden al nombre Target Group Index, provee resultados sobre actitudes y opiniones de los consumidores y permite conocer, entre otras cosas, el comportamiento del público ante los medios de comunicación.

En 2003 los resultados —suministrados por Herrero— indican que del 100 por ciento de la población consultada, 49 por ciento compra la prensa los días de semana, 56 por ciento los domingos, 97.70 observa la televisión de señal abierta o gratuita, 34.40 utiliza Internet, 74.20 escucha radio y 21.40 lee revistas semanales.

Los estudios realizados en 2004 arrojaron que 16.20 por ciento de los entrevistados es lector de alguna revista mensual, 6.54 por ciento de dos o más revistas mensuales y 1.94 de tres o más revistas mensuales.

La encuestadora venezolana Datanalisis ofrece en el apartado “Investigaciones” de su página web, un documento que responde al titular “Revistas de actualidad política incrementaron sus ventas en 54 por ciento”. En el sumario de la nota se explica: “Estas publicaciones han cobrado particular interés en los últimos seis meses, a raíz del agravamiento de la crisis política. Sin embargo, las revistas hípicas siguen siendo las más compradas en la Gran Caracas con 81.5 por ciento de las ventas, seguidas por las de moda y belleza con 10.5, siendo Vanidades la más popular de este último segmento”.

De acuerdo con el estudio “Auditoria de ventas de revistas en kioscos de la Gran Caracas”, desarrollado por la empresa entre el 29 de julio y el 1 de septiembre de 2002, desde febrero de ese año las ventas de revistas que tratan temas de actualidad y política se incrementaron en 54 por ciento. Aunque el nombre de Exceso no circula por ninguna parte del documento, si se indica que, sin contar las publicaciones hípicas, “Primicia y Zeta se ubicaron entre las tres revistas más vendidas en el mes de agosto acaparando 11.9 por ciento y 10.4 del mercado, respectivamente”.

En octubre de 2002 Datanalisis realizó para El Nacional una “Auditoria de ventas de revistas en kioscos de la Gran Caracas”. La muestra utilizada para tal fin fue de 106 kioscos y los resultados recolectados demostraron cuántos ejemplares se vendieron, cuántos fueron entregados y cuántos devueltos. La lista incluye alrededor de cuarenta publicaciones de distintos rubros, pero a efectos de la investigación sólo serán referidas las de política y actualidad, pues en esa clasificación se encuentra Exceso.

Primicia se ubicaba en el primer lugar de la lista con 778 ediciones vendidas de las 887 que fueron entregadas. En el segundo lugar está Zeta con 615 ejemplares vendidos de los 673 entregados. En el tercer lugar está Bohemia con 527 ejemplares vendidos de los 594 entregados y Exceso está ubicada en el cuarto lugar con 144 ejemplares vendidos de los 154 entregados, seguida por Gerente, Dinero y Producto.

Al final de la investigación se encuentra una lista de las veinte revistas más compradas en el mes de agosto de 2002. En este caso la muestra es también de 106 kioscos. Los resultados están expresados en porcentaje e incluyen todas las categorías excepto las hípicas. En primer lugar está ubicada Vanidades con 26.90 por ciento, seguida por Primicia y Zeta con 11.96 y 9.45 por ciento respectivamente. Exceso se encuentra en la mitad de la lista, décima, con 2.23 por ciento, seguida por Marie Claire, PC World y Gerente.

Miguel Velásquez, gerente de comercialización de la distribuidora Continental, ubica a Exceso como una de las pocas revistas sobre temas de actualidad que existen en el país y califica su comportamiento como exitoso: “El porcentaje de venta, en este momento, está entre el 75 y el 80 por ciento”. Alude además al carácter centralista de la publicación: “El 75 por ciento permanece en la Gran Caracas y sólo el 25 va al interior del país”. _

En proceso de pegarla

La reunión de pauta quedó para la mañana del 28 de octubre de 2003. Los convocados llegarían a cuentagotas alrededor de las once de la mañana. Esa es buena hora para reunirse, de modo tal que no se extienda demasiado por la inminencia del almuerzo. La brevedad siempre se agradece.

Una vez que el grupo hace su aparición, se abre la oficina del editor para dar inicio a la ceremonia temática. Se saludan, se escapa algún chiste, alguien fuma, otro pide que apague el cigarrillo, Ben Fihman no da buen ejemplo con una de sus diez pipas... a medida que avanza el tiempo se sienten como en casa. El editor hace el primer bosquejo de la edición 170 de *Exceso* que iniciará 2004 con el festejo de los quince años: “No quiero que el número sea retro”, advierte. “Hay que hacerlo con maldad, que aquí sobra”. Habrá una retrospectiva de los últimos tres lustros, eso sí, pero sin sentimentalismos.

Andrés Cardinale recuerda el adelanto del libro de Adriana Villanueva. “Sí, sí”, pero Fihman lo que quiere es escuchar materia nueva. “La Caracas de Juan Bernardo Arismendi” se publicará en color sepia. Hablemos de lo demás. “¿Qué tienen por ahí?”. Jacqueline Goldberg no vino, pero en conversación con Fihman hizo su propuesta: “Juan Migliavacca, veinticuatro horas en la vida de una mujer”, la historia de un transgénero. Maruja Dagnino hizo lo propio y publicará “El último tango”, una suerte de crónica sobre las noches tangueras de la Casa Húngara. Carla Tofano escribirá “Nuevas etiquetas sexuales”, una de sus acostumbradas ensaladas de estereotipos.

En la oficina están Armando Coll, jefe de redacción; Simón Villamizar, colaborador de costumbre en los temas de farándula; Cristina Raffalli y Carlos Flores como recientes adquisiciones. Nirusky Espinoza, la jefe de arte, toma nota de cada trabajo y Pedro Baute, el fotógrafo, recibe sugerencias del editor. Andrés Cardinale, con su elocuencia tan característica, no parará de hablar —ni de fumar— a lo largo de toda la reunión. La

sempiterna Faitha Nahmens ha regresado de Miami para meterse de nuevo en la candela de *Exceso*.

Se habla de las aventuras de Kay Rosenberg, empresario representante de Chocolates Valrona y de su apacible estancia en Choroní. Chiquinquirá Delgado es la propuesta femenina del número. Raffalli y Villamizar deciden quién hará qué. Por este número, las damas con las damas. Al papel sólo llegará “El milagro de la Chinita” por Raffalli. Villamizar haría otro tema para la próxima edición.

Para Flores la retrospectiva de los quince años: por cada año un elemento, y por cada elemento una nota corta. Que empiece en 1989 con el número 1 de *Exceso*. Luego la fundación del Centro de Estudios Gastronómicos; la llegada del celular como producto masivo; en 1992 el *boom* de *Por estas calles*, la telenovela que todo el mundo vio; *Internet*; para el 94 está cantada la crisis bancaria “¡Y el Latino hizo crack!” —otra réplica de Gómez López—; al año siguiente la explosión flamenca de La Macarena; en el 96 meten preso a José Bernardo Gómez luego de vaticinar la muerte de Caldera; no puede faltar la irreverente portada de marzo de 1997, “Las plumas de Divine”; el 98 es el año de los centros comerciales, vaya el Sambil por delante; el Viagra; en 2000 dos supermodelos criollos —Patricia Velásquez y Enrique Palacios— la pegan del techo; la Vinotinto; las marchas y, para cerrar, en 2003 saldrá el rostro de la rubia, tres veces portada de *Exceso*: Marisabel Rodríguez.

Fihman quería que con el paso de las páginas, los textos antes mencionados estuvieran en compañía de una línea del tiempo que reseñara los eventos que hicieron historia en el país y en el mundo. Serían frases cortas escritas con ironía. Aunque cada una de esas líneas se hizo en conjunto con Cardinale, asistente de edición, al final estuvieron colocadas las iniciales del pasante.

El incierto origen de la revista *Blitz* es tema indiscutible. ¡Que también lo haga Flores! La historia la componen Eligio Cedeño —dueño del Banco Canarias, *a self-made man*— y un fotógrafo italiano con antecedentes mafiosos. Además, eso estará muy bien con el

trabajo que prometió hacer Rafael Rivero desde Barquisimeto sobre el diario *El Impulso*. Dos historias de medios, en la edición aniversaria de otro.

Se confirma el parecer de Marcos Salas: “A Fihman le interesan los medios venezolanos como información. Son historias que nadie publica. Cuando quebró *Domingo Hoy* se lo asignó como tema a Francesca Cordido, cuando Andrés Mata adquirió la totalidad de *El Universal* también se hizo un trabajo, igual con *El Nacional*. Yo hice un reportaje sobre un problema que hubo entre Eleazar Díaz Rangel y Napoleón Bravo en el canal 8”. No es costumbre que un medio escriba sobre otro, sin embargo, para Fihman es una tradición que parece haber terminado.

De resto, quedaban las columnas de opinión: “Los cuadernos de Bernard-Henri Levy”, el erotismo de “Deseo en Caracas” por Vivián Jiménez —que irá al final, en sustitución del desaparecido horóscopo— y a partir de esta edición, el debut de Fernando Arrabal, escribiendo en exclusiva para el público de *Exceso* —como lo hacía, de forma más general, el fallecido Manuel Vásquez Montalbán.

Pero, ¿quién será portada? Hubo un tema que se escapó: Juan Barreto, acaso el personaje de la política que acumula mayores enfados en la oposición. Que se encargue de él Faitha Nahmens. Listo, en tres semanas el cierre.

A partir de entonces se pone en movimiento el trabajo en la redacción. Fihman estará pendiente del desarrollo de todos los contenidos, pero la supervisión constante recaerá sobre el jefe de redacción.

Los rostros de los colaboradores no se verán de nuevo sino hasta la próxima reunión de pauta. El fotógrafo es, en todo caso, quien tiene mayor contacto con ellos. Al fin y al cabo deben avisarle de las pautas con los entrevistados, para hacer los correspondientes retratos. Una vez que el texto esté listo se manda por correo electrónico al asistente de edición, para que éste le haga revisión de acuerdo con el Manual de Estilo. De ahí, pasa a las manos del jefe de redacción para su aprobación, a la jefe de arte para que diseñe y

diagrame y una vez listo para la impresión, el editor responsable hace la precavida lectura. Al tener la aprobación de todos, la diseñadora lo envía a la imprenta para que vayan montando los pliegos.

Juan Barreto fue uno de los entrevistados que se negó hasta el final. “Yo lo llamaba y lo llamaba; porque necesito escuchar el ‘no’ para comenzar la segunda parte del fastidio: ‘¿Pero por qué usted me va a decir que no?’”. Nahmens le dejó mensaje tras mensaje hasta que obtuvo una respuesta: “Sé que me estás llamando para la entrevista, pero no estoy interesado, porque en *Exceso* deforman a la gente”, diría el diputado.

La periodista decidió convertirse en su acosadora personal. Se fue a la Asamblea a buscar la entrevista. Por allá se topó con un Barreto agresivo. “Me contestó: ‘Esto te lo estoy diciendo *off the record*, porque sé que estoy hablando con una periodista y si me vas a grabar o lo vas a escribir, no te hablo más’, e hizo un gesto malcriado”, relata.

Nahmens insistía: “Podemos hablar de economía, ¿tú no estabas diciéndome que el país está buenísimo, háblame de eso”. Barreto accedió: “Conque de economía... ¿no?”. Se fueron a conversar a un salón aparte. La reportera daba la batalla por ganada: “Yo decía para mis adentros ‘Me dio la entrevista, qué bueno’”. Tuvo que esperar más de dos horas para que el diputado le soltara prenda. Después de dejarla agotada con números y proyecciones económicas le dijo: “Sé que quieres hablar de lo personal”, finalmente bajó la guardia y la periodista pudo preguntar.

Mientras tanto, en la redacción se montaban los textos y la diseñadora discutía con Fihman y Coll sobre la portada. ¿Con Barreto? “El concepto era el bueno y el malo”, recuerda Espinoza. Ya todos habían entregado, pero faltaba el tema principal. Las negociaciones entre periodista y entrevistado fueron tan largas que sobrepasaron la fecha de cierre. Nahmens no entregó y Barreto tuvo que esperar el cambio de año para salir en portada.

Se desató el caos en la redacción. El fotolito presionaba para evitar mayores retrasos. La edición aniversaria ocultaba su rostro. “No sabíamos qué poner”, cuenta la diseñadora. “Nos reunimos Armando, Fihman y el fotógrafo”. Empezó el diluvio: “Son 15 años, es la única en su estilo. Bueno, ¿con qué titular?, ¿qué podría ser? y llegamos al definitivo: ‘Quince años pegándola’. ¿La imagen? Unos guantes”. A la mañana siguiente el fotógrafo hizo su trabajo y en la tarde, llegó la calma.

Luego del paro cívico de enero de 2003 y de sus catastróficas consecuencias, *Exceso* tuvo que abandonar la impresión colombiana para regresar al terruño. De ahora en adelante el fotolito electrónico y la impresión quedarían en manos del Grupo Soluciones Gráficas y de la Editorial Arte.

Todo empieza con el tratamiento de las imágenes. Una vez que los rollos fotográficos se revelan y luego de hacer la selección, Espinoza envía las diapositivas para que sean digitalizadas en un escáner de tambor —por lo general las publicaciones periódicas utilizan este soporte en lugar del negativo por tener una resolución superior. La editorial Arte las regresa vía correo electrónico y la diseñadora hace el trabajo de retoque.

El prediseño se hace en *QuarkXpress*. Al tener las imágenes digitalizadas se empieza a montar la versión final de cada trabajo. En un disco compacto, la diseñadora empieza a enviar los materiales listos. Al llegar a la editorial, vacían los documentos y hacen una plantilla en un programa que se llama *Imposition* —una extensión de *Quark*— que permite hacer las compaginaciones correspondientes a la pauta.

La revista se trabaja en cuatricromía: cyan, magenta, negro y amarillo. La primera prueba se produce en negro para detectar errores con mayor facilidad. De esa película saldrá el *daylux*, unas pruebas parecidas a un cyanotipo donde se hace el último chequeo que debería ser visto tanto por la jefe de arte como por el asistente de edición.

El próximo destino es el taller de litografía donde se imprime la revista a través del sistema *Off Set*. Después de las películas, se hacen las planchas —esto, a través de un

quemado de luz ultravioleta— y se introducen en una enorme máquina de cuatro estaciones, para que cada una imprima un color.

Las planchas se colocan en un cilindro e imprimen sobre una mantilla de caucho, que a su vez traspasa al papel. De este modo queda lista la tripa de la revista. Se hace un primer tiraje de tal modo que la diseñadora tenga oportunidad, una vez más, de localizar gazapos. La portada es lo primero que se imprime porque hay que mandarla a barnizar.

Con los pliegos impresos, la revista se va —cual módulo de un salón de belleza— a la encuadernación. Dependiendo de su acabado, el proceso puede ser de troquel, de engrapado o como en el caso de *Exceso*, a lomo cuadrado.

La máquina encalzadora y encoladora recuerda *Tiempos Modernos* de Charlie Chaplin: los pliegos marchan en fila, uno para cada estación y a medida que van cayendo, una cinta transportadora los conduce al calor de una pega que está a 200 grados de temperatura. Quedan las páginas por cortar, que sin ninguna piedad caen en manos de la trilateral: una guillotina que corta la cabeza, el pie y el frente de la revista, dejándola terminada.

En las épocas de crisis, cuando la revista se ha visto obligada a reducir el número de pliegos, la opción ha sido el engrapado. La diferencia con el anterior es que cada pliego cae a caballo con una cinta transportadora y al final le ponen las dos grapitas. Cuando las torturas terminan, *Exceso* ya en papel, va a la oficina.

Cajas y cajas llenas de revistas obstaculizan el paso. Leonel Figueroa, jefe de correspondencia, hace la descarga. Betsy Rivas e Inés Álvarez, encargadas de las suscripciones, se dividen el trabajo. Yamely Sandoval, coordinadora de la publicidad, se asegura de que cada aviso tenga el brillo suficiente. Entonces llega a la redacción. Lo que falta es esperar el veredicto de los lectores, y por supuesto, encontrar los errores que siempre —es inevitable— se escapan.

Simón Alberto Consalvi la estaría esperando: “La calidad de *Exceso* y la imaginación con que está hecha, su diseño, papel y color, me parece que le garantizan la supervivencia. Tendrá que pelear mucho en este mercado para mantenerse. Sin embargo, tiene un buen número de lectores. Yo la leo con frecuencia”. Muy bien. Cuando tuvo en sus manos la edición aniversaria fue inmisericorde. Al ver los guantes de boxeo en la portada casi cae por *knock-out*. Aquello, no le gustó nada: “¡Qué horror!, ¡es un espanto más deplorable que el mismo boxeo!”. Y el título tampoco fue merecedor de gratitudes: “¡Gerundio y guantes de boxeo es un delito de lesa humanidad”, dejaría escapar la risa para exclamar: “La revista más sofisticada”. Atroz.

Lo más curioso del cotejo de opiniones es la formidable distancia que separa el parecer de sus lectores —los más antiguos— con el de los periodistas que han trabajado en ella. Para los primeros, suscriptores de *Exceso* desde la primera edición, la revista lo que ha hecho es mejorar.

Nuno Acacio de Freitas tiene 58 años y es corredor de seguros. Se suscribió a la revista porque seguía la carrera periodística de Ben Amí Fihman: “Creo que *Exceso* cada día está mejorando. Sus textos son sinceros, apegados a la realidad y van al meollo del asunto. Me gusta que sean apolíticos, me parece que hay un sentido de imparcialidad”.

Rosa Elena Espinoza tiene 61 años y es también, de las primeras y más antiguas suscriptoras: “La leo desde la primera página hasta el final. Yo le digo a la gente amiga, ‘eso lo leí en *Exceso*’. Si no le crees a *Exceso*, no le crees a nadie más. Me ha gustado siempre, siempre. Le tengo muchísima credibilidad”.

Marcos Salas es una de las voces críticas: “Te voy a ser sincero, a lo mejor Fihman se va a molestar, pero creo que la revista era mejor antes que ahora”. Salas destaca un elemento que quizás haya pasado inadvertido: “En aquel momento no había *Internet* y era una sociedad más cerrada y desinformada. Hoy en día tienes acceso a *The New York Times* y a lo que quieras”.

La televisión por cable no era un servicio tan masivo; es decir, la penetración de medios extranjeros en el público local era menor. Todos estos elementos hacían de Ben Amí Fihman, un privilegiado entre los demás: “En aquel momento él era un tipo superespecial al tener una publicación con tantas influencias extranjeras”.

Para Salas ha sido un camino en picada: “Hace poco leí unos textos en *Exceso* y me dije ‘esto lo pude haber leído perfectamente en *Todo en Domingo*’. Le falta. La revista ya no le hace tanto honor al nombre”. El camarada fundador, Ewald Scharfenberg no es tan severo al comentar sus reservas: “Me parece que le está faltando ese elemento de revelación y lentejuelas. Creo que está muy a la zaga de la agenda que ya está en la calle. Antes, eso era al revés”.

Queda la posibilidad de que la revista haya madurado con su equipo y sus lectores, y para Scharfenberg esa sería la evolución natural: “No se si para bien o para mal. El error estaría en quedarse ahí porque tu base de lectores también ha ido envejeciendo contigo y va a llegar un momento en el que te plantearás una disyuntiva: ¿capto nuevos lectores o sigo envejeciendo con los que tengo?”. Un drama al que se enfrentan todas las empresas, en especial las periodísticas y que se acentúa cuando el producto es, en sí mismo, un reflejo de su editor: “Ese es el gran encanto y, además, la condena de *Exceso*; justamente que sea el reflejo de Ben Amí”, finiquita el periodista.

Nicolás Toledo trabaja en Consultores 21, tiene 47 años de edad y también lee *Exceso* desde sus inicios. Es otro que se suscribió para seguirle la pista al editor. Dice leerla y disfrutarla en su totalidad: “No recuerdo ningún trabajo porque tengo una terrible memoria. Leo todo de arriba abajo, a veces me salto la columna de Bernard-Henri Levy porque me fastidia un poco. Obviamente me detengo más en los reportajes grandes. Leo mucho la sección de restaurantes y la de los artículos nuevos que si no me equivoco, ahora la llaman Consumanía”.

Myrian Luque habla sin desenfado del diseño. En su oficina en *El Nacional* toma una edición reciente de *Exceso*, apunta y dispara: “Me siento como si de pronto estuviera

leyendo *Vanidades*. Eso es algo que no pasaba antes y con eso no quiero decir que el diseño anterior era superior, sólo digo que tenía elementos que la identificaban como *Exceso* y no como cualquier otra”.

Para Luque la revista ha disminuido su contundencia gráfica: “Sin leerla, es una revista *light*”. Para ser aún más explícita, la diseñadora se pasea por una semblanza de la periodista Berenice Gómez, exclama: “A lo mejor esta mujer es una cosmetóloga que está hablando de sus productos. Esa es la sensación que me da”.

Si bien no se trata de ataques personales, en su defensa, la actual diseñadora, Nirusky Espinoza, sólo podría señalar una gran carencia: “No se ha vuelto a escribir un Manual Gráfico y eso sería muy bueno, en especial para las secciones cortas. Yo he querido refrescarla, modernizarla un poco más, pero siguiendo los parámetros ya establecidos”.

Salas añade su fracción: “Creo que si estás cambiando la revista también tienes que actualizar el diseño. La única publicación que en estos días usa cinco colores en las letras de la portada y tres tipografías distintas en la misma frase es *Exceso*. Eso es súper ochentoso, y no creo que sea un asunto de nostalgia”. El periodista señala —ya que conoce de cerca las oficinas— un principio determinante: “Si no modernizas el espacio que tienes alrededor, tu producto tampoco lo hará. Necesitan una asistencia tecnológica”.

Y con los contenidos insiste. Toma la edición aniversaria, se detiene frente al trabajo de Chiquinquirá Delgado y dice: “Eso es una entrevista. Antes no. Antes hablabas con ella pero también buscabas a gente que te hablará bien y mal de ella”. Sigue pasando las páginas y concluye: “Hay una cosa nostálgica en la revista. Fíjate, Juan Bernardo Arismendi, por ahí vi un texto del Hotel Tamanaco. No lo entiendo muy bien”. Puede que tenga razón, pero a la vez, hay lectores como Adolfo Sonnenschein, de 80 años, que son, como era de esperarse, aficionados a los trabajos de épocas pasadas.

Milagros Socorro declara la tregua: “Las revistas, como la gente, la comida y el arte, se dan en un país, y el país ha cambiado; los personajes han cambiado. Y la revista no puede mantenerse insular frente a semejante transformación de la sociedad”. Retoma la imagen del niño y logra que las piezas encajen a la perfección: “La puesta en escena de ese empeño modernizador venezolano ha cambiado mucho. Porque nosotros éramos ese pequeño que atisbaba la puesta en escena de la modernidad. Venezuela es ahora un país militarizado donde el exceso es el autoritarismo. Han cambiado los excesos. Hoy, no tienen gracia”.

Exceso ofrece a los periodistas la posibilidad de narrar. “Es el único lugar donde podemos hacerlo. Ha quedado como esos bolsones de perseguidos que hablan ladino, que hablan de anacronismos, como un *ghetto* para la crónica, el reportaje y la investigación periodística”. Socorro la compara con una reserva arqueológica para reporteros criollos: “Porque en Venezuela hablamos mucho de la verdad pero no la buscamos”. Y tal como ella dice, se trata de dos verdades: “La de los hechos y la del lenguaje”. Sin darse cuenta pasó el cerrojo.

“**Q**uienes le conocemos damos como un hecho que la modestia no está entre sus características”. La voz de César Miguel Rondón amalgama pasado y presente. El discurso ha empezado. Carla Tofano sostiene el libro por bautizar, Fihman sonríe desbordante de orgullo. “Ben Amí Fihman nos invita a celebrar estos quince años en carne, y ojalá no hasta el hueso, en esta noche en que presenta estas veinticuatro semblanzas de personajes que, para bien o para mal, han hecho o deshecho el país en estos tres lustros”, palabras que sólo llegaron a oídos atentos pues la fiesta desde hace una década y media ha estado prendida.

El líder se fue. Su partida no detuvo la parranda. Cuatro meses después, Eurídice Ledezma afirmaríala: “La verdad es que somos como apóstoles, con chancletas y todo”. Y en aquél elegante salón de la quinta Monteverde estaban congregados, esta vez con tacones y en zapatos de suela, su gran mayoría.

Destino desconocido

El corcel como metáfora ha sido recurso reiterado. Difícil decir si Exceso es, quizás un trotón o potro percherón. “Hemos conocido momentos de auge editorial, pero la situación ha sido tan complicada que también nos hemos codeado con el ocaso”. Fihman asume un tono atribulado: “Tienes que recordar el año pasado. Cerrar la revista era una idea que se podía contemplar aunque yo no le di mucha consideración, pero sí estaba dentro de las posibilidades”.

No hace falta la voz de un analista. Durante 2003, así como todo el período que vendría después, nadie adelantaría el desenlace: “Fue un año intrincado, hubo que tomar ciertas medidas”. Exceso tal vez pasó a ser caballo manso, un palafrén, de esos que solían montar las damas, reyes y príncipes. La estabilidad quiso desaparecer.

El 12 de marzo de 2003, Tal Cual titularía en su página de negocios: “Revistas toman un descanso forzado”. Eran malas noticias para las publicaciones periódicas. A causa del régimen de control de cambio establecido el 5 de febrero de ese año, los planes de circulación de varias publicaciones serían clausurados: “Primicia y Business Venezuela no circularán más”. Las consecuencias del paro se dejaban sentir: “Si mi propósito hubiera sido otro”, comenta el editor en referencia a la temporada de huelga general, “habría sido más inteligente y suspendía la revista durante dos números que fueron de puras pérdidas, y no hubiera hecho lo que yo creo que es profesional, que fue seguir saliendo”. Exceso se unió al paro, pero sus oficinas nunca cerraron. Además, contó con la suerte de que su cronograma laboral otorgó vacaciones colectivas el 29 de noviembre de 2002, un viernes antes de la protesta.

La bienvenida del año nuevo no fue tan grata. “Yo hablé con la Asociación Nacional de Agencias de Publicidad y les dije: ‘Miren, muchas de las revistas están cerrando o dejando de publicar porque no hay avisos’. ¿Qué tipo de publicaciones son esas? Quiere decir que no tienen lectores y que lo que tienen es anunciantes. ‘¿Ustedes me van a reconocer en el futuro que nosotros no nos paramos, que nosotros seguimos?’ y me respondieron ‘Sí, cómo no’. Pero eso no ha sido tan así”.

Sin embargo, cuando Verusska Romero lo interrogó para su nota en el vespertino, el editor pondría mejor tono y cara: “El grupo Exceso con sus revistas Exceso, Cocina y Vino, y el libro Marisabel, la historia te absolverá, de Sebastián de la Nuez, ‘mantuvo en enero más actividad que otros años, incluso están sacando el segundo tiraje de Marisabel’, dijo su director, Ben Amí Fihman”.

Admitiría la disminución de pliegos y la eliminación de ciertas secciones, pero ante el público, doblégame, jamás. De potro bayo, barcino o cabo blanco, pasa a ser curioso camaleón.

Como editor, nunca dejará de ser una figura importante y acaso imprescindible para la publicación: “Me gustaría que no fuese así. Eso no es bueno”. Está consciente, más bien deseoso de independizar la revista de sí mismo. Pero, como siempre, los vientos no soplan a su favor. Para ello necesitaría de menor precariedad.

“Yo no sé por qué hay tal identificación entre la revista y yo, pero ese es un defecto editorial grande”, cavila hasta dar con los ejemplos apropiados, “no me quiero comparar pero Le Nouvel Observateur es Jean Daniel y Hearst era Hearst”. Dice que sí, lo afirma ciegamente: “Quisiera divorciarme de la revista”. Pero debe saber, mejor que nadie, que la revista —aunque a veces lo asfixie— es su oxígeno vital.

Necesitaría de una combinación grande: “Una persona que pudiera asumir los riesgos teniendo sensibilidad comercial, mayor que la que yo he tenido, y que sea como un capitán que evite los arrecifes”. Aunque se lo proponga, no es una tarea fácil.

¿Mejorar? “Todo podría mejorar, pero las condiciones no ayudan”. Entonces no se sabe si se trata de un caballo viejo, si va a mediano camino o si acaba de emprender el regreso. Lo cierto es que Exceso sigue cabalgando. _

CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

Del análisis de la evolución de la revista *Exceso* a lo largo de sus quince años de trayectoria, se desprende que su principal característica es haber otorgado privilegio a la narración e investigación periodística. Este logro se apoyó en la explotación de la semblanza y el perfil como géneros primordiales y característicos. Partiendo de esta premisa, se deducen las siguientes:

- ✓ Desde sus inicios quiso ser una publicación independiente y libre de compromisos, tanto políticos como económicos. Se puede afirmar que la intención se mantuvo con éxito hasta la actualidad.
- ✓ Fiel a sus lectores, *Exceso* no ha dejado de salir desde el primer momento. La puntualidad en la llegada al kiosco y a los suscriptores ha sido de suma importancia para su supervivencia. Sin embargo, los continuos problemas con la distribución han quebrantado su desarrollo.
- ✓ La presencia del editor y la claridad en cuanto a cómo debía ser la revista que deseaba, fue fundamental para la concepción inicial del proyecto y lo ha seguido siendo durante el resto de su evolución.
- ✓ En la parte gráfica, la resistencia del editor al cambio ha sido considerada por ciertos entrevistados, como un impedimento para la modernización y refrescamiento del diseño de la publicación. El restablecimiento de un Manual Gráfico que esté en sintonía con la actualidad es imperativo.
- ✓ En relación con el Manual de Estilo (ver Anexo), también es importante su replanteamiento y extensión de tal modo que le sean incorporadas las nuevas prácticas de escritura de la revista.

- ✓ La asistencia tecnológica tuvo un efecto importante en los cambios introducidos en el diseño de la revista a partir de 1997. En este sentido, se considera que el menosprecio de este tipo de soluciones —por ejemplo, la adquisición de nuevos equipos— ha obrado en contra de la evolución de la publicación y de las facilidades laborales de sus trabajadores.
- ✓ A lo largo de su trayectoria, la editorial *Exceso* ha intentado expandirse como empresa a través de otros productos editoriales. *Melusina* y *Montecarlo* son dos ejemplos que no lograron sostenerse en el tiempo. El primero fracasó a causa de la poca definición del proyecto y de la ausencia de una infraestructura adecuada; el segundo se frustró por dificultades logísticas y económicas.
- ✓ En la actualidad se mantiene como principal producto la revista *Exceso*, objeto de esta investigación; y en una posición subalterna, aunque más estable en términos de rentabilidad, *Cocina y Vino*.
- ✓ La redacción de la revista funciona a través de dos tipologías que, tal como las propone Mar de Fontcuberta (1993), se establecen en función de la posición que ocupan los periodistas profesionales respecto de la organización. Por un lado están los redactores: “Pertencientes al cuerpo de redacción, sea que actúen reunidos o en diáspora, según las necesidades de los periódicos para los que trabajan”, y por el otro, los colaboradores: “Reclutados por la organización periodística fuera de su propio cuerpo redaccional para tareas más o menos frecuentes”. *Exceso* se nutre de ambas manteniendo una redacción de poco personal y un sistema de colaboradores frecuentes.
- ✓ La publicación ha contribuido con la formación y profesionalización del periodismo venezolano a través de los reporteros que han pasado por su redacción, bien sea bajo el estatus de redactores o de colaboradores. A su vez, la calidad de su personal periodístico ha sido uno de los elementos responsables de su permanencia y éxito en el mercado.

- ✓ La utilización del sistema de colaboradores ha resultado, para *Exceso*, una gran ventaja desde el punto de vista económico; toda vez que ha constituido una debilidad para el desarrollo de ciertos aspectos periodísticos. El distanciamiento del colaborador con la redacción, muchas veces se ha transformado en un lastre para la producción de los trabajos a publicar. Un periodista externo no tiene una disposición completa y exclusiva a la revista como la posee el reportero de planta.
- ✓ La ausencia de una política de recursos humanos, es decir, la correcta compensación económica a su personal, ha ocasionado que *Exceso* tenga una alta rotación de trabajadores. La mayoría de los entrevistados admitía que, a pesar de sentir satisfacción hacia el desarrollo de sus obligaciones, la falta de recursos económicos y la poca competitividad salarial, obligaban a la renuncia del cargo.
- ✓ En sus 15 años de vida, *Exceso* no ha tenido, ni tiene, competencia directa. Todos los entrevistados coinciden en este particular: es única. No se trata de un juicio de valor, ni de una apreciación necesariamente positiva, sino de una conclusión a la que se llega después de una mirada al mercado de revistas venezolano.
- ✓ La revista ha probado los sinsabores de un medio pequeño e inusual. Su perfil controversial y polémico la ha llevado a tener contratiempos con los anunciantes. La crisis económica y el paro de diciembre de 2002 han jugado en contra de la publicación, hasta el punto de tener que reducir páginas y cambiar de imprenta.
- ✓ La publicación enfrentó una demanda civil y judicial que tuvo una extensión casi superior a los cuatro años. Como consecuencia del proceso, la autocrítica de los reporteros de *Exceso* dejó abierta la posibilidad de que el tratamiento de ciertos temas haya sido ligero, y no lo suficientemente riguroso.

- ✓ A partir de entonces se generó una cautela implícita en la propuesta y desarrollo de los temas. En este sentido, la figura del editor responsable fue una medida concreta para evitar futuros tropiezos judiciales.

Esta investigación no sólo sintetiza un cúmulo de conocimientos adquiridos sobre la trayectoria de *Exceso* en el periodismo venezolano, sino que le permitió al equipo poner en práctica herramientas propias del periodismo como lo son las entrevistas, el arqueo documental y la redacción de un reportaje. Con respecto a esta característica se trató de cuidar la escritura en todo momento, para que fuera lo más impecable posible.

En lo que respecta a la historia de medios, se recomienda la realización de investigaciones similares que exploren y reseñen la trayectoria de otras revistas venezolanas, quedando registro y testimonio para la evolución del periodismo en el país.

Para quienes se sientan atraídos hacia el tema de las publicaciones periódicas, se recomienda profundizar, a través de estudios formales, la naturaleza del mercado venezolano de revistas. Asimismo, sería de gran utilidad extender la línea de investigación para generar perfiles de lectores de revistas. En vista de que la ausencia de este tipo de estudios y análisis fue una constante a lo largo del proceso de investigación, se comprobó que este rubro ha estado desatendido. Por lo tanto, la realización de tesis de grado o de estudios provenientes de otros sectores, que fueran de consulta pública, constituiría un gran aporte para comprender con exactitud este sector del mundo editorial.

FUENTES DE INFORMACIÓN Y BIBLIOGRAFÍA

Artículo en periódico o revista de circulación masiva

Artículos publicados en Exceso

[Reportajes, editoriales, réplicas, secciones cortas]

- Coll, Armando. (2003, Mayo) Pedro Berrizbeitia. La justicia llega. *Revista Exceso*, Número 163, p. 38-43
- Cordido, Francesca. (1992, Julio) Ese negro objeto del deseo. *Revista Exceso*, Número 43, p. 40-44
- Cordido, Francesca. (1993, Octubre) Caldera ¿el salvador de la patria? *Revista Exceso*, Número 58, p. 58-65
- Cordido, Francesca. (1994, Marzo) Mal sabor latino. *Revista Exceso*, Número 62, p. 54-64
- Daviú, M. (1989, Enero) Exquisita irreverencia. *Revista Exceso*, Número 1, p. 70
- Daviú, M. (1989, Febrero) Carolina del Country Club. *Revista Exceso*, Número 2, p. 46-51
- El año del tigre. (2003, Diciembre-Enero) *Revista Exceso*, Número 159, p. 2
- El canto del cisne de la primera dama. (2003, Diciembre-Enero) *Revista Exceso*, Número 159, p. 68-75
- El príncipe y el mendigo. [Portada] (1991, Diciembre) *Revista Exceso*, Número 36.
- Exceso se mira el ombligo. (1999, Agosto) *Revista Exceso*, Número 122, p. 42
- Excesos: "...y esta soy yo en Tiananmen"(1990, Marzo) *Revista Exceso*, Número 15, p. 4
- Excesos: El sobrino alegre. (1989, Julio) *Revista Exceso*, Número 7, p. 12
- Excesos: La bomba Cisneros. (1989, Enero) *Revista Exceso*, Número 1, p. 8
- Fihman, B. A. (1988, Noviembre). Hora Cero. *Revista Exceso*, Número 0, p.1
- Fihman, B. A. (1989, Marzo) Spaghetti Mata Hari. Enredos de María Antonieta Cámpoli. *Revista Exceso*, Número 3, p. 62-71
- Fihman, B. A. (1989, Mayo) Del tango a la cocaína. Medellín pase a pase. *Revista Exceso*, Número 5, p. 32-44

- Fihman, B. A. (1989, Noviembre) La libertad en la era del fax. *Revista Exceso*, Número 11, p. 1
- Fihman, B. A. (1989, Abril) La última cena. *Revista Exceso*, Número 4, p. 1
- Fihman, B. A. (1989, Enero) El 1 de enero de 1959. *Revista Exceso*, Número 1, p. 1
- Flores, Carlos. (2004, Diciembre-Enero) 15 años de puro Exceso. *Revista Exceso*, Número 170, p. 40-70
- Kübler, Manon. (1990, Agosto) Cecilia Matos. Señora reticencia. *Revista Exceso*, Número 20, p. 42-48
- Kübler, Manon. (1990, Septiembre) Cecilia Matos. Señora reticencia. [Reimpresión como facsímil] *Revista Exceso*, Número 21, S/P
- Kübler, Manon. (1992, Mayo) Mayra Vernet. La ex de un gato. *Revista Exceso*, Número 41, p. 55-57
- Manchón. (1989, Junio) *Revista Exceso*, Número 6, p. 1
- Más vale tarde. (1999, Agosto) *Revista Exceso*, Número 122, p. 2
- Medina, Gabriela. (1990, Junio) 45 días en Pekín. Crónica apasionada de Tiananmen. *Revista Exceso*, Número 18, p. 38-45
- Nahmens, Faitha. (1992, Mayo) Esperanza Martinó. Viuda sin ley. *Revista Exceso*, Número 41, p. 50-55
- Nahmens, Faitha. (1997, Abril) Teodoro parto a la naranja. *Revista Exceso*, Número 96, p. 30-37
- Nahmens, Faitha. (1997, Junio) Mala Sangre. *Revista Exceso*, Número 98, p. 40-47
- Nahmens, Faitha. (2001, Mayo) Marisabel de Chávez a régimen. *Revista Exceso*, Número 139, p. 34-41
- Nick, Christophe. (1989, Noviembre) La masacre de Tiananmen no se olvida. La libertad anda suelta en China. *Revista Exceso*, Número 11, p. 34-48
- Prieto, Hugo. (1988, Noviembre). Yo, el guardabosques. *Revista Exceso*, Número 0, p. 44-48
- Prieto, Hugo. (1989, Marzo) Las sectas de los ricos. *Revista Exceso*, Número 3, p. 42-48
- Ríos de Payares, Marieva. [Dimes y diretes] (2004, Marzo) *Revista Exceso*, Número 172, p. 8

- Romero, Evan. (2002, Febrero) A Betzabeth Zárraga se la tienen dedicada. *Revista Exceso, Número 149*, p. 26-35
- Ruiz, Sergio. (2003, Marzo) El cuarto oscuro de la revolución. *Revista Exceso, Número 162*, p. 38-45
- Run Rún. [Orlando Castro] (1992, Diciembre-Enero) *Revista Exceso, Número 36*, p. 34
- Run Rún. [Teodoro Petkoff] (1996, Septiembre) *Revista Exceso, Número 90*, p. 32
- S/A. (1989, Septiembre) Exceso presenta al triunfador de clarines Jaime Lusinchi y a su dama joven Blanca Ibáñez en Carnet de Bal. *Revista Exceso, Número 9*, p. 42
- Scharfenberg, Ewald. (1989, Enero) Milagros Maldonado. Esplendores y miserias. *Revista Exceso, Número 1*, p. 34-32
- Túmbelos que son políticos. [Índice] (1992, Diciembre-Enero) *Revista Exceso, Número 36*, p. 4

Artículos publicados en otros proyectos de la Editorial Exceso
[Melusina]

- Portada. (1993, Diciembre-Enero) *Revista Melusina, Número 3*, p. 2

Portadas
[Cocina y Vino, Exceso, Montecarlo]

- Alfredo Peña de tranca. [Portada] (1999, Abril) *Revista Exceso, Número 118*.
- Boulton & Chávez. [Portada] (1999, Febrero) *Revista Exceso, Número 116*.
- Jo_1 Robuchon, el mejor cocinero del mundo. [Portada] (1994) *Revista Cocina y Vino, Número 1*, p. 86
- La garra de Marisabel. [Portada] (1999, Marzo) *Revista Exceso, Número 117*
- Medellín paraíso sangriento. [Portada] (1989, Mayo) *Revista Exceso, Número 5*
- Millonarios con Chávez. [Portada] (1998, Agosto) *Revista Exceso, Número 111*.
- Montecarlo. Provenza y Costa Azul. [Portada] *Revista Exceso Mediterráneo, Número 1*, p. 52

Quince años pegándola. [Portada] (2004, Diciembre-Enero) *Revista Exceso, Número 170*

Virginia Contreras La Libertadora del Comandante. [Portada] (1999, Mayo) *Revista Exceso, Número 119*.

Prensa y otras revistas

[2001, El Diario de Caracas, El Nacional, El Universal, Revista Miradas, Tal Cual]

Abrizo, Manuel. (1988, Mayo 22) "Un restaurante es como una ruleta rusa". *El Diario de Caracas*, p. 53 Arte-espectáculos.

Casi un disparate. (1999, Junio 26) *El Universal*, S/P.

Chiappe, Doménico. (1999, Noviembre 7) El caso de Exceso puede ejemplificar cómo reprimir la libertad de prensa. *El Nacional*, S/P Política.

Consalvi, S. A. (2003, Abril 24) Momento: con el sello de la democracia. *Tal Cual Edición 3er. Aniversario. Periodismo sobre periodismo 1958-2003*, p. 14

De la Nuez, Sebastián. (1998, Julio) Censura la de antes. *Miradas, Número 4*, p. 54

Fihman, B. A. (1970, Enero 11). Una conversación consigo mismo que a veces comparte con los otros para desmentir la realidad. *El Nacional*, S/P Papel Literario.

Fihman, B. A. (1978, Diciembre 10) Estimado Isaac Bashevis Singer. *El Nacional*, S/P Papel Literario.

Fihman, B. A. (2003, Abril 24) Exceso: Más allá del escándalo. *Tal Cual Edición 3er. Aniversario. Periodismo sobre periodismo 1958-2003*, p. 41

Fuentes, Elizabeth. (2003, Abril 24) Feriado era una fiesta. *Tal Cual Edición 3er. Aniversario. Periodismo sobre periodismo 1958-2003*, p. 46

Garaboa, Irene. (1994, Enero 30) Cinco años de Exceso-s. *El Diario de Caracas*, S/P Sociales.

González Bermejo, Ernesto. (1976, Mayo 30) Ben Fihman con el ojo del golem. *El Nacional*, S/P Papel Literario.

Liscano, Juan. (1989, Enero 20) El limbo de Ben Amí Fihman. *El Nacional*, S/P Papel Literario.

Lovera De Sola, R. J. (1984, Enero 31) La gula de Ben Amí Fihman. *El Nacional*, S/P

- Martín, Maritza. (1994, Enero 31). Los cinco años de la revista Exceso. 2001, p.11
- Martínez, Tomás Eloy. (2003, Abril 24) Los días de El Diario. *Tal Cual Edición 3er. Aniversario. Periodismo sobre periodismo 1958-2003*, p. 48
- Mora, Marisol. (1997, Agosto 9). Exceso llegó a los cien. *El Nacional*, p. B/7
- Olavarría, J. (2003, Abril 24) Resumen: Espejo de un espejismo. *Tal Cual Edición 3er. Aniversario. Periodismo sobre periodismo 1958-2003*, p. 44
- Romero, Verusska. (2003, Marzo 12) Revistas toman descanso forzado. *Tal Cual*, p. 5 Economía.
- Szinetar, Vasco. (2001, Marzo 10) El cielo de esmalte. *El Nacional*, S/P Papel Literario
- Una sola persona adquirió última edición de la revista Exceso. (2002, Febrero 7) *El Nacional*, S/P Política.

Bibliografía

Capítulo de libro

[Extracto]

- Bunimov-Parra, Boris. (2000) Los votos y sus cuentas. En A. Baptista, (Ed), *Venezuela siglo XX. Visiones y testimonios*. (Libro 3) p. 135-168. Caracas: Fundación Polar.
- Díaz, Fanor. (1991) Blanca Mary Vernon. Sombras en el paraíso. En B. A. Fihman, (ed.) *Mujeres de Exceso*. p. 41-51 Caracas: Alfadil Ediciones.
- Malaver, Manuel. (2003) El ciudadano Kalen. En B. A. Fihman, (ed.) *Carne y hueso. Exceso en 24 semblanzas*, p. 219-228 Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.
- Nahmens, Faitha. (2003) El venezolano que Halston amó. En B. A. Fihman, (ed.) *Carne y hueso. Exceso en 24 semblanzas*, p. 281-289 Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.
- Nahmes, Faitha. (2004) Como Pedro por su casa se pasea la mordaza. En P. Simme, (Ed.) *Periodistas en su tinta*. (Primera edición) p. 61-77 Caracas: Alfadil Ediciones
- Pino Iturrieta, Elías. (2000) El siglo XX venezolano conversado con Elías Pino Iturrieta. En A. Baptista, (Ed), *Venezuela siglo XX. Visiones y testimonios*. (Libro 3) p. 344-376. Caracas: Fundación Polar.

Bibliografía

Libro completo

[Referencia completa]

- Balsebere, Mateu y Vidal. (1998) La entrevista en radio, televisión y prensa. Madrid: Ediciones Cátedra, p. 430
- Benavides, José Luis et. Carlos Quintero. (1997) Escribir en prensa. Redacción informativa e interpretativa. (Primera edición) Naucalpan de Juárez: Pearson Education, p. 295
- Caballero, Manuel. (1999) Las crisis de la Venezuela contemporánea. (Segunda edición) Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, p. 176
- De Fontcuberta, Mar. (1993) La noticia. Pistas para percibir el mundo. (Primera edición) Barcelona: Ediciones Paidós América, p. 157
- Dellamea, A. (1995) El Discurso Informativo: Géneros Periodísticos. Buenos Aires: Fundación Universidad a distancia Hernandarias.
- Díaz Rangel, Eleazar. (1994) La Prensa venezolana en el siglo XX. Caracas: Ediciones Fundación Neumann. p. 218
- Fihman, B. A. (1983) Los cuadernos de la gula. Caracas: Línea Editores, p. 171
- Fihman, B. A. (ed.) (1991) Mujeres de Exceso. Caracas: Alfadil Ediciones, p. 146
- Fihman, B.A. (ed.) (2003) Carne y hueso. Exceso en 24 semblanzas. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, p. 304
- Herrera, Earle. (1983) El reportaje, el ensayo. De un género a otro. Caracas: Editorial Equinoccio, p.162
- Janello, Amy & Brennon Jones. (1991) The American Magazine. New York: Harry N. Abrams, Inc. Publishers, p. 240
- Johnson, Sammye & Patricia Prijatel. (1999) The magazine from cover to cover. Inside a Dynamic Industry. (Primera edición). United States of America: NTC Publishing Group, p. 360
- Kübler, Manon. (1996) La prensa vista desde un negligé. Caracas: Grijalbo Venezuela, p. 103

- Leslie, Jeremy. (2000) Nuevo diseño de revistas. (Primera edición castellana)
Barcelona: Editorial Gustavo Gili, p. 175
- Montero, Rosa. (2003) La loca de la casa (Primera edición) Lima: Santillana Ediciones
Generales, p. 271
- Naím, Moisés & Ramón Piñango. (1984) Caso Venezuela: una ilusión de armonía.
Caracas: Ediciones Iesa.
- Ortega, Enrique. (1997) La comunicación publicitaria. Madrid: Ediciones Pirámide,
S.A. p. 378
- Reyes, Gerardo. (1996) Periodismo de investigación (Primera edición) México, D.F:
Editorial Trillas, p. 257
- Ruiz, Sergio. (1990) El urticante libro de la manzana y la serpiente. Caracas: Editorial
Exceso, S/P.
- Samper Pizano, Daniel. (ed.) (2001) Antología de grandes reportajes colombianos.
Bogotá: Editorial Aguilar, p. 445
- Santibáñez, Abraham. (1974) Periodismo Interpretativo, los secretos de la fórmula
Times. Chile: Editorial Andrés Bello.
- Ulibarri, Eduardo. (1999) Ida y vida del reportaje. México: Editorial Trillas, p. 281
- Wolfe, Tom. (2000) El nuevo periodismo. (Octava edición) Barcelona: Editorial
Anagrama, p. 214

Diccionarios o enciclopedias

- De Sousa, José Martínez. (1992) Diccionario de información, comunicación y
periodismo. (Segunda edición actualizada). Madrid: Editorial Paraninfo, p. 579
- Glennon, Lorraine & Susan Roediger. (Ed.) (1997) Nuestro Tiempo. Gran Enciclopedia
Ilustrada del Siglo XX. (Primera edición en lengua española). Barcelona,
España: Art Blume, p. 734
- Salvat Editores. (1985) Diccionario Enciclopédico Salvat (Tomo XXIII). Barcelona: Salvat
Editores, S.A

Manuscrito no publicado

Artículo en preparación

- Penfold, Michael. (2002) El colapso del sistema de partidos en Venezuela: explicación de una muerte anunciada Caracas: Instituto de Estudios Superiores de Administración Iesa. Manuscrito en preparación. p. 19
- Rondon, César Miguel. (2004) Discurso décimo quinto aniversario de la revista Exceso. Caracas. Manuscrito no publicado.

Libro o informe de alguna institución

- Auditoria de ventas de revistas en kioscos de la Gran Caracas. (2002) Caracas: Datanalisis [elaborado para *El Nacional*] Manuscrito no publicado.
- Sánchez, Soledad. (1999, Septiembre) Perfil de suscriptores: revista Exceso. Caracas: Editorial Exceso. Manuscrito no publicado.

Manuales

- Manual de Estilo. (2003) Caracas: Editorial Exceso. Manuscrito no publicado.
- Manual del Tesista de Comunicación Social. (2003) Caracas: Universidad Católica Andrés Bello. Manuscrito no publicado.

Medios audiovisuales

- Pérez, Marcos. (Productor). (2003, Noviembre 13) ...y Kico. [Programa de opinión]. Caracas: Globovisión.

Medios electrónicos en Internet

Artículo aparecido en revista digital

S/A. (2002, Julio 19). Complot cumple cuatro años. *Hoy en el medio*. Extraído el 15 diciembre, 2003 de:

<http://www.enelmedio.com/artcateg.asp?Categoria=436&Pag=11>

S/A. (2003, Julio 3). Reporteros Sin Fronteras convocada por la justicia francesa por utilizar imagen del Che. *Sociedad >> Noticias*. Extraído el 18 febrero, 2004 de:

<http://www.cubaencuentro.com/sociedad/noticias/20030703/6b390a8ea9849419d72c3464fc11793a.html>

Artículo aparecido en página institucional

Bobbio, Norberto. (2002) La crisis de la democracia y la lección de los clásicos.

Extraído el 20 de diciembre, 2003 de:

<http://www.forumglobal.de/soc/bibliot/b/bobbioclas.htm>

Datanalisis. (S.F.) Revistas de actualidad y política incrementaron sus ventas en 54 % .

Extraído el 10 de agosto de 2004 de:

<http://www.datanalisis.com/investigaciones/detalles.asp?Cod=87>

S/A. (2001) Diccionario de la Real Academia Española. (Vigésima segunda edición)

Extraído el 5 de marzo, 2004 de: <http://buscon.rae.es/diccionario/drae.htm>

Tesis de grado

De Abreu, Marisol. (1989) Revista Espía: un nuevo medio especializado en moda. Tesis para optar al título de Comunicador Social, Escuela de Comunicación Social, UCAB, Caracas, Venezuela.

Poleo, Patricia. (1987) Las revistas, éxito o fracaso de la empresa periodística. Tesis para optar al título de Comunicador Social, Escuela de Comunicación Social, UCAB, Caracas, Venezuela

ANEXOS

Manual de Estilo de la revista *Exceso*

Algunas observaciones sobre el estilo de la revista

- 1) *Exceso* es una revista independiente que se publica mensualmente. *Exceso* es un efecto, no una causa; en materia de causas, en efecto, no se identifica con ninguna, especialmente con aquellas que van contra la causa mayor de la humanidad.
- 2) Como revista mensual de actualidad y de información general, los temas que cubre son variados y sorprenden, como el contenido de una piñata, de número a número. Apuntan a personajes relevantes, acontecimientos que expresan el funcionamiento de la vida colectiva y entretelones de lo más sobresaliente de la economía, política, espectáculos, alta sociedad, crimen, gastronomía, deporte, etcétera. Solo en sus secciones fijas, consagradas en su mayoría a los placeres de la vida, habrá una comprensible regularidad temática.
- 3) *Exceso* se hace en un lenguaje culto, complejo y matizado, y en un estilo en el que tiene cabida el ingenio, el *esprit* y el *wit*. Ese lenguaje y ese estilo permiten, gracias a la distancia que engendran, abordar ciertos aspectos de la información que una forma más directa, o si se quiere neutra u *objetiva*, limitaría.
- 4) La anécdota y el factor humano de la noticia deben servir de columna vertebral a los artículos, reportajes, crónicas y semblanzas que se publican.
- 5) En *Exceso* se hace un periodismo contemporáneo. Sin embargo, se tiene conciencia de que las formas periodísticas desarrolladas después de la Segunda Guerra Mundial —periodismo investigativo, interpretativo, etcétera— pueden trascender los restrictivos límites consagrados en la constitución venezolana.
- 6) Apegándose a los artículos referidos al derecho a la información de la constitución de 1999, el redactor de *Exceso* tomará todas las precauciones (respaldándose en fuentes documentales, entrevistas grabadas, datos verificados, etcétera) que le permitan defenderse en caso de que sea cuestionado desde fuera de la publicación y, particularmente, a través de los tribunales de justicia.
- 7) La utilización de fuentes no identificadas —anónimas, incógnitas, confidenciales— es un recurso que, por los riesgos que implica, debe economizarse y exigirá un trabajo suplementario de verificación para evitar que el redactor sea utilizado como instrumento de intereses bastardos. Su incorporación en el texto deberá hacerse tomando distancia y sin comprometerse, echando mano de las comillas y las advertencias e incisos necesarios

para dejar bien claro que la información y/u opinión pertenece a terceros y no es respaldada por el redactor ni por la revista. En todo caso, la información anónima, incógnita o confidencial que pueda afectar a una persona o un grupo de personas deberá confrontarse, de ser posible, a esa persona o personas con la información, para que en el mismo texto se incluya su versión del hecho. Para mayor seguridad, cabe diferenciar entre la confidencialidad de la fuente no mencionada en el reportaje y su confidencialidad en el caso de reclamos posteriores de terceros, caso en el cual el reportero, dentro de lo posible, deberá tener disponible el respaldo grabado y la identificación de la fuente.

8) Los textos entregados por los redactores son leídos por el editor responsable antes de su publicación a fin de asegurarse que no presenten inconvenientes legales. También serán revisados por el corrector, el asistente de edición y el jefe de redacción. No obstante, la responsabilidad final, tanto desde el punto de vista formal como legal, recae sobre el autor de cada trabajo.

9) Los redactores deben contrastar toda información confidencial con un mínimo de dos fuentes distintas a la original.

10) En la revista no tienen cabida las campañas, los motivos reiterados y ni siquiera los reportajes por entregas.

11) No se hace publicidad redaccional. En el caso de que se publiquen avisos de una o más páginas que asuman la forma redaccional, lo que en lenguaje publicitario se ha dado en llamar *advertorials*, se indicará en un cintillo visible. La práctica, en cambio, de suplementos, elaborados o no por la redacción, destinados a informar a los lectores sobre un tema, pero también a interesar a los anunciantes de uno o varios sectores de la industria y el comercio, es de uso episódico y reiterado desde los inicios de la publicación.

12) Los títulos de portada deben, evidentemente, diferir de los de los artículos, pero permitiendo una asociación e identificación inmediata.

13) Los títulos de los artículos deben siempre echar mano de todos los recursos existentes —juegos de palabras, refranes, lugares comunes, retruécanos, etc...— para exaltar los contenidos y para añadir complejidad a las posibles interpretaciones del lector.

14) El sumario debe ser un texto original que transmita el sentido del artículo que introduce sin citarlo literalmente. Es, en suma, un texto distinto.

Las fotoleyendas deben comentar, no sin cierta elegante ironía, las imágenes a las que aluden, salvo cuando se trata de una mera y necesaria identificación.

15) Es admisible y hasta necesario recurrir al juego verbal y el humor, bien dosificados, haciendo uso inteligente de la adjetivación y hasta de los anacronismos para expresar en los reportajes, cuando quepa, ironía y complicidad con el lector.

16) Salvo excepción, los reportajes y artículos deben estar escritos en tercera persona. Está totalmente fuera de orden el uso de la primera persona del plural o nos mayestático en los textos que se publiquen en la revista. El uso de la primera persona del singular, aunque no es inadmisibles, debe ser tratado con sumo cuidado,

17) No se publican, salvo contadas excepciones, entrevistas en sentido estricto, es decir, diálogo de preguntas y respuestas sin más. La entrevista debe siempre fundirse en un texto en el que se la cite, cuando convenga, entre comillas.

18) Para las semblanzas, especialidad de la publicación, es ideal entrevistar al personaje objeto de la misma; sin embargo, en caso de imposibilidad —porque el personaje en cuestión se negara o fuera inaccesible—, se considera legítimo construirla sobre la base de testimonios y de investigación hemerográfica y documental (archivos, registros, notarías, correspondencia, etcétera).

20) Se admite el uso de voces extranjeras como forma de mostrar cierta compenetración con los temas tratados e identificación con el lector cosmopolita. Sin abusar ni traicionar significado y ortografía, obviamente.

21) En reportajes, artículos y semblanzas, la narración y las técnicas narrativas se favorecen por encima del análisis, la descripción, la enumeración, etcétera, a cuya estructura se integran.

22) Los artículos, reportajes y semblanzas tienden a ser de cierta extensión por su misma naturaleza narrativa, pudiendo empezar en unos 12 mil caracteres y llegar hasta los 30 mil. Excepcionalmente, pueden sobrepasar ese límite, y rebasar los 40 ó 50 mil caracteres.

23) El recuadro es un recurso desacostumbrado, sobre todo en el caso de las semblanzas.

24) Cada redactor tiene derecho a una modulación propia, siempre y cuando se adapte a los lineamientos generales aquí expresados y a las normas de redacción, puntuación y demás formalidades expuestas más adelante.

ESTILO DE LA REVISTA EXCESO

Reglas de acentuación

Para efectos ortográficos, es muy fácil diferenciar los diptongos (en los que dos sonidos vocálicos se pronuncian juntos, es decir, dentro de la misma sílaba) de los hiatos (en los cuales las vocales se pronuncian separadas). Las cinco vocales de nuestra lengua están divididas en dos grupos: las fuertes y las débiles. Las fuertes son **A**, **E** y **O**, las débiles son **U** e **I**. La tendencia natural es que el mayor peso recaiga sobre las vocales fuertes.

Esto implica, obviamente, lo innecesario de marcar el acento en los diptongos o combinaciones de una vocal fuerte con una débil, lo que sólo debe hacerse cuando así lo indiquen las reglas generales que se explican más abajo. La misma regla vale para las combinaciones de dos vocales débiles. Las vocales fuertes, cuando están juntas, forman siempre parte de sílabas distintas (te-a-tro, pe-tró-le-o, con-tem-po-rá-ne-o), aunque la Real Academia considera poco elegante separarlas al final de renglón.

A manera de ejemplo, son diptongos: **viuda, ruido, jaula, Juana, cielo, fuego, odio**. Como se ve, no es necesario el uso de tilde para marcar el acento.

Reír, búho, río, confío, manía son hiatos, en los que se debe utilizar la tilde para indicar que el acento recae sobre la vocal débil.

La Real Academia de la Lengua no es un organismo caprichoso o que tenga alguna tendencia surrealista hacia el absurdo. Las reglas de acentuación que ha establecido parten, no de la manía, sino de un presupuesto tan lógico como simple: la economía. Esto significa que las leyes se aseguran de que se acentúe ortográficamente el menor número de palabras posible. (Nótese que la mayor parte de los vocablos que conforman nuestra lengua son palabras graves terminadas en consonante o en vocal, que por lo tanto no llevan tilde). Basta con memorizar cuatro o cinco reglas generales y tener en cuenta lo que antes se dijo sobre diptongos e hiatos para asegurarse de cometer pocos deslices.

Las palabras, según su pronunciación, se dividen en **agudas, graves y esdrújulas**.

Agudas:

Son las voces de más de una sílaba en las cuales el acento recae en la última sílaba. Ejemplo: *azahar, cenit, merced, cesar, venir, atribuir, diluir, licuar, escasez, Ormuz*.

Sólo se acentúan ortográficamente las que terminan en **n**, en **s** y en **vocal**. Ejemplo: *café, alhelí, dominó, amará, tendrán, cascarón, anís, dieciséis*, etc.

Es de hacer notar que los monosílabos son todos agudos, pero por su carácter de monosílabos nunca se acentúan, a menos que presenten dualidad de sentido. Ejemplos: **fue, fui, dio, di, vi, vio; de** (preposición), **dé** (del verbo dar); **se** (dativo en combinación con acusativo del pronombre personal de tercera persona), **sé** (de los verbos ser y saber); **te** (del pronombre), **té** (infusión); **tu** (artículo), **tú** (pronombre); **mi** (artículo o nota musical) **mí** (pronombre); **él** (pronombre), **el** (artículo).

Mención aparte merece el monosílabo **SI**, el cual se acentúa cuando es afirmativo (dijo que **sí** iría) o pronombre personal (por **sí** mismo, de por **sí**). No lleva acento cuando es el

nombre de la séptima nota musical o cuando cumple funciones de conjunción (si condicional).

Graves o llanas:

Son las palabras de más de dos sílabas en las cuales el acento recae en la penúltima sílaba. Ejemplo: *Casa, templo, consola, reuma, ala, heroico, agua, cauce*, y se acentúan sólo cuando terminan en consonante que no sea **n ni s, ni vocal**. Ejemplos: *lápiz, cárcel, mármol, alférez, Fernández, Enríquez, Quíbor, fórceps, Sáenz*.. (Los casos semejantes a *reúne, prohíbe, caída*, etc., son excepciones a esta regla, ya que hay que marcar la separación o hiato, por lo que se debe colocar la tilde en la vocal débil).

Esto, eso, aquello, son neutros y jamás llevan acento, a diferencia de sus plurales, que sí pueden cuando actúan como pronombres y no como adjetivos: **aquéllos, ésos, éstos**. Igualmente **éste, ésta, aquél, aquélla, ése, ésa** se acentuarán sólo cuando sean pronombres.

La Real Academia acepta, en todo caso, que no se acentúen cuando no hay confusión posible en la función que cumple la palabra. Así, en la frase *esta es la casa*, el *esta* puede no llevar acento. Pero en otros casos, como la frase *los niños y las niñas comieron frutas: estos cambures, aquellas manzanas*, puede haber confusión de significado. Cuando lo que se quiere decir es que comieron los cambures y manzanas señaladas, *estas* y *estos* no llevan tilde, ya que cumplen función de adjetivo (esto es, describen los objetos). Si lo que se quiere decir es que los niños comieron cambures y las niñas manzanas, entonces sí deben llevar tilde, ya que su función es pronominal (esto es, son los sujetos y no los objetos de la acción).

Esdrújulas:

Son las voces en las que el acento recae en la antepenúltima sílaba, y todas llevan tilde. Ejemplos: *apéndice, murciélago, última, contemporáneo, pájaro, aéreo, área, flumíneo, música*, etc. Nótese como las combinaciones *eo* y *ea* valen como sílabas distintas en los casos de *contemporáneo, aéreo, área*.

Sobreesdrújulas:

Al igual que las anteriores, todas se acentúan. Ejemplos: *súbitamente, enfáticamente, únicamente, anúdame, desátame*.

Los relativos **que, cual, cuales, quien, quienes, cuando, cuan, cuanto, como y donde** llevarán tilde en las oraciones interrogativas y exclamativas. Ejemplos: ¿**Qué** quieren?, ¿**quiénes** son?, ¿**cuántos** eran?, ¿**cómo** fue?, ¿**cuánto** vale eso?, ¡**cuán** grande es!, etc.

Cuando un vocablo simple entra a formar parte de un compuesto, se escribirá sin el acento que le hubiera correspondido: **decimoséptimo, asimismo, rioplatense, piamadre**, etc.

Esta regla no es válida cuando se crea un compuesto separado por guión o espacio, en el cual ambos vocablos deben llevar su tilde original: **histórico-crítico, económico social**, etc.

Las palabras que lleven el sufijo *mente* conservarán la tilde original de la raíz. Es el caso de **comúnmente, súbitamente, ágilmente, cortésmente, lícitamente, fácilmente**. Cuando la raíz no lleva la tilde no debe marcarse en el compuesto: **torpemente, verdaderamente, indeciblemente, gratuitamente**.

Los términos latinos, si bien son aceptados por la Real Academia como palabras castellanas y como tales se acentúan, en la revista irán en cursiva y respetando la ortografía original, como si de una palabra extranjera se tratara. Es de hacer notar que palabras como *referendum* y *memorandum* hacen el plural en *a* (*referenda, memoranda*).

Otros

Aún: si puede sustituirse con *todavía* se acentuará.

Aun cuando: nunca se acentúa.

Aun: si se usa como *incluso, hasta, pero o sin embargo*, no se acentuará.

Aun más: equivale a *inclusive*.

Más: lleva tilde en todos los casos, excepto cuando puede sustituirse por *pero*, caso en el que no lo lleva.

Sólo: de *solamente, únicamente*, siempre con tilde.

Solo: *solitario, único en su clase*, de soledad, no lleva tilde.

Con qué, cuando el *qué* es interrogativo, siempre va separado y con acento.

Con que: va separado y sin acento cuando el *que* es galicado, es decir, que se puede cambiar por *el cual, los cuales, la cual, las cuales*.

Conque: siempre unido y sin acento, cuando indica consecuencia, se puede cambiar por *de modo que, de manera que, por consiguiente*. Ejemplos: ¿**conque** llegaste tarde?, ¿**con qué** dinero pagaste?, dame el resto del dinero **con que** pague.

Por qué: separado y con acento, cuando es interrogativo: ¿**por qué** te fuiste?, me pregunto **por qué** te molestas.

Porqué: se escribe pegado y con tilde cuando cumple función de sustantivo: explícame el **porqué** de tu decisión, dime los cuándo, los cómo y los **porqué**.

Porque: conjunción casual y consecuencia de una razón o motivo: **porque** me dio la gana, **porque** me caes mal.

Así mismo, con acento cuando va separado.

Asimismo: sin acento cuando va unido.

A manera de guía, he aquí una serie de palabras (verbos, frases, etc.) que usaremos comúnmente y que se pueden prestar a confusión:

Adecuo y no *adecúo*

Adquirente y no *adquiriente*

Alineo y no *alíneo*

Basquet/Basquetbol y no *basket/basketball*

Beisbol y no *béisbol*

Bizarro: La palabra, en lengua castellana, significa valiente, bien plantado, utilizarlo por extraño o extravagante es galicismo.

Boulevard y no *bulevar*

Cartel (incluso el de la droga) y nunca *cártel*

Cocktail (cursivas) y no *coctel*

Con base en.../Sobre la base de.../Basado en... y no *En base a...*

Concernir y no *concerner*

Conciencia/inconciencia y no *consciencia/inconciencia*

Consciente/inconsciente y no conciente/inconciente

Concientizar: Es preferible utilizar hacer conciente o percatarse.

Contralor y no controlador

Concretar y no concretizar

Cual: Las expresiones **el cual, la cual, los cuales** deben evitarse en la revista, que prefiere, en todo caso, el uso del que galicado (el que, la que, los que)

El *champagne* y no *La champagne* (para referirse a la bebida). Debe ir en cursivas siempre por tratarse de una voz francesa

La Champaña (para referirse a la provincia del Este de Francia)

Champú y no *shampoo*

Chofer y no chófer

Desavenencia y no desaveniencia.

Desde este punto de vista y no Bajo este punto de vista

Devenir es sinónimo de tornarse, pero, a diferencia de este verbo, jamás, nunca, bajo ninguna circunstancia, va acompañado de la preposición *en*.

Diabetes y no diábetes

Endibia y no endivia, aunque la Real Academia acepte ambas posibilidades.

En relación con.../Relacionado con... y no *Con relación a.../Relacionado a...*

Entretanto y no entre tanto

En torno de... y no *En torno a...*

Errado o **erróneo** y no errático (que significa: errante, va de un lugar a otro)

Extintor y no extinguidor

Farmacéutico y no farmaceuta

Fratricida y no Fraticida

Fútbol y no futbol

Gourmet y no gurmet (debe ir siempre en cursiva por tratarse de una voz francesa)

Glamour y no glamur (debe ir siempre en cursiva por tratarse de una voz inglesa)

Homogeneizar y no homogenizar

Impulsor y no impulsador

Inadvertido, y no desapercibido

Ingestión/ingesta (alimentaria) y no ingerencia alimenticia

Injerencia y nunca ingerencia. Significa entrometerse o incluir una cosa en otra. No confundir con **inherencia**, que se refiere a lo que es inherente, es decir, parte natural de algo.

ínterin y no interín

Inusitado, inusitadamente, y no inusual o inusualmente, que son ambos anglicismos de gran envergadura y completamente innecesarios

Invaluable y no invalorable

Invencible y no imbatible

Kiosco y no quiosco

Legitimar y no legitimizar

Liderar y no liderizar

Limusina y no *limousine*

Nobel/los Nobel y no Nóbél/los Nóbeles (en lengua sueca, el acento recae sobre la letra e).

Nuclear es un adjetivo que significa *referido al núcleo*. **No es verbo castellano, y no debe bajo ninguna circunstancia utilizarse como tal**. Suficientes barbaridades hay ya.

Orfandad y no horfandad

Pasar inadvertido y no pasar desapercibido

Performance (en cursivas) y no performance

Pitoniso es una de las barbaridades criollas. La palabra, en lengua castellana, existe sólo para el femenino, y hace referencia a la Pitia o sacerdotisa del templo de Apolo en Delfos. El masculino puede ser *oráculo, adivino, arúspice, profeta, vidente, agorero, augur*, pero nunca jamás pitoniso.

Premonitorio y no premonitor

Profecía y no profesía

Promisorio y no promisor

Quizás: si bien la Real Academia acepta tanto *quizás* como *quizá*, en *Exceso* se preferirá el uso de la primera

Restaurante y no restaurant

Sartén, en la revista es femenino, la sartén, una sartén, por más confusiones que pueda causarle el mango

Sin embargo y no sinembargo

Tendente y no tendiente

Tenis y no tennis

Verter y no vertir (que se usa sólo cuando se refiere a versión)

Yogurt y no yogourt

Geográficos:

Amazonia y no Amazonía

Anzoateguiense y no anzoatiguense

Brasileño y no brasileiro o brasileiro

Copenhague y no Copenhagen

Checoslovaquia y no Checoeslovaquia

Estadounidense (gentilicio de EEUU), no confundirlo con norteamericano (los canadienses y mexicanos también son norteamericanos)

Iraq (siempre con q)

Latinoamérica es un anglicismo. Será preferible escribir América Latina, aunque puede utilizarse para evitar repeticiones.

Nec plus ultra y no *non plus ultra*

New York y no Nueva York

Neoyorkino y no Newyorkino

Nueva Zelanda y no Nueva Zelandia

Rumania y no Rumanía

Sáhara y no Sahara. Es de hacer notar además que la palabra significa *desierto*, por lo que es incorrecto escribir el desierto del Sáhara

Somalía y no Somalía

Suráfrica/Suramérica y no Sudáfrica/Sudamérica (son galicismos)

Yugoslavia y no Yugo eslavía

Algunas locuciones latinas mal usadas:

Grosso modo (en cursivas) y no *a grosso modo*

Ipsa facto (en cursivas) y no *de ipsa facto*

Motu proprio (en cursivas) y no *motu propio*

Statu quo (en cursivas) y no *status quo*

Nec plus ultra (en cursivas) y no *non plus ultra*

En algunos casos, estilamos colocar artículos a palabras y nombres propios y no los llevan, ejemplo: **Poliedro** y no el Poliedro; **Cerro el Avila/Avila** y no cerro El Avila o El Avila; **Libertador** y no El Libertador; **Estados Unidos** y no los Estados Unidos, la **Guaira** y no La Guaira.

Plural:

Existe un vicio muy común en el uso del plural, el cual debemos corregir. Por ejemplo, los apellidos no llevarán plural: los **Oscar** y no los **Oscars**, los **Grammy**, los **Guillén**, los **Nobel**. Asimismo, palabras como **gente** y no **gentes**, **clave** y no **claves**, **alerta** y no **alertas**.

Verbos:

Los tiempos verbales que llevan acento originalmente lo conservan aun cuando acrecienten su terminación con un enclítico: **pidióme, conmovíla, rogóles, andarése**. También se acentúan cuando se convierten en vocablos esdrújulos o sobreesdrújulos: **ríase, búscaló, diciéndome, antojósele, habiéndosenos, mírala**.

El verbo **alinear** se conjuga igual que el verbo menear o pasear. Ejemplos: yo **alineo** (y no yo alíneo), ellos **alinean** (no alínean).

Todos los verbos terminados en **cuar** se conjugan como averiguar. Ejemplos: **averigua, averiguo, licua, licuo, evacua, evacuo** (sin acento).

El verbo **haber**, en la tercera persona (forma impersonal), no acepta plural. Ejemplos: **hubo** (no **hubieron**) disturbios, **había** (no **habían**) muchos carros, **haya** (y no **hayan**) muchas personas, **habrá** elecciones. De la misma manera, este verbo no existe en la primera persona del plural (**habemos**), por lo que habremos de sustituirlo por: conmigo **había...** tantas personas. La única excepción a esta regla se refiere a la elección del Papa (**habemos Papa**) y es heredada de la vieja fórmula latina, pero en ese caso el **habemos** indica posesión.

Los verbos terminados en **uir** no llevarán acento en su terminación infinitiva. Ejemplos: **contribuir, distribuir, destruir**.

Antes, después y luego: son voces adverbiales de tiempo y de lugar, y se emplean con frecuencia seguidas de la proposición **de** o del pronombre relativo **que**. Se usa **de** solamente cuando la palabra que sigue es un nombre, pronombre o un infinitivo. Ejemplos: **Antes de** tiempo, **antes que** anochezca, **después de** ti, **después de** ir, **después que** vengas, **luego de** venir, **luego que** vuelvas, etc.

Es incorrecto usar **de que** con estos adverbios.

Signos de puntuación:

Entre el sujeto y el verbo no debe haber coma. Es completa y absolutamente incorrecto escribir: *El señor X, salió de su casa a las tres quince*. Los únicos casos en los que el sujeto de una frase puede ser seguido por una coma son aquellos en los que se introduce una frase subordinada que cumple funciones de adjetivo, y esto sólo cuando se le quiera dar énfasis a esa frase adjetiva: La frase *El niño que tenía la camisa verde iba rumbo a la escuela* puede escribirse *El niño, que tenía la camisa verde, iba rumbo a la escuela* cuando quiera llamarse la atención más sobre la camisa que sobre el niño y el hecho de que va a la escuela.

Es de hacer notar que, en el caso del uso del guión para cortar una palabra al final de línea, deben respetarse las reglas de separación silábica de **la lengua en la cual está escrita**. Por ejemplo, en la lengua inglesa, cuando la separación coincide con una letra doble, el guión va entre las dos letras y no antes, como se haría en castellano para respetar la sílaba.

Guiones y rayas.

Es preciso diferenciar entre tres signos de puntuación que son, desgraciadamente, muy semejantes.

El **guión** (-) es corto, y se utiliza para los cortes de palabra al final de cada renglón y, ocasionalmente, para vincular dos palabras (recuérdese que en **EXCESO** no se utiliza para los prefijos, exceptuando los casos en los que la segunda palabra es nombre propio).

El signo **menos** es un poco más largo que el guión y se utiliza mayormente en operaciones matemáticas.

La **raya** (—) es el más largo de los tres y se utiliza, al igual que el paréntesis, para los incisos.

Es de hacer notar que en la revista EXCESO la raya de cierre es siempre eliminada cuando coincide con un punto.

Abreviaturas:

No se usarán palabras abreviadas. Aunque se tratará de omitir el uso de títulos, cuando sea necesario los escribiremos sin abreviar. Ejemplos: **doctor** y no **Dr.**, **señor** y no **Sr.**, **licenciado** y no **Lic.**, **usted** y no **Ud.** Tómese en cuenta que la Real Academia indica que estos títulos sólo llevan inicial mayúscula cuando están abreviados, de modo que es incorrecto escribir el Licenciado Pérez por más que se lo respete.

Grados centígrados debe escribirse completo, cuando no se repitan las cifras, caso contrario habrá que enumerarlo con su abreviatura ° C. Ej: la temperatura estaba a 40 grados centígrados, o la temperatura osciló entre 25°C, 30°C y 43°C.

Para **EXCESO COCINA Y VINO** esta regla, por razones evidentes, no vale. Las temperaturas deberán colocarse **siempre** en grados centígrados (somos métricos, mal que

nos pese), y éstos deben indicarse siempre con la palabra completa, exceptuando los casos en que haya muchas repeticiones.

Es de hacer notar que sólo es admisible utilizar las iniciales (CAP, por ejemplo) de un nombre cuando esto haya sido consagrado por el uso.

Las iniciales de los nombres de pila se utilizarán siguiendo ese mismo criterio. Escribir D. H. Lawrence, E. M. Forster, T. S. Eliot, W. C. Fields es admisible, ya que así es que estos autores o personas son conocidos internacionalmente, pero no debe hacerse con la triste excusa de ahorrar caracteres en el caso de personajes menos conocidos: D. B. Urbaneja, J. L. Rodríguez o P. P. Pérez Pinto.

Malas palabras:

Hay que ser cuidadoso con las groserías y vulgaridades, cuyo uso le ha creado a la revista más de un problema con los anunciantes. En todo caso, el criterio que prevalecerá será el carácter noticioso. Si por ejemplo a una dama como Alicia Pietri viuda de Caldera se le escapa una palabra gruesa, eso evidentemente es noticia. Si por el contrario la mala palabra es parte del aliño de una actricilla de tercera de la farándula criolla eso no es noticia.

Género:

Existe la inclinación a masculinizar los títulos, cargos y ocupaciones (la doctor, la abogado, la juez, la poeta). Angel Rosenblat afirma que la tendencia, que se extiende a todo el mundo hispanoparlante, es justificable, y que es un intento de las mujeres de ser parte del grupo humano sin diferencia ninguna, una reivindicación de sus derechos innegables. Es también algo que tiene que ver con la extraordinaria influencia de Estados Unidos, y ya se sabe que el inglés es más sencillo en eso, y que la mayoría de los objetos no tienen género. Sin embargo, es menester tomar en cuenta que esa sexualización de absolutamente todo es una de las características más sabrosas del castellano. En la revista se utilizará, por lo tanto, el femenino cuando lo hubiere (la doctora, la abogada, la jueza y la poetisa —que, no está de más decirlo, rima con sacerdotisa, que es una noble y bella palabra, y no tiene nada de despectivo).

Años:

En cuanto a los años y siglos: **años veinte, treinta, sesenta, ochenta, noventa** (en singular y nunca en números: años 20, años 60); década del veinte, del treinta, etc. **Siglo XX** o **siglo veinte** (nunca siglo 20). La época o década de los **setenta, ochenta, noventa, los años veinte, treinta cuarenta**, lo escribiremos siempre en letras.

Cuando la referencia sea a un año específico, se evitará preceder la cifra con un apóstrofe (año 96 y no año ´96), lo que constituye un anglicismo tipográfico.

Las fechas:

Irán siempre en números los días, los meses irán en letras. Ej: 4 de febrero, **27** de noviembre, **27** de febrero, **24** de diciembre. Tanto los meses como los días de la semana siempre se escribirán con la inicial minúscula y **nunca se abreviarán**. (El escribir los nombres de los meses con la inicial mayúscula es un anglicismo tipográfico o implica que el mes es un individuo con nombre propio, como Julio Iglesias). Ej: sábado 25 de diciembre de 1993 y no sáb. 25 de dic. del 93.

Las horas:

Se escribirán en números, nunca en letras, y se separarán con dos puntos en los casos donde se vayan a especificar los minutos. Igualmente se abreviarán las palabras *ante meridiem* y *post meridiem*, siempre que acompañen las horas. Ej: **10:30, am, 12:00 m, 1:50 pm**. Esto se hará cuando haya varias horas que enumerar; en cambio, cuando sea texto corrido, y no se repitan mucho las horas, se podrá usar con palabras. Ej: **diez y media de la mañana, tres y cuarto de la tarde, las 12 del mediodía**, etc.

Números:

Los números **del uno al diez** se escribirán en **letras** (igualmente cien mil y un millón), de allí en adelante en guarismos, ejemplo: **ocho, nueve, diez, 11, 12, 99**. (Excepto las fechas, que sí se copiarán en números: **4** de febrero, **5** de julio. Asimismo, cuando se trate de números de teléfonos, se escribirán con un punto solamente después del serial, el resto irá sin puntos, así como se abreviará **Telf.** para el singular y **Telfs.** para el plural. Ejemplos: **Telfs. 81.7727, 81.7724, 862.7273**.

Está de más decir que, en caso de que vayan después de punto y seguido o comiencen párrafo, los números se escribirán en letras.

Prefijos:

Todos los prefijos van unidos a la palabra y sin guión (conservando todas sus letras), salvo que la palabra de la cual vaya a formar parte sea nombre propio: **vicepresidente, preescolar, subempleo, reestructuración, centrooccidental, portaaviones, antiinflacionario, codemandado, superrápido, socioeconómico, anti-Opep, post-Vietnam.**

El prefijo **post** se escribirá con “t”, excepto en los casos de **poscomuni3n, posoperatorio, posguerra, posfecha, posbélico y posventa.**

Las palabras **psic3logo, psiquiatra, psicoanálisis, psique,** etc. se escribirán con su inicial griega **psi...** En cambio, los compuestos con *seudo* no llevarán la p.

Ex y **pro** deben ir siempre separadas y sin guión, salvo que formen parte de la palabra (prohombre, exuberante). Ejemplo: **pro soviético, pro israelí, pro cubano, ex presidente, ex director, ex funcionario.**

Las siglas:

O palabras formadas por las iniciales de varias de ellas, se escribirán con mayúsculas siempre que no excedan de tres letras; de allí en adelante, en minúsculas, salvo que no se puedan pronunciar:

ICE, IAN, ONU, OEA, ULA, UCV, MAS, AD, Opep, Copei, Cantv, Pdvsa, FFAA, ISLR, EEUU, Unesco, IND, Ince, AD, Efofac, Ipasme.

Nota: Ninguna sigla llevará puntos interletras (Son excepciones **C.A., S.R.L. y S.A.,** o cuando sea una compañía registrada. También se escribirán con puntos las iniciales de quienes firman así para evitar que el crédito aparezca dos veces).

Es aconsejable seguir la tendencia a eliminar el **gui3n** en palabras compuestas cuando el primer componente es un prefijo: anti-pedag3gico debe escribirse antipedag3gico; contra-revolucionario, contrarrevolucionario; sub-regional, subregional. No se unirán (...) ex-presidente, ex presidente; Buena-Pro, Buena Pro.

No se pondrá **punto** en las cifras que indiquen años: 1492, 1567, 2000, etc.

Las palabras don, se3or, doctor, se escribirán siempre en minúscula.

Es aconsejable evitar el uso de las abreviaturas.

Los titulares y sumarios no llevarán punto final en ning3n caso.

Es recomendable evitar el uso de puntos suspensivos exceptuando las citas de autor (...).

Comillas:

S3lo se usarán comillas para encerrar citas textuales, 3nica y exclusivamente, recordando que despu3s de dos puntos si vienen comillas se usará la inicial en mayúscula; en caso de que la cita deba comenzar en minúsculas, entonces se colocarán puntos suspensivos

después de las comillas y luego el texto en minúsculas. Ej: "Reto a Cabello Poleo a que debatamos públicamente". También: "...no termina de concretar sus denuncias", etc.

Cursivas:

Se usarán cursivas para destacar todos los vocablos en lengua no castellana, o escritos en caló u otro dialecto parecido (*exequatur, urbi et orbi, maître, cocktail*). Asimismo, cuando se vaya a mencionar cualquier tipo de publicación, nacional e internacional (*El Nacional, El Espectador, The New York Times, The Sunday*). Igualmente, para identificar títulos de obras de teatro, cine, televisión, música, etc. (*Hamlet, El beso de la mujer araña, La dama de las camelias, La traviata, Los Simpsons*). También cuando se vaya a referir con alguna palabra de manera irónica o que la palabra no se ajuste sintácticamente a la oración.

Mayúsculas, minúsculas:

El empleo de la letra inicial mayúscula continúa siendo motivo de interminables polémicas y grandes confusiones. La proliferación o utilización innecesaria de las letras mayúsculas debe evitarse. Es por ello que a continuación ofrecemos algunos ejemplos para el uso correcto de las mayúsculas.

Como norma general, se escriben con inicial mayúscula los nombres de **entidades u organismos** y con minúsculas los cargos. La excepción son los casos de dignidades de carácter único como el Papa o el Presidente, siempre que la mención se haga sin dar su nombre propio. Así debe escribirse:

“El Papa recibió a una delegación...”, o bien: “El papa Juan Pablo II recibió ayer...”. “El Presidente viajó a Washington...”, o: “El Presidente de la República viajó...”, o: “El presidente Velázquez viajó...”.

En todos los demás casos la minúscula es de rigor: el gobernador, el ministro, el diputado, el juez, el concejal, el alcalde, la alcaldesa, etc.

Se empleará siempre mayúscula inicial en los **nombres de personas**, (...) o animales: Rocinante, (...) o instituciones: el Ejército, la Iglesia. Pero cuando se alude a un “ejército de irregulares” o se emplea la palabra iglesia en su acepción de templo (la iglesia de San Francisco) deben usarse minúsculas.

Cuando se mencionan establecimientos y entidades comerciales, sociales o culturales, la mayúscula sólo debe aplicarse al nombre propio. Ejemplos: galería Mendoza, cine Altamira.

Se exceptúan **las instituciones**, ya que en ellas la designación genérica forma parte del nombre. Ejemplos: Colegio Nacional de Periodistas, Museo de Arte Contemporáneo, Galería de Arte Nacional, Colegio Médico de Caracas.

Los partidos políticos. Ejemplo: Acción Democrática (pero la palabra partido va en minúsculas).

Cuando se vaya a referir a **títulos de películas, obras de teatro u otras**, se escribirá sólo la inicial en mayúsculas, el resto en minúsculas y todo en cursivas, a menos que sea nombre propio. Ej: *Alicia en el país de las maravillas*, *Los últimos días de Pompeya*, etc. El colocar todas las palabras en mayúsculas exceptuando los artículos es un anglicismo tipográfico que debe evitarse.

Las **gobernaciones, alcaldías y concejos municipales**: la Gobernación del Distrito Federal, la Alcaldía de Caracas, el Concejo Municipal de Petare.

Las **residencias oficiales**: la Casona, la Casa Blanca, Miraflores, la Moneda, el Palacio de Buckingham...

Los **ministerios**: el Ministerio de Relaciones Exteriores, el Ministerio de Justicia.

Los nombres de los **puntos cardinales e intermedios** cuando se los abrevia o emplea para determinar una región o cierta extensión de territorio: Europa del **Este**, estados del **Norte**, el **Sur** del Hemisferio, los hombres del Norte son de piel curtida por el calor del sol. Se escribirán con minúscula cuando sirvan de referencia para señalar la situación de personas o cosas: Caracas se halla a doce kilómetros al sur del mar Caribe.

La palabra **océano** cuando se refiere a la gran extensión de agua que cubre la mayor parte de la superficie terrestre: las grandes divisiones del Océano son: el Atlántico, el Pacífico, el Indico, el Boreal y el Austral.

Las **regiones geográficas específicas**: Cercano Oriente, Medio Oriente, Lejano Oriente, etc.

Los **estados de Venezuela**: estado Anzoátegui, estado Bolívar, estado Amacuro.

Sin embargo, cuando el vocablo *estado* se use para referirse a la nación como un todo, deberá escribirse con mayúscula inicial.

Se identificarán así: **Area Metropolitana, Litoral Central, Occidente, Medio Oriente** (no medio oriente); **Viejo Continente** y no viejo continente.

Los eventos históricos o nombres políticos que refieran a realidades reconocibles deben ir con inicial mayúscula: Primera, Segunda, Guerra Mundial, Guerra Civil Española, Guerra del Golfo, Guerra de los Siete Días, Guerra Fría, Tercer Mundo, la Tierra, la Luna, el Sol, pero el mundo, la revolución de la inteligencia..

Las palabras isla, lago, golfo, península, laguna, llano, se escribirán en minúscula cuando acompañen al nombre, excepto en los casos en que forman parte del nombre, como **Lago de Maracaibo, Lago de Valencia, Golfo de Venezuela**, etc.

Todos los seudónimos o apelativos distintos al nombre que sean de conocimiento común, tanto para designar personas como ciudades, deben escribirse con inicial mayúscula. Ej. el Cabito, la Ciudad Luz, el Libertador, el Chacal, la Gran Manzana, la Meca del Cine, etc. En el caso de Meca, es especialmente importante prestar atención, ya que, cuando no se refiera al centro espiritual de la religión musulmana o a Hollywood, debe ir en minúsculas.

Los **nombres de calles, plazas y avenidas** y los **accidentes geográficos**, en general, llevarán iniciales mayúsculas sólo en la designación: urbanización San Román, cordillera de los Andes, los Llanos, mar Mediterráneo, avenida Bolívar.

Los **acontecimientos históricos**: se escribirán con mayúscula los acontecimientos históricos que tengan una identidad referencial específica: la Independencia, la Guerra Federal, la Revolución Francesa, la Guerra Fría, la Primera Guerra Mundial, la Guerra del Golfo, la Guerra de los Siete Días, el Renacimiento, la Modernidad, pero no cuando se refieran a períodos demasiado amplios, como era cristiana, edad moderna, la prehistoria.

Después de dos puntos, cuando se abran comillas para una cita, si la cita es una declaración completa, deberá llevar la primera palabra en mayúsculas.

Los **acontecimientos deportivos importantes**: el Mundial de Fútbol, las Olimpíadas.

Las **ciencias o disciplinas académicas**: Medicina, Derecho, Geología.

Las fiestas, religiosas, patrióticas u otras: Pascua, Navidad, Carnaval, Día de la Independencia, Día de la Raza o Encuentro de Dos Mundos.

Los apelativos de las figuras históricas: el Libertador, el Gran Mariscal de Ayacucho, el Rey Sol.

Se escribirán con letra inicial minúscula el nombre de dios y todos los adjetivos y sustantivos referidos a él antonomásticamente: el altísimo, el creador, el padre eterno.

Los pronombres que sustituyan el nombre de dios: “Invoqué al señor y él me escuchó...”. Los nombres propios de los dioses, santos o advocaciones de la virgen deben ir en altas: Apolo, Hermes, Afrodita, San Marcos de León, Santa Tecla, la Virgen de la Regla, Nuestra Señora de Coromoto.

Recuérdese que la revista Exceso se enorgullece de ser un medio un poco anticuado, como un viejo con manías, y que la mayúsculas no se acentúan aunque la Real Academia obligue. En el caso de versales/versalitas, sí llevan acento.

La preposición **de** y el artículo **la** cuando preceden a ciertos apellidos van en minúscula: llegó el señor de Luca con don Antonio de Céspedes.

Los **nombres** y **calificativos** con que se designa a determinados personajes históricos: Felipe el Hermoso, Alfonso el Sabio, el Tirano Aguirre, el *Catire* Páez. Recuérdese que los alias van en cursiva.

Los **tratamientos honoríficos**: Su Excelencia, Su Majestad o Su Santidad.

En cambio, cuando el título o la jerarquía van acompañados del nombre propio, de un complemento determinativo desempeñando la función de sustantivo común, se escribirán con minúscula: el rey Carlos, el príncipe de Gales, a rey muerto, rey puesto.

En lo posible

Evitar el abuso del sufijo “**mente**”

Evitar el abuso de los **posesivos**

Evitar el abuso de la palabra **vernáculo**

Evitar el abuso de la expresión “**del patio**”

Evitar el abuso de la expresión “**de marras**”

Evitar el abuso de la expresión “**tierra de gracia**”

Créditos: Cuando en una misma revista vayan dos o más artículos escritos por la misma persona, sólo llevará el nombre completo aquel que sea considerado el principal. Los otros llevarán las iniciales al final, precedidas por guión, y se omitirá el cuadratín que marca el final del texto. Cualquier texto que tenga más de dos páginas lleva cuadratín al final. Los de un máximo de dos páginas van firmados al final, con iniciales, y sin cuadratín.

Normas para la diagramación de EXCESO

Primera página (de texto): A la izquierda el **manchón**. A la derecha el **Editorial**, el cual llevará el título en altas y bajas y en negritas; el texto en blancas y deberá cubrir toda la página.

Segunda página (de texto): Lleva el título **Inventario** a la izquierda, destacado, en altas y bajas. **Notas, Colofón, Humor y Divertimentos** irán en mayúsculas, negritas, subrayados, alineados a la izquierda y debajo de cada uno el número de página y el

nombre (en negritas) de las secciones, con su respectivo comentario o crédito, en blancas. Estos abarcarán el lado izquierdo de la página. Y en el lado derecho irán los **Artículos** y el **Suplemento especial**, en caso de que lo hubiera, con igual tratamiento.

Punto E: crédito del autor alineado a la derecha, en cursivas, negritas y precedido de raya. El del fotógrafo sin la palabra foto, todo en mayúsculas, a un lado de la foto.

Nota: Si el autor es periodista de la revista, llevará sólo las iniciales sin puntos. En caso de que sea colaborador, irá el nombre y apellidos completos, en cursivas, negritas, anteceditos de raya y alineado a la derecha.

Golosario: deberá llevar siempre el crédito del autor arriba, bajo el logo. Los lugares mencionados tendrán, en lo posible, toda la información sobre dirección y teléfono, en texto normal.

La sartén por el mango: el crédito en blancas, cursivas, a la derecha. El nombre del restaurante en negritas, alineado a la izquierda y, en otra línea, abajo y a la izquierda, la dirección y el teléfono.

Sexto sentido: el título en negritas, altas y bajas. Dentro del texto se destacará, también en negritas y tamaño mayor, el lugar u objeto que se mencione (esto lo decidirá el director o el coordinador); se destacará sólo una vez. Preferiblemente deberá llevar dirección y teléfono. Igual tratamiento para **Nuevos productos**.

De costa a costa: título (cursivas) y crédito (normales) a la derecha. El texto comienza con las dos primeras palabras en negritas, anteceditas de un punto negro en forma de corazón. Esto reemplaza cada punto y aparte.

Gustos compartidos: título centrado y en negritas. Cada ítem irá en negritas.

Runrún: En este artículo se usarán las primeras palabras de cada comentario en versal versalitas, ya sean en cursivas o redondas. Los párrafos irán alineados de ambos lados (nunca rasgados). Todos los textos en blancas. Puede abarcar una o dos páginas y, si pasa de página impar a par, llevará su flechita. Al final cerrará con el punto de EXCESO.

Artículos: llevarán antetítulo, título y sumario de acuerdo al diseño, pero los créditos no llevarán *por*. (Ejemplo: Francesca Cordido, o Francesca Cordido desde...). En caso de ser traducción y llevar copyright, se usará de la siguiente manera (al final del artículo): 1°) ©,

2º) fuente, y 3º) Año. (Ejemplo: © *Spy*, Magazine, 1992). En caso de haber sido traducido va primero el nombre del traductor, en una línea, luego el copyright y, después, si lo hubiera, la autorización u otro. Las citas, textuales o no, irán en altas y bajas, y nunca llevarán punto final. (Los créditos de los fotógrafos y las ilustraciones irán al pie de la primera página del artículo y, en caso de haber varios créditos, se ubicarán al lado de cada foto)

Es de hacer notar que, cuando un colaborador tenga más de dos artículos en un mismo número de la revista, se colocará el crédito completo, después del título, sólo en el caso de la nota principal. En las demás colaboraciones se colocarán sólo las iniciales al final del artículo.

Del mismo modo, cuando todas las fotografías pertenezcan al mismo fotógrafo, su crédito ira inmediatamente después del del autor del texto (Fotografías de...).

1/4 de hora: título en blancas, cursivas, centrado; texto en blancas, el primer párrafo no lleva sangrado, los demás sí; las primeras dos o tres palabras en versal, versalitas; los créditos de los periodistas se colocarán sólo con iniciales, en cursivas y negritas (cuando se trate de colaboradores, se colocará el nombre completo), antecedido de raya, al final de cada texto; los créditos de las fotos irán al lado de cada una. Cuando hay dos artículos en la misma página, uno de ellos irá todo en negritas y su título en redondas, centrado.

Tierra de juego: Comienza con la página de **títulos**, en la cual habrá fotos que deben llevar su respectivo crédito a un lado.

* **Cómo ganar enemigos y conservarlos:** título alineado a la izquierda en negritas, así como el nombre de la persona de quien se va hablar; el sumario, también a la izquierda, rasgado a la derecha, en blancas, debajo del título. Los textos irán a la derecha de éste: el enemigo en negritas, el episodio en blancas y los detalles en blancas, excepto el mes y año que irán en negritas y sin abreviar; la frase típica en blancas y el pronóstico en negritas. Ocupa una página y media.

* **Separados al nacer:** a la derecha de la página de Cómo ganar enemigos..., con las leyendas debajo de cada foto, en negritas, la primera leyenda termina en puntos suspensivos y la segunda leyenda empieza con puntos suspensivos.

* **Se busca:** título en diapo y texto en blancas. Va al lado izquierdo de Cachicamo...

* **Cachicamo trabajando pa'lapa:** ocupa la parte derecha de la página.

La columna de la izquierda con el título a la derecha, la columna de la derecha con el título a la izquierda, siempre en negritas.

* **Epitafios:** los nombres en diapo en negritas y el comentario en blancas. Van debajo de Cachicamo...

* **Historias de la locura corriente:** título en negritas, centrado, texto en blancas y al final, de llevarlo, el crédito en cursivas blancas, antecedido de raya. A menudo llevará indicación de la fuente en cursiva.

* **Top ten:** a un lado de Historias... Son diez ítem, separados por números encerrados en un círculo de color, y cada uno comienza con el nombre de lo que se trate en negritas, luego punto y seguido y el texto en blancas. Puede haber varias páginas de Historias..., con sus respectivos Top ten a los lados. A menudo llevará indicación de la fuente en cursiva.

* **Dr. Jekyll y Mr. Hyde:** título centrado y negritas. Cada columna comienza con una cita entre comillas, en negritas, luego el crédito de la persona que hace la cita en cursivas. A continuación, y aparte, el texto, comenzando la cita entre comillas. Seguido, entre paréntesis, el nombre del autor de la cita y el de la publicación —en cursivas— y la fecha separada por guiones pequeños, para cerrar el paréntesis y finalizar el párrafo con punto.

Tierra de juego.

Columnas: Los títulos en cursivas y negritas. Los textos en blancas, con capitular al comienzo y sus cuadratines en cada párrafo. Los créditos, en negritas redondas. Diagramado sólo en líneas verticales y con ilustraciones. Finalizan con la **(E)**. Los nombres de las columnas y sus autores son: **Retos diabólicos**, Otrova Gomás; **Caracas modular**, Frank Baiz Quevedo; **Cabe duda**, Rafael Sylva Moreno, y **Paralelo**, Juan Liscano. Cada vez tendrán, por supuesto, su respectivo título. (Entre las páginas de las columnas debe ir el aviso de la suscripción de **EXCESO**).

Colofón: Llevará sumario, seguido del crédito del autor. En caso de que todas las fotos sean de una sola persona, se le colocará el crédito también debajo del sumario; cuando las fotos sean de diferentes autores, se le colocará al lado de cada una de las fotos o al pie de cada página. El texto iniciará con capitular, letras redondas blancas y con sus respectivos cuadratines. Entre las páginas se intercalarán algunas citas del texto, las cuales irán en un punto mayor, en negritas, alineadas a la izquierda y de un lado un diapo de la palabra Colofón. También se colocarán capitulares a lo largo del texto. Al final llevará el punto de

EXCESO (**E**), seguido del crédito del traductor en una línea, de haberlo, luego el copyright (© *Spy* , 1993) y después la autorización, si la hubiere.

Los cerebros de Sergio: Es una caricatura que va en la última página de la revista.